

Dossier

Cuatro aproximaciones a las disputas sociales, culturales e ideológicas en el camino al autoritarismo en Uruguay (1955-1985)

Aldo Marchesi y Vania Markarian*

Hace cinco años, al proponernos esta línea de trabajo en el marco del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente (GEIPAR) teníamos claro que pretendíamos intervenir en la construcción de la agenda de nuestro campo de estudios. Más específicamente, queríamos contribuir al desarrollo de una estructura interpretativa común para lo que, a falta de una menor etiqueta, seguimos llamando “historia reciente”, con énfasis en la dictadura (1973-1984), sus prolegómenos y los procesos de transición a la democracia en los años ochenta. Partíamos de la constatación de que lo escrito sobre ese período, aunque rico, sofisticado y abundante, había estado marcado por una asombrosa fragmentación temática, sobre todo teniendo en cuenta que podíamos rastrear ya cinco décadas de sostenida producción académica.

En un trabajo publicado en 2012, repasamos esas décadas señalando los diferentes énfasis teóricos, perspectivas disciplinarias y problemas históricos que habían predominado en cada momento.¹ Analizábamos, en primer lugar, los enfoques estructurales y las caracterizaciones socioeconómicas que acompañaron la primera percepción de la crisis a fines de los cincuenta y tuvieron su auge hacia los años setenta para comprender los procesos autoritarios contemporáneos de la región en relación a la economía política de la época. Una segunda etapa empezó luego de los golpes de Estado en la región y se consolidó en Uruguay durante el retorno democrático de los ochenta. Predominó entonces una perspectiva politológica que se centraba en la dinámica de polarización de los actores políticos durante el período previo a la dictadura, en los marcos institucionales de la construcción del Estado autoritario y en las negociaciones de elite que llevaron a la transición a la democracia. Hacia fines de los noventa comenzó un tercer momento que puso acento en los fenómenos subjetivos y la relación entre cultura y política desde los novedosos enfoques de la psicología, la antropología y los estudios

* Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

1 Ver: Aldo Marchesi y Vania Markarian, “Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay”, *Contemporánea* n° 3, 2012.

culturales, con especial atención a los procesos de memoria relativos a los aspectos más salientes de la represión y el autoritarismo. A partir del cambio de siglo, por último, creció la producción historiográfica al tiempo que se consolidaron las agendas académicas y se intensificó el diálogo entre los diferentes espacios de investigación.

En ese mismo texto reconocíamos que, con la llegada de la izquierda al poder en 2004, las nuevas condiciones políticas en términos de acceso a archivos y promoción oficial de investigaciones relativas a la violación de los derechos humanos habían habilitado un análisis sistemático de las prácticas represivas y el “terrorismo de Estado”. A casi tres lustros, podíamos ya constatar que esas investigaciones habían permitido redimensionar el impacto de las prácticas autoritarias en diferentes aspectos de la vida de los uruguayos no sólo durante el período de la dictadura sino también en los años anteriores y posteriores. Sin embargo, constatábamos también entonces, que los esfuerzos realizados por integrar ese énfasis en la variedad de efectos de la represión y el autoritarismo con una mirada más amplia que contemplara las políticas económicas, las relaciones internacionales y las dimensiones culturales del gobierno autoritario no habían logrado superar la fragmentación del campo de estudios en el que nos inscribíamos.

Esa insatisfacción con el estado de cosas en nuestro campo de estudios está en el origen del proyecto cuyos primeros resultados estamos presentando ahora. Al iniciar el trabajo, sentíamos la necesidad de contribuir a la construcción de una narrativa histórica más plural que integrara los diversos aspectos de los conflictivos procesos culturales, sociales, políticos e ideológicos y que, sin caer en reduccionismos, permitiera reconstruir la contingencia histórica en la cual se crearon las dinámicas que derivaron en el autoritarismo (y lo mantuvieron). En ese sentido, nuestra primera decisión fue evitar el obvio corte del golpe de Estado de 1973 y aun el trazado del “camino democrático al autoritarismo”, según la feliz expresión de Álvaro Rico, hasta mediados de los sesenta.² Conscientes de que las decisiones de cronología son siempre conceptuales, elegimos, en cambio, remontarnos a los años cincuenta cuando aparecieron los primeros diagnósticos de crisis estructural y también tempranas propuestas que cuestionaron la imagen ideal que amplios sectores tenían del país y su inserción internacional (la mentada “Suiza de América”). Nos interesaba también destacar que, si bien algunas de esas propuestas abogaban por una suerte de retorno al pasado, a ese supuesto “Uruguay clásico” congelado antes de los primeros signos de la crisis, otras apostaban a promover los cambios necesarios para alcanzar un futuro radicalmente distinto, del signo que fuera. Desde fines de los sesenta, queríamos señalar, asimismo, estos diversos proyectos enfrentaron respuestas conservadoras que se fueron consolidando en la década siguiente. Nos preocupaba especialmente mostrar que la consecuente profundización del enfrentamiento había hecho que con demasiada frecuencia las memorias del período quedaran encapsuladas en los aspectos relativos a la violencia política como principal marca epocal. De esta manera, otras dimensiones de la conflictividad de esos años eran soslayadas por una literatura que indagaba mucho en las relaciones entre actores políticos y Estado (con el extremo de la llamada “teoría de los dos demonios”) y poco en otros aspectos culturales, sociales e ideológicos.

Partiendo entonces de la constatación de que existía un océano inexplorado de debates y propuestas que habían signado la segunda mitad del siglo veinte uruguayo, nos propusimos elaborar un glosario de conceptos históricos que nos permitiera recorrer transversalmente toda la época y reconstruir continuidades y discontinuidades. Aunque la inspiración provenía inequívocamente de la llamada “historia conceptual”, desde un comienzo tuvimos claro que no podríamos atenernos a sus lineamientos teóricos y metodológicos. Esta perspectiva se distanció de la tradicional historia de las ideas, abandonando el rastreo de genealogías y antecedentes de autores y escuelas de pensamiento para reponer la contingencia de los usos y sentidos de los conceptos modernos, que aparecieron como verdaderos campos de batalla semánticos en la obra de autores tan diversos como Quentin Skinner, Reinhart Koselleck y Pierre Rosanvallon, por mencionar tres tradiciones nacionales esenciales en esta verdadera revolución de la historiografía contemporánea.³ Este enfoque aterrizó en América Latina al despuntar el nuevo milenio de la mano de Javier Fernández Sebastián y el proyecto *Iber-*

2 Ver: Alvaro Rico, **Cómo nos domina la clase gobernante: orden político y obediencia social en la democracia postdictadura Uruguay, 1985-2005**, Montevideo, Trilce, 2005.

3 Ver, por ejemplo, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “A manera de introducción: Historia, lenguaje y política”, **Ayer** n° 53/1, 2004.

conceptos, centrado en el período 1750-1870, cuando se produjo una mutación sustancial en los lenguajes que daban sentido a la vida política y social del espacio Atlántico.⁴ El libro **Historia conceptual: Voces y conceptos de la política oriental**, coordinado por Gerardo Caetano, trajo a Uruguay esta perspectiva de estudio de los más importantes conceptos, lenguajes y metáforas políticas que circularon en este territorio desde mediados del siglo XVII hasta fines del XIX.⁵

Más allá del innegable parentesco con estos trabajos adscriptos a la corriente de la historia conceptual, nuestro abordaje de la segunda mitad del siglo veinte uruguayo nos puso en un camino a la vez más simple (o menos sofisticado) en términos teóricos y más complejo en el nivel heurístico. Esto derivaba de la necesidad de dar cuenta de las particularidades de estudiar una época signada por la explosiva ampliación de la esfera pública a partir del desarrollo de las industrias culturales de masas. Además, como dijimos, nuestro punto de partida no era la adscripción a un enfoque historiográfico determinado sino una evaluación crítica de nuestro campo de estudios con la voluntad de ampliar el rango de temas y perspectivas mediante el análisis de las disputas por el sentido de algunos conceptos claves utilizados por los actores del período.

Con este objetivo en mente convocamos a un equipo de siete investigadores que en su mayoría estaba realizando estudios de posgrado sobre la etapa que nos preocupaba. Las reuniones mensuales que mantuvimos durante el primer año comenzaron por la discusión colectiva de algunos textos de la llamada "historia conceptual" (incluyendo los autores mencionados anteriormente) para afinar nuestra perspectiva, y se centraron luego en la definición de un posible listado de términos a ser abordados individualmente. Tratamos entonces de identificar qué palabras capturaban mejor los debates y conflictos del período.

La palabra "revolución", que sólo por motivos logísticos no quedó en la selección final, permite ejemplificar nuestra búsqueda en esas primeras reuniones: aparecía en los planes desarrollistas elaborados por los gobiernos blancos a comienzos de los sesenta, se hizo por supuesto bandera principal de los diferentes grupos de la izquierda política, encarnó la voluntad rupturista de algunos sectores juveniles de la contracultura y fue utilizada también por el presidente de facto Juan María Bordaberry en los primeros años de la dictadura. Aunque obviamente dibujaba horizontes completamente diferentes para cada uno, su recurrencia indica una extendida demanda de cambios sociales radicales que no se canceló con el corte autoritario de 1973. Así, las tempranas discusiones sobre este ejemplo reafirmaron, además de la importancia de prestar atención a sus usos y significados en boca de cada actor, la pertinencia de asumir una periodización amplia que nos permitiera repensar los cortes temporales más asumidos en nuestra historiografía local.

Logramos finalmente definir un listado de conceptos y distribuirlos entre los investigadores intentando contemplar los intereses y perfiles disciplinarios de cada uno. Así, "comunismo" y "democracia" quedaron a cargo del historiador Mauricio Bruno; "crisis" y "homosexual", en manos del especialista en género y doctor en ciencias sociales Diego Sempol; "derechos humanos" y "juventud" fueron asignados a Vania Markarian, con antecedentes en ambos temas; "desarrollo" y "técnicos" a María Eugenia Jung, quien trabaja en su tesis la modernización universitaria; "fascismo" a Gabriel Bucheli, quien se encuentra finalizando su maestría sobre grupos de derecha; "guerra" y "liberación" fueron adjudicados a Carla Larrobla, quien también está culminando su maestría sobre los Tupamaros; "intelectual" y "libertad" a Gabriel Lagos, que proviene de la literatura; "masas" y "modernización" fueron tomados por Isabel Wschebor que se especializa en historia de los medios audiovisuales; "nación" y "orden" por Javier Correa quien ha trabajado también sobre políticas represivas; y, por último, "pueblo" y "cangrejo" fueron abordados por Aldo Marchesi, que está iniciando un proyecto sobre desigualdad y pobreza urbana.

Todos los investigadores avanzaron con su trabajo en consulta con los coordinadores y sometieron sus primeros avances a la discusión colectiva. Finalmente, sin embargo, las restricciones de recursos y tiempos que

4 Ver: J. Fernández Sebastián (dir.), **Diccionario político y social del mundo iberoamericano I y II**, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009 y 2014; Ver también www.iberconceptos.net

5 Ver Gerardo Caetano (dir.), **Historia conceptual: Voces y conceptos de la política oriental, 1750-1870**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2013.

todos los universitarios conocemos determinaron que algunos abandonaran el proyecto y otros decidieran concentrarse en sólo una de las palabras que les fueran asignadas. Los cuatro conceptos que ahora presentamos son “democracia”, “técnicos”, “masas” y “homosexual”. Creemos que a pesar de ser sólo una pequeña muestra del ambicioso planteo original los resultados dan cuenta de las búsquedas por renovar la agenda temática de la historia uruguaya de la segunda mitad del siglo XX.

Abre el *dossier* el trabajo de Mauricio Bruno, que recorre a lo largo del período los diferentes significados que fue adquiriendo la palabra “democracia”. El principal logro del texto, de acuerdo a nuestro punto de partida, es interpelar una de las tensiones subyacentes en los enfoques de la llamada “historia reciente”, específicamente la dicotomía tajante que se suele establecer entre autoritarismo y democracia. Bruno, por el contrario, muestra cómo un amplio espectro de actores, incluyendo aquellos firmes promotores de proyectos autoritarios, intentaron apropiarse del concepto de democracia en esta etapa.

En segundo lugar, el texto de Diego Sempol recorre la trayectoria de la palabra “homosexual” desde los años sesenta hasta el retorno democrático de los ochenta. El autor pasa revista a las aproximaciones realizadas desde diferentes campos profesionales y disciplinarios, atendiendo también a su presencia en los debates públicos para sugerir que los cambios políticos tuvieron cierta incidencia en los usos de esa palabra. De este modo, se propone un recorrido original que se escapa de los enfoques políticos tradicionales sobre la historia reciente pero que de todos modos integra la dimensión política de toda disputa por el sentido.

También el artículo de Isabel Wschebor sobre el concepto de “masas” dialoga con esa producción académica y amplía la visión predominante de lo político. Mientras en la historiografía del período el término aparece generalmente asociado a la movilización sindical y estudiantil de fines de los sesenta, la autora recupera aquí los usos del concepto en las décadas previas. Por otra parte, vincula sus usos políticos a los significados culturales asociados a la llamada “sociedad de masas” y las transformaciones en el mundo de los medios y las formas de comunicación.

Por último, el trabajo de María Eugenia Jung pone la atención sobre la palabra “técnicos”, que refiere a un actor central del período que ha recibido escasa atención historiográfica. Al detenerse en un tiempo marcado por el incremento del poder de los organismos internacionales en los diseños de las políticas locales a partir de un discurso que enfatizaba las dimensiones técnicas de la transformación por sobre sus consecuencias políticas, Jung muestra la profunda imbricación entre ambos aspectos y las profundas implicancias políticas de un término que parecía rechazar una lectura en esa clave.

Se trata sólo de una pequeña porción del listado definido al iniciar el trabajo colectivo y es claro que la muestra es insuficiente para redefinir la agenda de nuestro campo de estudios. Sin embargo, creemos que, tomados en su conjunto, estos cuatro textos logran ampliar el repertorio de temas y actores de nuestra historia reciente y abrir una ventana hacia las posibilidades analíticas de un enfoque de este tipo.

Usos y sentidos del concepto de democracia en Uruguay (1958-1989)

Mauricio Daniel Bruno Tamburi*

Este trabajo representa una aproximación a los usos y sentidos del concepto de democracia en el Uruguay, entre 1958 y 1989.¹ Teniendo en cuenta la amplitud cronológica del período abarcado, se priorizará un abordaje panorámico, buscando identificar discursos y prácticas que circularon en los campos político y cultural y que se disputaron el sentido de la democracia. En esta línea, mi trabajo no procurará trazar una definición precisa del concepto y analizar el comportamiento de los actores a luz de ella, sino identificar cuáles fueron las definiciones que los actores asumieron como propias, qué factores políticos y sociales incidieron en esas construcciones, cómo esas construcciones se relacionaron entre sí y cuáles fueron sus trayectorias a lo largo del período.²

La crítica a la democracia uruguaya. Entre la cáscara hueca y el monstruo fascista

En mayo de 1971 el diputado del Partido Colorado Juan Carlos Fa Robaina recibió una carta de un correligionario salteño. En ella se detallaban las actividades que este corresponsal estaba llevando a cabo con el fin de que, tras las elecciones nacionales que se realizarían algunos meses después, el diputado conservara la banca: “También le diré que estamos trabajando fuerte y ya contamos con cincuenta votos que son seguros por tratarse de personas serias y que no usan del engaño; por lo tanto, para las Elecciones podremos contar con quinientos”.

Habiendo exhibido sus méritos, a continuación —aplicando una sencilla lógica de intercambio— el corresponsal pidió lo que le correspondía:

Le dire que mi Sra ... perteneció al partido ... pero no podemos seguir donde existe el engaño la mentira y la mala voluntad y lo que digo lo compruebo. / Yo pienso radicarme en Brasil pero si ... me consigue lo que pido me quedará en Uruguay. [...] Cada uno busca su conveniencia; de mi Patria y mi familia no me olvidaré. Momentos muy amargos [h]emos

* Centro de Fotografía de Montevideo.

1 El trabajo fue realizado en el marco de mi participación en el proyecto *Disputas culturales, sociales e ideológicas en el Uruguay de la crisis y el autoritarismo (1955-1985)*. Elaboración de un diccionario de términos y conceptos históricos. Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente (GEIPAR) Programa CSIC, dirigido por Aldo Marchesi y Vanía Markarian.

2 Varios trabajos pueden mencionarse como guías teóricas de este enfoque: Pierre Rosanvallon, **Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France**, Buenos Aires, FCE, 2003; Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”, en **Futuro pasado**. Barcelona, Paidós, 1993, Javier Fernández Sebastián (ed.), **Political Concepts and Time**, Santander, Cantabria University Press, 2011; Inés Cuadro Cawen, “Variaciones del concepto político ‘democracia’ en el territorio de la Banda Oriental del Uruguay (1770-1870)” en Gerardo Caetano (coord.), **Historia conceptual. Voces y conceptos de la política oriental (1750-1870)**, Montevideo, Banda Oriental, 2013; Gerardo Caetano, “La reconceptualización política de la voz ‘democracia’ en Iberoamérica antes y después de las independencias”, en **Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política**, n° 1, nov. 2011, pp. 93-114; Mauricio Bruno, “El lenguaje de la revolución. Los textos de agitación política en la revolución oriental (1811-1820)”, Montevideo, Colección Avances de Investigación, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2010; Gabriel Vommaro, Andreina Adelstein (coords), **Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)**, Buenos Aires, Editorial UNGS, 2013.

pasado y no se puede seguir así. Un hombre sin ambición es un barco sin timón. Yo no exijo el oro y el moro como dice el refrán, quiero trabajar y ser útil a mi Patria. No puedo vivir estancado ni tampoco engañado. Otra cosa debo aclararle no quiero interpreten que quieramos [sic] cambiar votos por empleo público. De ninguna manera! Lo que queremos es que la Patria siga siendo democrática.³

La apelación final puede interpretarse de dos maneras: por un lado, querer que la patria siguiera siendo “democrática” podría significar que el Partido Colorado triunfara en las elecciones y, de esa manera, evitara el ascenso del “totalitarismo”, la “subversión”, el “comunismo” antónimos de la palabra democracia en la lógica de las derechas de ambos partidos tradicionales y que, en ese contexto, identificaban con el Frente Amplio (FA) y el Movimiento de Liberación Nacional–Tupamaros (MLN-T). Pero también podía significar algo más sencillo: reivindicar esa patria democrática era querer que se respetaran los pactos, pretender que el caudillo político fuera justo con sus seguidores y premiara sus esfuerzos, aspirar a que un acuerdo más o menos tácito entre privados, mediado por el Estado, no fuera traicionado.

Esta idea se basaba en la confianza en un Estado benefactor —tanto por sus leyes sociales como por sus procedimientos clientelísticos— que entró en crisis a fines de la década del cincuenta y se derrumbó durante los años sesenta, lo cual se evidenció, por un lado, en las crecientes dificultades de los caudillos políticos para hacer frente a este tipo de demandas⁴ y, por otro, en la cristalización de un discurso, nacido entre los intelectuales pero que permeó rápidamente en la política, fuertemente crítico de una democracia uruguaya, pese a verse a sí misma como una panacea de organización social.⁵

Los campos privilegiados para esta crítica fueron la literatura y ensayo, produciendo en varios casos “éxitos de librería y de opinión”⁶ que reflejaron la avidez del público por una mirada revulsiva de ciertos sentidos comunes sobre la idiosincrasia nacional. Uno de los mejores ejemplos de esta literatura es **El país de la cola de paja**,⁷ del escritor Mario Benedetti, que trazó una crítica moral “por izquierda” a la democracia uruguaya. En ese texto la relacionó con una serie de sentidos por demás ilustrativa: “antifaz de la canalla”, “corrupción”, búsqueda frenética del confort material y queja insustancial de una ciudadanía apolítica. Para Benedetti, había un:

desequilibrio entre esto que somos y eso otro que pretendemos ser; la gente llega y se divierte bastante, incluso siente un poco de piedad, y en el mejor de los casos algo de estupor. Porque cuando nos ponemos de pie y pronunciamos con alegre desenfado la palabra Democracia, sólo conseguimos parecernos al señor distraído que concurre a una fiesta de rigurosa etiqueta, pero olvida ponerse los pantalones. [Los uruguayos están cegados por el] valor simplemente teórico de la palabra democracia [...] término tan zarandeado en los tiempos modernos [y que en Uruguay no es más que] una maravillosa red de apariencias [...] un refugio de venales, de arribistas, de hipócritas.⁸

La solución a esto no pasaba por la política, sino por la moral. En 1960 Benedetti no le pedía al uruguayo “una sangrienta revolución”, pero sí “una revolución de la conciencia [...] asumir la actitud que dicte la conciencia y, luego de aclarada, de reconocida, comprometerse en ella”. Tres años después, durante una conferencia en la sede del Partido Socialista, tras el fracaso electoral de la Unión Popular,⁹ su desencanto se había profundizado y, ahora sí, pedía soluciones políticas. La

3 Juan Carlos Fa Robaina, **Cartas a un diputado**, Montevideo, Editorial Alfa S. A., 1972, pp. 84-85.

4 El libro de Fa Robaina abunda en transcripciones de cartas de votantes decepcionados ante el incumplimiento de sus pedidos. En 1964 un correligionario colorado se declaraba burlado por “los compañeros dirigentes” al negársele un trabajo en el establecimiento “El Espinillar” y señalaba que la “Política lleva nombre femenino y perdone la expresión es puta”. En 1968 otro se decepcionaba de que los correligionarios, “después que nosotros luchamos por ellos se van acomodado y a nosotros no dejan aquí pasando de todo un poco” y, uno más, en 1971, afirmaba que los políticos eran todos “cuentistas, falsos, mentirosos [...] cuánto más tienen más quieren, pero no se preocupan por la humanidad” y que Fa Robaina en particular no iba a llegar muy lejos si de esa manera pretendía “conquistar la simpatía de la democracia”. *Ibid.*, pp. 20-21, 47, 129-130.

5 Ver: Luis Batlle Berres. **Pensamiento y acción (discursos y artículos)**. Selección y notas por Santiago Rompani, Tomo I, Montevideo, Editorial Alfa, 1965, pp. 500-501, 510-511, 512.

6 Así calificó Carlos Real de Azúa, en 1964, **Crónica General del Uruguay** (1958) de Luis Pedro Bonavita, un periodista y político del Partido Nacional Independiente que a comienzos de los años sesenta se acercó a la izquierda comunista y participó activamente de la fundación del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL). Carlos Real de Azúa, **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo**, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 359-362. Versión *on line* en: http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/luispedrobonavita.pdf [Acceso: 15 de enero de 2014].

7 Mario Benedetti, **El país de la cola de paja**, Montevideo, ARCA, 1963 [1ª edición, 1960].

8 *Ibid.*, p. 101.

9 En 1962 el Partido Socialista se presentó a las elecciones aliado al sector nacionalista de Enrique Erro, bajo el lema Unión Popular. La experiencia cosechó menos de treinta mil votos y los socialistas no obtuvieron ningún representante parlamentario.

izquierda debía decidirse, no podía seguir jugando “la carta de la Revolución dentro de un planteo electorero, ni [...] la carta de la democracia representativa dentro de un planteo revolucionario”.¹⁰

Otro ejemplo de este sentido común fue la novela **El Paredón**, de Carlos Martínez Moreno, que trazó un paralelismo entre el “quietismo” de la sociedad uruguaya y la removedora experiencia de la Revolución Cubana a través de la peripecia de su protagonista, Julio Calodoro. El texto incluía una imagen muy gráfica del desprecio por las manifestaciones populares que no se canalizaban por la izquierda política. El personaje principal de la novela veía resignado a la multitud que durante la campaña electoral de 1958 “se contoneaba y aullaba, comía, bebía y deliraba” al son de la demagogia de los partidos; que luego del triunfo de los blancos se agitaba “como en un parque de diversiones, lejos por igual del peligro, de la salvación y de la muerte”; que no tenía sentido alguno de la trascendencia, “tan hecho a la calma, a la llaneza de su destino sin accidentes ni sobresaltos, a la absurda idea de su superioridad”.¹¹

Tanto en Martínez Moreno como en Benedetti se notaba, a grandes rasgos, una doble dimensión de la palabra democracia. Por un lado, una que refería a una realidad instituida mediante rituales huecos y discursos presuntuosos que, además, tenía perversos efectos anestésicos sobre la sociedad, una máscara que tapaba una realidad injusta, inmoral e intolerable. Por otro, una aspiración, una práctica, una esencia democrática, cuyos rasgos palpables no podían definir con palabras pero que intuían en su definición etimológica. No estaba claro qué era para ellos el gobierno del pueblo pero sí lo estaba que no era aquello que tenía el Uruguay. Y cuando Martínez Moreno se preguntara, en esa coyuntura: “¿qué es democracia, la aspiración a una sociedad más justa o la funda del desabrido institucionalismo sin contenido real de justicia?”, encontraría la respuesta en Cuba. Allí se estaba resolviendo satisfactoriamente cierta contradicción entre forma y contenido. Pues, “para realizar revolucionariamente un programa democrático hay que dejar de lado la mecánica del juego político connatural a la democracia ya asentada. Si no, este juego se lleva aquellos objetivos”.¹²

Los comunistas no secundaron este discurso hiper crítico. De todas formas —y si bien a partir de 1955 llevaron a cabo una línea de reflexión en torno al concepto de democracia, en el marco de su política de alianzas con otros partidos políticos y movimientos sociales, y buscaron incorporarla a varias de sus formulaciones políticas—¹³ en líneas generales resistieron definirse como una fuerza “democrática”, por un razón muy sencilla: la apropiación que las derechas de los partidos tradicionales habían hecho del concepto y su resignificación como sinónimo de anticomunismo.¹⁴

La victoria del Partido Nacional en las elecciones de 1958 —más precisamente de la alianza herrero-ruralista— significó la entronización en el gobierno de una nueva concepción de la democracia. Para gran parte del nuevo elenco gobernante la democracia era todo aquello que no era comunismo. Así, lejos de enfatizar en los derechos individuales, el gobierno electo mediante elecciones libres, las libertades sindicales y de opinión, el diario del líder ruralista Benito Nardone sugería que los “uruguayos demócratas y patriotas” debían llevar al paredón “a los israelitas rojos” de un centro cultural cercano al Partido Comunista; una asociación “democrática” de Rivera proponía hacer una “lista negra” con los nombres de todos los militantes de los “partidos antidemocráticos y antinacionales, bregando para que nadie mantenga relaciones comerciales, culturales o amistosas” con ellos, pidiendo además al gobierno más dureza con el comunismo y amenazándolo con “pasar por alto a las autoridades establecidas”. El propio Nardone se quejaba amargamente de las “amplísimas garantías del derecho democrático” que había en Uruguay. El mundo estaba en medio de una guerra entre la democracia y el comunismo. Por eso, para el diario colorado **El Día** —activo propulsor de esta campaña anticomunista—, cuando un grupo de manifestantes anticomunistas concurrió armado a la sede del Partido Comunista, provocando un enfrentamiento en que moriría uno de los manifestantes, este sería recordado como un entrañable “ciudadano demócrata”.¹⁵

10 Mario Benedetti, *op. cit.*, p. 143.

11 Carlos Martínez Moreno, **El Paredón**, Barcelona, Seix Barral, 1963, pp. 8-9.

12 Carlos Martínez Moreno, en: Carlos Real de Azúa, **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo**, *op. cit.*, p. 485, citado por Hebert Gatto, **El cielo por asalto. El movimiento de liberación nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)**, Montevideo, Taurus, 2004, p. 109.

13 En diferentes documentos partidarios, congresos y editoriales, tanto Arismendi como otros dirigentes relevantes del Partido Comunista hablaron de movimiento, frente república y gobierno “democrático popular”. Ver: Gerardo Leibner, **Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay**, Montevideo, Ediciones Trilce, 2011, p. 238-239.

14 Ver: Magdalena Broqueas, **La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay. 1958-1966**, Montevideo, Banda Oriental, 2014.

15 “Ojo al palo...”, en **Diario Rural**, 15 de mayo de 1961, p. 3; “Contra el régimen de Cuba”, en **Diario Rural**, 26 de febrero de 1962, p. 12; “A la opinión pública del país”, en **Diario Rural**, 10 de octubre de 1960, p. 16; “La tierra tiene que ser de quien la trabaja”. Estructura nueva sobre la base de un viejo principio en nuestras modalidades de lucha”, en **Diario Rural**, 23 de mayo de 1960, p. 2, 9; Benito Nardone, **Peligro Rojo en América Latina**, Montevideo, Impresiones Diario Rural S. A., 1961, p. 9; “Defendamos la democracia”, en **El Día**, 13 de enero de 1961, p. 9; “Millares de

Con el gobierno herrero-ruralista, el concepto democracia adquirió otra connotación negativa para la izquierda. Si el Uruguay democrático de la tradición batllista era un cadáver prolijamente amortajado, el que inauguraba Benito Nardone era, además, un activo monstruo “fascista”.¹⁶

La democracia entre la falsa conciencia y la guerra antisubversiva

A fines de los sesenta el discurso crítico sobre la democracia uruguaya ya no ocupaba el lugar marginal que una década atrás le había adjudicado el pesimista diagnóstico de Benedetti. La sociedad estaba movilizada y consumía con avidez la producción de los intelectuales que estaban pensando el país. El fascículo de la popular **Enciclopedia Uruguay** dedicado a la “democracia política”, escrito por Germán Rama, expresaba claramente este clima de época. Rama destacaba que Uruguay asistía, durante las últimas cinco décadas, a “un funcionamiento relativamente regular de la democracia”, debido a factores de integración como la alta participación electoral, el predominio de los partidos tradicionales, su escaso crecimiento poblacional, la estabilidad de la institución familiar, la educación, el consumo, la seguridad social y la movilidad social. Sin embargo, lejos de concebir a estos factores como “positivos de por sí”, terminaba su trabajo con una hipótesis paradójica: “puede postularse que la crisis actual de la sociedad nacional proviene justamente de la existencia de mecanismos de integración que han evitado o canalizado los auténticos conflictos sociales, previos a la realización de una sociedad auténticamente igualitaria y libre”.¹⁷

Por su puesto que este descrédito de la democracia no era una peculiaridad local. **Mafalda**, el personaje de Quino que describía irónicamente la realidad argentina y que ya circulaba en Uruguay en esa época, reía desde la mañana a la noche al leer en un diccionario que democracia significaba “gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía” y veía a los “ideales democráticos” como una nube desvaneciéndose.¹⁸

Los defensores de la democracia apelaron al rescate de las prácticas más cuestionadas por el discurso crítico. El diputado Juan Carlos Fa Robaina —en el libro que más arriba comentáramos— reivindicó al “favor político o más genéricamente la rioplantense ‘gauchada’”, señalando que no era una peculiaridad uruguaya, sino que existía en todas las democracias y que era una forma válida de contacto entre el pueblo y los políticos, al tiempo que el dirigente batllista Luis Hierro Gambardella, prologando, defendió esas prácticas como un mecanismo necesario de integración social en el contexto de una economía en retroceso.¹⁹

Los decretos de Medidas Prontas de Seguridad y de congelación de precios y salarios, de junio de 1968, mostraron los límites del imaginario batllista.²⁰ La movilización social se radicalizó y la represión se endureció. Hacia fines de año, el presidente Pacheco Areco comenzó a hablar de una “democracia amenazada”, cuya salvación aparecía como el gran objetivo de su gobierno. La dicotomía orden-subversión se planteó como el eje de la política y la democracia, tal como había sucedido

personas reunidas ayer en Plaza Independencia repudiaron al castrismo viviendo la libertad y la democracia”, en **El Día**, 12 de enero de 1961, p. 16

16 El diputado socialista Germán D’elía lo diría claramente en 1962: “frente a las medidas represivas queda siempre el camino de la revolución para llevar al pueblo al poder. Y que luego [...] no se derramen lágrimas de cocodrilo hablando de la democracia y protestando contra las medidas de un gobierno revolucionario” (**Diario de sesiones de la cámara de representantes**, 31 de julio de 1962, p. 124).

17 Germán Rama, “La democracia política”, en **Enciclopedia Uruguay**, n° 44, Montevideo, Arca, agosto de 1969, pp. 62-78. Este planteo parece una forma más sutil del que animaba la movilización del MLN-T, según el cual la “democracia representativa, régimen ‘legal’, y gobierno electo” del Uruguay ocultaban “la explotación, la violencia y la dictadura de clases”. (Movimiento de Liberación Nacional, **Documento n° 1**, junio de 1967 Disponible en http://www.archivochile.com/America_latina/JCR/MLN_T/tupa_de/tupade0001.pdf [Acceso: 27 de noviembre de 2013].)

18 Un compilado de viñetas de Mafalda con énfasis en la sátira política puede consultarse en: <http://www.unitedexplanations.org/2013/06/18/las-35-mejores-vinetas-de-mafalda-de-satira-politica/>. Ver, además: Isabella Cosse, **Mafalda. Historia social y política**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

19 Juan Carlos Fa Robaina, *op. cit.*, pp. 10, 14.

20 En el discurso de Jorge Pacheco Areco, previo a esa fecha, pueden encontrarse apelaciones al imaginario batllista, por ejemplo, al “perfil democrático inquebrantable que honra al País”, caracterizado por “los notables logros de la educación popular y la cultura, y el arraigado y pleno ejercicio de la democracia política y social” (“Discurso del señor Presidente de la República, Don Jorge Pacheco Areco pronunciado en la ciudad de Paysandú el 1° de marzo de 1968. ‘Compromiso de Paysandú’”, en: Jorge Pacheco Areco, **Discursos, mensajes y declaraciones del señor Presidente de la República Oriental del Uruguay Don Jorge Pacheco Areco**, Montevideo, Presidencia de la República, 1968, pp. 20-37).

en Nardone, se volcó al polo del orden. Como diría una semana antes de las elecciones de noviembre de 1971, de un lado estaban los “enemigos de la República” y, del otro “los defensores del país”, de un lado la “sedición y el crimen”, del otro, “la democracia, la paz y la libertad”.²¹

La democracia para Pacheco —al igual que para Nardone— era un concepto más vinculado a la guerra que a la política. Era aquello que la subversión buscaba destruir y eso era “un sistema, un estilo de vida, en nuestro caso, el modo de ser uruguayo”. No se trataba de defender la organización política que la comunidad se había dado. Incluso el Parlamento, factor clave de esa organización, estaba frecuentemente del lado de afuera de su discurso, del lado del ellos, como las “amplísimas garantías de la democracia” estaban por fuera del de Nardone. Lo que se defendía era la vida misma de esa comunidad, sus costumbres, tradiciones, todo aquello que se suponía previo a la política y que no entraba en el orden de lo discutible. Por eso el Pacheco que buscaba la reelección en 1971 —como ha señalado Francisco Panizza— ya no le hablaba a los “ciudadanos” —concepto de identidad política— como en sus primeras apariciones públicas. Le hablaba a los “hombres y mujeres del Uruguay” que veían amenazada “la paz de [sus] hogares” —concepto de identidad social, la familia— “por medio de la violencia o la corrupción”. Y no se definía como “un político en el sentido que se entiende habitualmente”, sino como un “hombre que lucha denodadamente contra todo lo que no sea el interés nacional”.²²

Durante la mañana del 14 de abril de 1972 los Tupamaros asesinaron al profesor Armando Acosta y Lara, a los policías Oscar Delega y Juan Carlos Leytes y al capitán de corbeta Ernesto Moto, todos acusados de formar parte del Escuadrón de la muerte. Horas más tarde las Fuerzas Conjuntas ejecutaron a ocho miembros del MLN-T. Al día siguiente la Asamblea General aprobó, con excepción de los legisladores del Frente Amplio, la “Suspensión de las garantías individuales” y el “Estado de guerra interno”. Durante la sesión, el senador pachequista Raumar Jude pidió que se votara un minuto de silencio por “Acosta y Lara y los caídos en nombre de las instituciones”. Los frenteamplistas Rodney Arismendi y Enrique Rodríguez acotaron que el minuto debía ser “por todos los muertos”, agregando los nombres de algunas víctimas de la represión policial durante los últimos años, como Liber Arce y Heber Nieto. El nacionalista Wilson Ferreyra Aldunate sostuvo que votaría la moción, “pero hay más muertos [que los señalados por Jude]”, mientras el también frenteamplista Daniel Sosa Díaz pidió por el poeta Íbero Gutiérrez, asesinado por el Escuadrón de la muerte. Ante la confusión de qué era lo que se iba a votar, Jude aclaró: “un minuto de silencio por los fallecidos en defensa de la democracia”. “Entonces no son todos los caídos”, respondió el frenteamplista Enrique Erro, mientras Arismendi pedía que la moción fuera por “los caídos, sin nombres” y Ferreyra Aldunate insistía “por todos los muertos”.²³ La palabra democracia, en boca de un senador pachequista, venía cargada de anticomunismo, de la lógica del *ellos subversivos / nosotros democráticos* y esto era claro tanto para los frenteamplistas como para Ferreyra Aldunate, que pretendían impedir ese uso. Sin embargo, la moción se puso a votación sin modificaciones y terminó siendo aprobada por unanimidad.

Una dictadura democrática

Aunque con importantes dificultades, hasta junio de 1973 funcionaron las instituciones parlamentarias. Tal vez eso impida percibir claramente el uso militantemente anticomunista que las derechas de los partidos tradicionales hicieron del concepto de democracia a partir de los primeros años de la década de los sesenta. Es que, por un lado, había Parlamento, elecciones, proclamados derechos individuales y, por el otro, partidos políticos que ocupaban el gobierno y defendían un concepto de democracia. Y una interpretación anacrónica podría hacernos vincular automáticamente ambas cosas y concluir que esas derechas buscaban defender las elecciones, las garantías constitucionales, el Parlamento, todo el andamiaje institucional de la democracia liberal. Pero a partir de junio de 1973, liberado de ese andamiaje, el uso de la democracia como un arma

21 Francisco Panizza, **Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1990, pp. 126, 137, 139-142. El entrecomillado corresponde a diversas alocuciones públicas de Pacheco, citadas por el autor.

22 *Ibid.*

23 La transcripción de la discusión puede encontrarse en: Aldo Marchesi, “¿‘Guerra’ o ‘Terrorismo de Estado’? Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo”, en Elizabeth Jelin (comp.), **Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”**, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 144-145.

anticomunista se percibe claramente. El sueño de Benito Nardone se hace realidad y la democracia logra despojarse de las “amplísimas garantías del derecho democrático”. En este sentido, la dictadura uruguaya fue profundamente democrática.

El “estilo de vida” y la “tradicición” serían los pilares de esta concepción de la democracia. Si bien se hacía referencia a las “instituciones”, éstas no debían confundirse con ningún perimido concepto de una democracia formal y desnaturalizada, [ninguna] demagógica armazón de democracia hueca y pluralista [...] formalista y declamatoria, de pequeños círculos y gastadas figuras profesionales, apartada de los intereses y las necesidades apremiantes de la Nación, [ninguna] democracia liberal anestesiada por politiquería.²⁴

¿Quiénes eran el objeto de esa advertencia? Pues los políticos, “fanáticos de la falsa democracia [diría el presidente Aparicio Méndez en setiembre de 1976], los que con tal de mantenerla en el papel y poder invocarla en estado de pureza extraterrena, no se preocupan al verla avasallada o se olvidan que la negaron”.²⁵

La meta del gobierno era la “restauración democrática”, diría Aparicio Méndez en 1976. La “democracia perfecta”, afirmaría el Teniente General Julio César Vadora en 1977. O la construcción de “instituciones genuinamente democráticas”, según el Teniente General Gregorio Álvarez un año más tarde. Los partidos “democráticos” —léase los tradicionales más la Unión Cívica— volverían a ocupar su lugar una vez que fueran saneados de la “politiquería”. La democracia uruguaya dejaría de ser “equidistante y neutral”, adquiriría un compromiso con la esencia de la “nacionalidad oriental” y pasaría a ser “recia, militante, imbuida de sus propios fines y valores”. Por ello, “el actual proceso revolucionario institucionalizador [así definía la Junta de Comandantes en Jefe a la dictadura, era] demócrata en toda su raigambre. [...] Si bien ha dejado en suspenso el sistema de la democracia como método [...] permanece vigente en absoluto como doctrina”.²⁶

Esta visión fue compartida por aquellos civiles que, sin integrar el gobierno, respaldaron su política anticomunista. En abril de 1976 la revista **Búsqueda** publicó un artículo del periodista argentino Mariano Grondona, cuyo análisis de la realidad de los países del Cono Sur iba en esa línea. Para Grondona los “militares del Cono Sur” tenían motivaciones comunes, entre ellas, la “seguridad, el orden, la administración y el desarrollo”, además de la “persistencia del ideal democrático”. Su objetivo era “poner las bases, las precondiciones del buen funcionamiento democrático. Sin esas precauciones, la democracia no puede ser tal sino demagogia, la lucha de clases, anarquía”.²⁷

Gran parte de este diagnóstico era compartido por Juan María Bordaberry. Para él, en junio de 1973, Uruguay había terminado con la “vieja democracia liberal [...] formal al estilo clásico [y] hueca”, basada en la “filosofía enciclopedista del siglo XVIII”, que poco tenía que ver con su realidad. Había terminado con un sistema que atraía al ciudadano a las urnas “por la excitación de sus pasiones, por la promesa, por la dádiva [...] por la propaganda estruendosa o, más recientemente, con la aparición de los partidos radicales de izquierda, hasta por la violencia”.

Sin embargo, a diferencia de los militares, Bordaberry no se limitó a la crítica de la democracia liberal ni, tampoco, al mero empleo de los adjetivos que debían caracterizar a la “nueva democracia” —“auténtica”, “militante”, “sana, virtuosa y eficiente”—²⁸ sino que también trazó un esquema bastante acabado de ella.

En una conferencia pronunciada en la Universidad de Chile en 1979, dedicada a discutir la estructura institucional que debería tener una “democracia protegida”, Bordaberry señaló que debería basarse en los “principios cristianos del orden político” y establecer claramente que en la vida “hay verdades permanentes e inmutables, de las que se desprenden derechos esenciales y primarios por cuya vigencia siempre debe velarse”. Estos derechos eran la “libertad, el trabajo, la propiedad [...] el orden público y la justicia social” y poco tenían que ver con “la mera forma de gobierno denominada democrática”.

24 Junta de Comandantes en Jefe, **El proceso político. Las Fuerzas Armadas al pueblo oriental**, Montevideo, s.e, 1978, pp. 47, 149-151, 412.

25 *Ibid.*, p. 395.

26 *Ibid.*, 1978, pp. 305, 376, 393, 437, 458, 461.

27 “Comunidad de Destinos en el Cono Sur. Por Mariano Grondona”, en **Búsqueda**, abril de 1976, pp. 36-37.

28 El énfasis en la adjetivación —y en esto la tentativa de Bordaberry no difiere de la que habían ensayado los comunistas en la década del sesenta— daba cuenta de un ejercicio consciente en pos de reformular el sentido hegemónico de la palabra. Asumía hablar desde un lugar marginal y, desde allí, batallaba. Para Bordaberry, la postura de que la democracia “no admite adjetivos [es la del] puro pensamiento liberal”, la de aquel

En este orden político las FFAA dejarían de ejercer el gobierno, pero velarían por la salud de la nación y serían la “reserva de la soberanía nacional”, de la misma forma que las monarquías lo eran en algunos países europeos. Podrían elegir al Presidente o, por lo menos, aprobar los candidatos postulados, guardándose el derecho de someterlos a juicio político en circunstancias de extrema gravedad.²⁹

Puesto que ni los militares ni los políticos iban a ejercer la función cotidiana de gobierno, ésta se reservaría a técnicos especializados, surgidos de una Escuela Nacional de Administración especialmente dedicada a ese fin, que formaría “funcionarios públicos competentes y capaces, que dignifiquen y vuelvan a prestigiar la función”. Una vez establecido, gracias al “triumfo de las armas”, la inmutabilidad de las bases del sistema, lo que quedaba era mejorarlo, perfeccionarlo, pulirlo mediante una eficiente gestión de los asuntos técnicos. Decía Bordaberry en 1976 que, en el futuro, el marxismo estaría excluido de la sociedad, no por una cuestión de represión, sino de mera incompatibilidad: quedaría fuera del orden de lo pensable. Entonces, si la disyuntiva de orden político —qué forma de organización de la comunidad es la más justa— estaba en camino de desaparecer, lo importante era enfocarse en la de orden técnico —cómo podemos hacer más eficaz y eficiente esta organización. Más claro lo diría el propio Bordaberry:

el administrado en las sociedades desarrolladas de hoy quiere ser justamente eso, administrado en su interés general, más que liderado políticamente [...] Hoy se responsabiliza al gobernante tanto por no ser justo como por no haber previsto adecuadamente las fuentes energéticas o disminuido la inflación.³⁰

En este marco, la participación de la ciudadanía se limitaría a dos aspectos: por un lado, integración o apoyo a “corrientes de opinión”, que podrían proclamar y difundir ideas pero no pretender “el objetivo del poder” —lo cual las diferenciaba de los desaparecidos partidos políticos— y, por otro, “voluntariado”, ese sistema “que tiene manifestaciones en muchas partes del mundo”³¹ y que tenía la virtud de proporcionar “una forma de realización personal, en el enfrentamiento y solución de los problemas comunitarios”, [contribuyendo] a que el hombre se sienta integrante de una sociedad más justa y aleja[ndolo] así [de] la falacia marxista”.³²

El consenso socialdemócrata y sus disidencias

Allá en mi patria, para luchar contra la dictadura que nos oprimió olvidamos temporalmente la polémica ideológica y nos hicimos el propósito unitario para construir primero el piso firme de una democracia sobre la cual pudiéramos movernos libremente todos los partidos, todas las ideologías, para la controversia ideológica. Allá, comunistas, social-cristianos, socialdemócratas, el movimiento sindical, la empresa privada, las instituciones culturales, nos unimos en una sola voluntad para enfrentar la dictadura.³³

La frase pertenece al ex Presidente venezolano Carlos Andrés Pérez y apareció citada en una compilación de documentos de la Convergencia Democrática en Uruguay (CDU), publicada en 1984. Representa fielmente uno de los sentidos predominantes del concepto de democracia para los sectores opositores a la dictadura en la primera mitad de la década de los ochenta: democracia era todo aquello que se opusiera a la dictadura.

que sabe que su concepto es compartido y que, por eso mismo, no necesita ponerlo en palabras. (**Las opciones**, Montevideo, Imprenta Rosgal S.A., 1980, pp. 22-31).

29 Junta de Comandantes en Jefe, *op. cit.*, 1978, pp. 351, 359. Juan María Bordaberry, **Las opciones**, *op. cit.*, pp. 21, 33, 44-48; Juan María Bordaberry, **Encuentro Bordaberry – Pinochet. Discurso del Presidente Juan María Bordaberry**, Montevideo, Presidencia de la República, 1976, pp. 11-15.

30 Juan María Bordaberry, **Las opciones**, *op. cit.*, p. 54; Juan María Bordaberry, **Encuentro Bordaberry – Pinochet.**, *op. cit.* p. 11-15.

31 Especialmente en el Chile de Pinochet, modelo indudable de Bordaberry a la hora de definir su sistema de gestión pública y de participación ciudadana. Ver: Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, “¡Estamos en guerra, señores! El régimen militar de Pinochet y el pueblo, 1973-1980”, en **Historia**, n° 43, Vol. I. Enero-junio de 2010, pp. 163-201. Versión *on line* en: <http://www.scielo.cl/pdf/historia/v43n1/art05.pdf> [Acceso: 24 de enero de 2014].

32 Juan María Bordaberry, **Las opciones**, *op. cit.*, pp. 50-53.

33 Convergencia democrática en Uruguay, **Documentos políticos. La CDU una experiencia unitaria**, México, Ediciones CDU, 1984, pp. 14-15.

Los años de represión dictatorial imprimieron esta mirada incluso en algunos de aquellos intelectuales que habían cuestionado más duramente la realidad de la democracia uruguaya. Ese giro se puede apreciar, por ejemplo, en las posturas de Carlos Martínez Moreno, quien en 1980 firmó una declaración constitutiva de la CDU que celebraba, entre otras cosas, la ejemplar tradición democrática del Uruguay, que lo distinguía del resto de los estados latinoamericanos.³⁴

La CDU se apoyaba en un contexto internacional dominado por las ideas liberales en materia política, que trascendían al liberalismo propiamente dicho y encarnaban entre los socialistas y los eurocomunistas. No en vano destacaba el apoyo prestado por las Internacionales Liberal, Socialista y Demócrata-cristiana, así como por el Parlamento Europeo y referentes la Democracia Cristiana Italiana, del Partido Socialista Obrero Español y del Partido Comunista de España, como Giulio Andreotti, Felipe González y Santiago Carrillo. En esa línea, democracia eran “los valores supremos de la libertad”, en concreto “partidos políticos fuertes, de amplia base popular”, libertad de los presos políticos, retorno de los exiliados, garantía de los derechos de reunión y expresión, a lo que agregaban una “distribución más justa de las riquezas” y mayores espacios para la participación de los jóvenes.³⁵

Este tono social-demócrata de la democracia fue el dominante durante la transición. Entre 1983 y 1984 la revista **Guambia** realizó una serie de reportajes a figuras de la política uruguaya. Julio María Sanguinetti, Manuel Flores Silva, Fernando Oliú, y Carlos Julio Pereyra coincidieron en señalar que, a la hora de definirse políticamente, la palabra que más los representaba era “social-demócrata”. Wilson Ferreira Aldunate decía lo mismo desde Argentina y Líber Seregni evitaba la palabra pero reivindicaba los mismos contenidos que el resto. Esta concepción trascendía a las figuras de los partidos políticos y parecía ser un sentido común de cualquier ciudadano opuesto a la dictadura. El futbolista Fernando Morena afirmaba ser partidario de la social-democracia y que, haber sido español, hubiera votado a Felipe González; “socialismo, sin marxismo”, especificaba. Mientras que el músico Ruben Rada sostenía que “no hay socialismo sin democracia y no hay democracia sin socialismo”.³⁶

La democracia, para ser tal, debía apoyarse en un campo político y social que reuniera los siguientes atributos: coherencia, sensatez, moderación y racionalidad. Debía ser estrictamente liberal en lo político y, en lo económico, estatista, nacionalista o socialista (según los matices), aunque alejándose siempre del marxismo. Julio María Sanguinetti —tal vez el mayor exponente de este modelo— lo diría al destacar las similitudes del batllismo con el radicalismo argentino: “sólida tradición democrática por un lado y [...] nacionalismo económico por el otro”.³⁷

Cabe destacar, además, las similitudes de este modelo con el propuesto por las Ciencias Sociales —en especial la Ciencia Política— en el contexto de la transición, uno de cuyos principales ejemplos es el libro **Democracia a la uruguaya**, del sociólogo Rolando Franco. Allí se analizaba el comportamiento electoral de los uruguayos en clave histórica y se destacaba la “gran confluencia en el centro del espectro político” que habían significado las elecciones de 1984. El libro fue prologado

por el presidente Sanguinetti, que saludó en él la llegada de un libro “de orientación científica”, de una “descripción fáctica objetiva y [un] análisis interpretativo metodológicamente riguroso” de la política uruguaya.³⁸

34 “Declaración constitutiva de la Convergencia Democrática en Uruguay”, firmada por Diego Achard, Juan Raúl Ferreira, Carlos Martínez Moreno, Luís Echave, Carlos Gurméndez, Juan Eyherachar, Atilio Scarpa, José Korzeniak, Justino Zavala, en *Ibid.*, p. 17.

35 *Ibid.* pp. 28, 53.

36 “Reportajes sin corbata. Julio María Sanguinetti”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 2, junio de 1983, pp. 12-13; “Reportajes sin corbata. Manuel Flores Silva”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 10, [noviembre - diciembre] de 1983, p. 12; “Reportajes sin corbata. Fernando Oliú”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 3, julio de 1983, p. 13; “Reportajes sin corbata. Carlos Julio Pereyra”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 15, [marzo] de 1984, p. 33; “Reportajes sin corbata. Líber Seregni”, **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 17, [marzo-abril] de 1984, p. 34; “Reportajes sin corbata. Fernando Morena”, **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 5, agosto de 1983, p. 12. “Reportajes sin corbata. Ruben Rada”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 8, octubre de 1983, p. 10. Arturo Ardao, “Wilson Ferrería y la democracia social”, **Cuadernos de Marcha**, n° 137, marzo de 1998, p. 31. Versión digital en http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/arturo_ardao/docs/marcha/Wilson_Ferreira.pdf [Acceso: 10 de enero de 2014].

37 Reportaje a Julio María Sanguinetti de la revista argentina **Somos**, 24 de agosto de 1984. Citado en: Marcelo Pereira, **1980-1984. Operación Sanguinetti**, Montevideo, Centro Uruguay Independiente, 2ª edición, julio de 1986. La construcción discursiva de este modelo de democracia por parte de Sanguinetti está trabajada en Álvaro de Giorgi, **Sanguinetti. La otra historia del pasado reciente**, Montevideo, Fin de Siglo, 2014.

38 Con respecto al modelo de democracia propuesto por las Ciencias Sociales durante la segunda mitad de la década de 1980, además del libro de Franco (Rolando Franco, **Democracia a la uruguaya. Análisis electoral 1925-1985**, Montevideo, EL Libro Libre, noviembre de 1985, pp. 7-10 [1ª edición noviembre de 1984]), pueden señalarse los trabajos de Gerardo Caetano, Jose Rilla, Romeo Pérez (“La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos”, en **Cuadernos del Clah**, vol. 44, 1987, pp. 39-61); Germán Rama (**La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación**, Montevideo, ARCA, 1989, p. 13 [1ª ed. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987]); Aldo Solari (“Algu-

Claro que había desviaciones del canon social-demócrata, como la de Jorge Batlle, quien interrogado acerca de qué había que cambiar en Uruguay respondió: “Y la democracia”. Esto implicaba modificar el rol del Estado, al que definía como un “esqueleto, un protoplasma informe [que] se ha transformado en una pesada lápida, en un protoplasma que está acogotado y que hay que mantener y que funciona mal. ¡Qué me vienen a contar que afecta la soberanía vender los teléfonos! Lo que pasa es que nadie quiere comprarlos”.³⁹

Una postura similar puede encontrarse en el semanario **Búsqueda**, que en los meses previos a las elecciones de 1984 se ocupó de pregonar las ventajas de la liberalización y de las gestión técnica y científica de la economía, al tiempo que advirtió de los riesgos de las propuestas “demagógicas” que, desde todos los partidos, reclaman el regreso de una dirección política de la economía.⁴⁰

Otra desviación de ese canon, aunque por izquierda, fue la de los comunistas. Su secretario general, Rodney Arismendi, reivindicaba un concepto de “democracia avanzada” y aclaraba que, si bien el Frente Amplio iba a favorecer una concertación entre los partidos políticos “para estabilizar la democracia”, ésta no podía significar “una especie de pacto de Moncloa”, en referencia al acuerdo que en España, tras el fin de la dictadura de Francisco Franco, había dispuesto “una especie de gran tregua, para que los poderosos siguieran haciendo pagar los resultados de la crisis a las masas del pueblo”. Consolidar la democracia, para Arismendi, no era sinónimo de gobernabilidad.⁴¹

Otra desviación puede encontrarse en la propuesta de una “democracia participativa”, realizada por el dirigente wilsonista Juan Raúl Ferreira, quien en noviembre de 1984 reivindicó el fomento de la movilización y la participación del ciudadano en la política que había distinguido al gobierno del panameño Omar Torrijos.⁴²

La democracia sin política

Un balance de los cinco años de democracia realizado por el Centro Uruguay Independiente (CUI) en 1989 puso sobre la mesa la relación entre la política y los jóvenes, remarcando que para ellos “todos los políticos [eran] iguales” e igualmente desconfiados. La derrota en el Plebiscito por la derogación de la Ley de Caducidad, en abril del 1989, “generó un gran sentimiento de frustración especialmente en las generaciones más jóvenes”. Sumada a una realidad social y económica “que [los] expulsa y que no les brinda las mínimas oportunidades de realización”, esto arrojaba una extrema frialdad con respecto a la política.⁴³

nas reflexiones sobre los resultados electorales de 1984”, en **Uruguay, partidos políticos y sistema electoral**, Montevideo, El Libro Libre / FUCCYT, 1988); Juan Rial (**Uruguay: elecciones de 1984. Un triunfo del centro**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1985; “Hacia el autoritarismo. 1968-73 (Mayo/84)” y “Los partidos políticos: ¿restauración o renovación? (abril 1984)”, en: **Partidos políticos, democracia y autoritarismo**, Tomo II Montevideo, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay / Ediciones de la Banda Oriental, 1984); Carlos Zubillaga y Romeo Pérez (**La democracia atacada**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1988). La politóloga argentina Cecilia Lesgart ha analizado el clima intelectual en el que surgió la idea de “transición a la democracia”, cuya presencia es muy fuerte en varios de estos trabajos (**Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del ochenta**, Rosario, Homo Sapiens, 2003). Carlos Demasi ha analizado la influencia del clima “concertador”, propio de la segunda mitad de la década de los ochenta, en las construcciones de las Ciencias Sociales, particularmente en el citado trabajo de Caetano, Rilla y Pérez (“La partidocracia uruguaya. Aportes para la discusión de una hipótesis”, en **Contemporánea**, año 3, vol. 2, Montevideo, Universidad de la República, 2012).

39 “Reportajes sin corbata. Jorge Luis Batlle”, en **Guambia. Expresión uruguaya de humor**, año I, n° 15, [enero-febrero] de 1984, p. 36.

40 Ver: Mauricio Bruno, “Contra el consenso político y por la racionalidad económica. El semanario **Búsqueda** de cara a las elecciones de 1984”, en Álvaro De Giori, Carlos Demasi (comps.), **El retorno a la democracia. Otras miradas**, Montevideo, Fin de Siglo, 2016.

41 Rodney Arismendi, “Vísperas combativas de la derrota de la dictadura”, en **Estudios**, n° 91, juli 1984, p. 4; “Consolidar la democracia, avanzar en democracia en la perspectiva de un gobierno popular. Tres preguntas a Rodney Arismendi”, en **Estudios**, n° 95, diciembre de 1985, pp. 5-6, citado por: Marisa Battagazzore, “El concepto de ‘Democracia Avanzada’ en Rodney Arismendi: un referente el proceso político latinoamericano”. Disponible *on line* en: http://www.quehacer.com.uy/index.php?option=com_content&view=article&id=300:democracia-avanzada&catid=94:rodney&Itemid=77 Acceso: 16 de diciembre de 2013.

42 Entrevista a Juan Raúl Ferreira, en **La Democracia**, 1° de noviembre de 1984. Esta exhortación fue duramente contestada por el batllista Enrique Tarigo, quien concebía al uruguayo medio de la misma forma en que lo hiciera Benedetti más de veinte años antes, aunque cambiando la connotación negativa por la positiva. Para Tarigo “esos manipuleos de la gente” eran muy peligrosos: “el *vivere pericolosamente* no es el modo de vida que ambicionamos, que hemos de lograr y que nos merecemos los uruguayos. [...] no estamos dispuestos [...] a sustituir el aventurerismo militar por el aventurerismo civil”. (Editorial de Enrique Tarigo en **Opinar**, 10 de noviembre de 1984, Citado en: Marcelo Pereira, *op. cit.*, pp. 221-222).

43 Marcos Gutiérrez, María Inés Moraes, Fernando Pita, **Uruguay 1985-1989. Impulso democrático bloqueado conservador**, Montevideo, Centro Uruguay Independiente, 1989.

En este contexto, no es extraño que también la democracia estuviera fuertemente desprestigiada entre algunos sectores juveniles. Claro que no entre todos, pero sí entre un sector emergente muy visible, fundamentalmente montevideano, cuyo núcleo estaba hecho de adolescentes durante la etapa final de la dictadura, que se caracterizó por una fuerte intervención en el espacio público no desde intereses ideológicos sino, a decir del filósofo Ruben Tani, “estético-culturales”, canalizados en medios como el Rock and Roll, la formas de expresión artística alternativa (el *grafitti*, la *performance*), la poesía y las revistas “subterráneas”.⁴⁴

El documental **Mamá era punk**, dirigido por Guillermo Casanova y realizado en 1988, ofrece un panorama desde adentro de esta generación, caracterizado por referencias negativas al Uruguay y a la democracia. El guitarrista y cantante de ADN Juan Berhau, sintetizaría esta posición durante una entrevista, al querer explicar el carácter colectivo y horizontal de la composición musical en la banda y no poder encontrar la palabra justa: “la cosa es, no quiero decir democrática, porque la palabra está en decadencia, pero el trabajo de creación es entre todos”.⁴⁵

En julio de 1989 la Oficina Nacional de Servicio Civil de la Presidencia organizó un seminario internacional en torno a uno de los temas de mayor actualidad política: el rol del Estado en una sociedad democrática. Reunidos en una de las salas de exposiciones del Palacio Municipal, diversos especialistas internacionales en el área de la gestión pública presentaron estudios de caso y diagnósticos acerca del estado de la cuestión en los países de Latinoamérica y el Caribe. Sobre el final de la jornada, luego de finalizadas las exposiciones de los expertos, vino el turno de los políticos. Cerrando la oratoria, Jorge Batlle dio un panorama de la situación uruguaya en el contexto internacional y, al mismo tiempo, fijó un uso del concepto de democracia que no era novedoso, pero que ganaba terreno en la clase política uruguaya y que adelantaba rasgos del sentido común dominante durante los años siguientes.

Para Batlle, si los uruguayos querían mantener y afirmar “el deseo común de todos de ser demócratas” y si además de a “sobrevivir manteniendo su nivel de vida” aspiraban a “crecer, transformarse, ser más libres”, había un hecho incontrastable que tenían que aceptar: “en los próximos diez años, en forma casi definitiva, el mundo se globalizará en grandes áreas [...] globalizando la tecnología, globalizando el mercado, globalizando las comunicaciones, globalizando la competencia”.

Uruguay debía “reconocer esa realidad y aceptar ese desafío”, sumarse a esa corriente porque, de no hacerlo, “el mundo, no va a esperar por nosotros, no se va a detener por nosotros, nos va a dejar de lado si nosotros rechazamos la realidad en la cual el mundo vive y se dispone a vivir”. La realidad estaba hablando y era clara y contundente, “porque ella puede más que nuestra ensoñación, que nuestras aspiraciones de utopías y de ideales”. De no oírlo, “por más que tengamos racional y emocionalmente, el deseo de mantenernos demócratas, eso no pasará de una mera expresión retórica”.⁴⁶

Si la democracia de Sanguinetti había sublimado las formas políticas del liberalismo, la de Batlle daba un paso más y hacía lo mismo con las económicas: para Batlle, la democracia era un espejo del mercado. Ser demócrata equivalía a sostener una posición privilegiada en el juego de los intercambios. Por eso, si el Uruguay no lograba subirse al carro de la globalización, de nada serviría “decirse demócrata”. Eso no pasaría de mera retórica, de un palabrerío vacío incompatible con la realidad de un país atrasado, incapaz de proporcionar un “nivel de vida” adecuado a sus habitantes. Más que derechos, la democracia debía garantizar cierto estándar de vida, una vida en “plenitud”.

De alguna manera, Batlle postulaba una democracia sin política, una traslación mecánica al campo político de lo que los neoliberales calificaban como el “normal funcionamiento de la economía”. No se ha investigado aún el progresivo avance del lenguaje neoliberal en el campo político uruguayo hacia la segunda mitad de la década de 1980, pero cabe señalar que

44 “La movida de los 80: la ruptura cultura en el Uruguay (I)”, en **Henciclopedia**, versión *on line* en <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Verdesio/Movida80.htm> [Acceso: 23 de diciembre de 2013].

45 **Mamá era punk**, Dir. Guillermo Casanova, Montevideo, CEMA, 1988 [Disponible *on line* en: <http://www.youtube.com/watch?v=l822azA0cXg>. Acceso: 13/12/2013]; “Gas de combate. Cadáveres ilustres”, **Gas. Generación ausente y solitaria**, n° 2, s.f [1987], pp. 11-12; “Suiza de América’ a los Traidores (Montevideo Agoniza)”, **Gas. Generación ausente y solitaria**, n° 3, setiembre de 1987, p. 7; “Gas de combate. ADN”, **Gas. Generación ausente y solitaria**, n° 3, setiembre de 1987, pp. 8-9.

46 Ruben Correa Freitas, Rolando Franco (comp.), **Gestión del Estado y desburocratización**, Montevideo, El Libro Libre, 1989, pp. 273-274, 289.

esa lógica economicista se reflejó antes en una suerte de colonización del lenguaje político por parte del económico. En diciembre de 1984 la revista **Crónicas Económicas** publicó un reportaje a Roberto Ceruzzi, director de Agencia Corporación Publicitaria, el “cerebro” tras la campaña electoral de Sanguinetti. La revista iba al grano al arrojar los resultados del “estudio de mercado” realizado por la agencia. Para Ceruzzi, la ciudadanía uruguaya era “un mercado con avidez de consumir un producto que se llamaba ‘democracia’”, y a ese producto se lo veía “como un medio para obtener cosas tangibles y no tanto como un fin”. Para “la gente”, la democracia era “un medio para obtener mejoras salariales, niveles de ocupación, tener un mejor nivel de vida, etc. Luego surgían los problemas de las pasividades, la vivienda, la salud” y, en tercer lugar, “con muy poco interés de mercado”, venían “las libertades individuales, el poder judicial independiente, las desproscripciones, etc.”.⁴⁷

Conclusiones

Pensar la historia reciente del Uruguay desde las perspectivas de los usos y sentidos del lenguaje permite enriquecer las discusiones acerca de cómo pensaban y cuáles eran los objetivos de los actores políticos que protagonizaron los conflictos marcados por la Guerra Fría. Un análisis contextual de los conceptos, que los relacione con la pertenencia política e ideológica de quienes los emplearon, con los debates de los que formaron parte y sobre todo con los conceptos que se utilizaron para definirlos por cercanía u oposición, permite escapar a la tentación de adjudicarles sentidos unívocos y anacrónicos.

El periplo de la democracia uruguaya durante, aproximadamente, fines de la década del cincuenta y fines de los años ochenta del siglo XX está en el centro de muchos debates sobre la historia reciente del Uruguay. Pero no siempre los abordajes que se realizan en esta línea se preocupan por pensar qué entendían por *democracia* aquellos actores que la impugnaron o que la defendieron. Examinar de forma panorámica ese período a la luz de esta pregunta ha sido el objetivo de este trabajo.

En esos años, en Uruguay hubo una fuerte disputa por el sentido del concepto de democracia. Como diría el ex dirigente frenteamplista Juan Pablo Terra en 1990, se trataba de una palabra “con tal capacidad de despertar resonancias en la conciencia de la gente, que nadie quiere entregarla a su adversario.”⁴⁸ Esta disputa dio lugar a una pluralidad de sentidos, que atravesaron los campos político y cultural y que expresaron diversas ideas no solo en torno cómo debía conformarse y ejercerse el gobierno y que espacios de la vida social debían estar o no sujetos a su influencia, sino también a quiénes y cómo eran los uruguayos y cuáles debían ser sus proyectos a futuro como sociedad. Por otro lado, estas diversas acepciones de la democracia funcionaron como armas políticas. Su construcción en uno u otro sentido expresó, más que puntos de vista en torno a debates teóricos o científicos, posturas políticas forjadas en función de las discusiones de cada momento.

Durante la década de 1960, a caballo de la crisis económica, social y política que se extendió en el país, la impugnación que la izquierda hizo de la realidad uruguaya se apoyó con fuerza en la crítica a un imaginario democrático que permitía la autosatisfacción nacional y que impedía ver, a su juicio, la profundidad de la crisis. Las derecha antiliberales, cuyo crecimiento e importancia en el espectro político también se verificó durante esos años, usaron el concepto para aglutinar ideas esencialistas sobre la nación y lo despojaron de sus contenidos garantistas; durante la dictadura civil militar, este sentido de la democracia se afirmó y funcionó como base para pensar la construcción de nuevas instituciones, que deberían ocupar el lugar de las derruidas instituciones republicanas. A comienzos de los años ochenta, el concepto de democracia tuvo una pluralidad de usos y sentidos. Por un lado, sirvió para que el amplio arco opositor a la dictadura hilvanara sus fuerzas en un solo haz y potenciara sus reivindicaciones; por otro, para que rápidamente las élites de los partidos políticos crearan un relato en el que pasaban a ser conductoras hegemónicas del proceso y desplazaran a otros actores; además, para que algunos sectores políticos que tenían una importante capacidad de movilización popular —el sector wilsonista del Partido

47 Reportaje a Roberto Ceruzzi, **Crónicas Económicas**, n° 178, diciembre de 1984. Citado en: Marcelo Pereira, *op. cit.*, p. 247. Otro ejemplo de cómo las metáforas acerca del funcionamiento de la economía comenzaron operar como un lenguaje capaz de ofrecer sentido acerca la política puede verse en el semanario **Búsqueda**, que en noviembre de 1984 calificaba a la legitimidad constitucional “como un capital” que debía ser administrado “con parsimonia, con esmero, con cariño”, porque si no “se pierde, como la fortuna del pródigo” (“El proceso ha muerto, ¡Viva la República!”, en **Búsqueda**, 21 de noviembre de 1984, p. 2).

48 Juan Pablo Terra, **La conversión de un gigante. La crisis de la URSS y su impacto en la izquierda latinoamericana**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1990, p. 86.



Nacional hacia 1984, el Partido Comunista— y que discrepaban con esa visión, reclamaron un mayor control “popular” de las decisiones de las élites; o bien para que actores económicos con fuerte capacidad de agencia trataran de imponer una visión en la cual la política dejaba de tener la iniciativa sobre la economía. Sin mencionar las acepciones que surgieron desde el campo de las Ciencias Sociales, que influyeron y a su vez fueron influidas por las discusiones del campo político.

Todos ellos reivindicaron a la democracia, pero algunas de sus concepciones tuvieron más suerte que otras y eso dependió más de factores políticos que de una interpretación correcta de algún sentido natural de la palabra. Este trabajo buscó mapear estas concepciones, historizarlas y relacionarlas entre sí, durante un período extenso e intenso, en el cual el lenguaje político produjo muchas novedades. Cabe, por supuesto, la necesidad de realizar abordajes más profundos y específicos, que ahonden en esos diversos usos y sentidos de la democracia, así como de otros conceptos clave para entender el Uruguay de los últimos sesenta años.

Resumen

Este trabajo intenta a una aproximación a los usos y sentidos del concepto de democracia en el Uruguay, entre 1958 y 1989. Mediante un abordaje panorámico, identifica discursos y prácticas que circularon en los campos político y cultural y que se disputaron el sentido de la democracia. En esta línea, más que trazar una definición precisa del concepto y analizar el comportamiento de los actores a luz de ella, el trabajo identifica cuáles fueron las definiciones que los actores asumieron como propias, los factores políticos y sociales que incidieron en esas construcciones, la forma en que esas construcciones se relacionaron entre sí y los derroteros que siguieron a lo largo del período.

Palabras clave

Democracia; Uruguay; Historia reciente

Abstract

This paper attempts to approximate the uses and meanings of the concept of democracy in Uruguay between 1958 and 1989. Through a panoramic approach, it identifies discourses and practices that circulated in the political and cultural fields and that disputed the sense of democracy. In this line, rather than drawing a precise definition of the concept and analyzing the behavior of the actors in light of it, the work identifies what were the definitions that the actors assumed as their own, the political and social factors that influenced these constructions, the how these constructions were related to each other and the paths that followed throughout the period.

Keywords

Democracy; Uruguay; Recent history

Homosexual: entre el insulto y el orgullo

Diego Sempol*

La inscripción, hecha a mano, con birome azul, llamó mi atención de inmediato. El ejemplar del libro **Aportes psicoanalíticos al estudio de la homosexualidad** de la Biblioteca Nacional luce en su tercera página una leyenda furtiva en letra imprenta que busca ser una advertencia para generaciones futuras: “confiemos en que pronto llegue el día en que esta literatura sólo sea un documento del fundamentalismo científico y de la fantasía teórica al servicio de la represión sexual y de la defensa de la moral dominante”.² El párrafo cierra con una fecha (1984) y la firma de la organización a la que pertenecía este fugaz escriba: Fundación Escorpio, Grupo de Acción y Apoyo Homosexual.³

En el último año de la dictadura militar (1973-1984), realizar una “intervención” de este tipo —un acto de vandalismo para muchos, de resistencia para otros— implicaba correr fuertes riesgos: el régimen autoritario había combatido en algunos momentos explícitamente la homosexualidad como un “mal a erradicar” y a su vez la inscripción difundía (en clara rebeldía con la censura) la existencia de una organización homosexual “clandestina”. Parece que ni el terrorismo de Estado logró —pese a toda su coacción— producir por arrastre un paréntesis en el encono que produce el término y sus significaciones conexas.

Esta fuente revela, como pocas otras, una tensión central que recorrió los sentidos agazapados bajo el término *homosexual* durante casi todo el siglo xx. Durante décadas fue sinónimo de patología mental y de enfermedad moral, pero poco se sabe sobre cómo recibían/resistían o adaptaban esos sentidos los sujetos de carne y hueso que nombraba. Este ejemplar es el primer registro escrito a nivel local de una serie de impugnaciones en primera persona sobre los sentidos del término homosexual y del inicio del desplazamiento del foco del individuo al dispositivo medicopsiquiátrico que lo patologizaba.

A su vez, como toda palabra con contenidos peyorativos tiene una extensa lista de términos similares y toda una serie de usos que buscan, más que nada, en un régimen heteronormativo, definir una frontera entre lo natural y lo abyecto.⁴ Se pueden extrapolar algunos ejes binaristas, entre otros, que marcan a fuego estos usos como normalidad/anormalidad, innato/adquirido, enfermedad/sano, mujer/hombre, delito/opresión-libertad-privado, pecado-antinatural/natural, sucio/limpio, seguro/peligroso, feliz/infeliz, definición/indefinido, maduro/infantil, débil/fuerte, inmoral/moral, vergüenza/orgullo.

En este artículo se analizan los principales sentidos que condensó el término en diferentes campos discursivos durante el período 1950-1990, subrayando en forma simplificadora —por razones de espacio— los mojones en los cambios de sentido que fue articulando. Futuras aproximaciones permitirán una presentación más llena de matices, así como una revisión más

* Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

1 Aurora Fernández, **Aportes psicoanalíticos al estudio de la homosexualidad**, Montevideo, Impresora Record, 1970. El texto utiliza nociones freudianas sobre la homosexualidad para analizar una serie de casos clínicos y utiliza en forma genérica términos como “trastorno”, “perturbación” y “enfermedad” para referirse a la homosexualidad.

2 Agradezco a la historiadora Milita Alfaro haber compartido generosamente su archivo personal sobre el carnaval uruguayo, algo sin lo cual hubiera sido imposible la realización de este artículo.

3 Escorpio fue la primera organización para la defensa de los derechos de los homosexuales creada en Uruguay. Fue fundada en 1984 y su trabajo y acción se extendieron hasta 1986.

4 Judith Butler, **Cuerpos que importan**, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 86.

exhaustiva de los usos sociales de esta palabra para definir barreras sociales de lo permitido a nivel del comportamiento de los individuos.

De la biología como problema al ambiente pervertidor

En Uruguay durante la casi totalidad del siglo XX los discursos psiquiátricos y psicoanalíticos patologizaron las sexualidades homoeróticas y las identidades genéricas socialmente no esperadas. Pero durante esas décadas lo que fue cambiando fue su etiología y caracterización. Hasta 1930 la psiquiatría organicista positivista consideraba que el origen de la homosexualidad era físico, señala Barrán,⁵ si bien ya existían valoraciones clínicas que ponían el acento en factores morales o contextuales: la imitación, las “malas compañías”, la sugestión, la “entrega sin frenos” a la pasión.

El primer cuestionamiento a la etiología física de la homosexualidad en el campo psiquiátrico aparece en Uruguay en los años cuarenta con el doctor Carlos Vaz Ferreira (hijo)⁶ y, desde los cincuenta, los factores sociocontextuales cobraron cada vez mayor protagonismo en los diagnósticos. En 1957 el doctor Ventura Darder señalaba la nocividad de “amistades equívocas” entre adolescentes del mismo sexo⁷ y, un año más tarde, el psiquiatra Juan Garafulic afirmaba:

los casos de homosexualidad constitucional con signos morfológicos, endocrinos, psicológicos y de personalidad característicos son los menos [...] no alcanzan al 5 %. El más alto porcentaje está formado por lo que podríamos llamar la homosexualidad adquirida que, en muchos casos, es casi imposible diferenciar —por su forma y antigüedad— de la constitucional y de similar dificultad para el tratamiento.⁸

Según este especialista, cualquier individuo era “homosexualizable” si se lo colocaba en un “ambiente pervertidor” que no acentuara los caracteres viriles en el macho y los femeninos en la hembra. La sociedad, a su juicio, debía defenderse y preconizar el “aislamiento” en aquellos casos en los que existía una “sodomía desvergonzada, tentacular y proselitista”, evitar el error de ser “comprensivos”, así como promover “vergüenza, desprecio y castigo a los pervertidos”.⁹

Un relato sobre las formas en que se defendía la sociedad uruguaya por estos años contra los “ambientes pervertidores” resulta interesante para analizar algunas resignificaciones de los sentidos más negativos del término. En 1958, por ejemplo, 71 “amorales” que se encontraban en una fiesta privada que organizaba un conocido estanciero fueron detenidos por la División de Orden Público. Uno de los detenidos, quien narró años más tarde este episodio, recuerda el control social de los vecinos y las respuestas desafiantes a uno de ellos: “una vecina le grita al anfitrión: ‘Caíste, José’, a lo cual contesta: ‘Pero yo consigo machos y vos no’”.¹⁰ De esta forma, la “promiscuidad” y la “corrupción” tradicionalmente asignadas al término homosexual (y que habían originado el operativo) se reconfiguraban en la perspectiva del implicado en algo positivo, en una reivindicación del placer por encima incluso de lo socialmente establecido como legítimo, dejando a la legalidad y a las “buenas costumbres” asociadas al déficit o a la ausencia de placer. Ya en el Departamento Central de Policía se intentó clasificar a todos/as los detenidos/as en “activos” y “pasivos”, reproduciendo la visión hegemónica que existía por ese entonces sobre la homosexualidad, intento que fue frenado por la aplicación de formas de resistencia entre todos los detenidos: “Desde el primero que pasa los identificadores dicen al revés. Pasa un chongo-chongo¹¹ y dicen ‘pasivo’. La policía renuncia a la clasificación”.¹²

5 José Pedro Barrán, **La invención del cuerpo**, vol. III, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1995, pp. 83, 123-124.

6 Carlos Vaz Ferreira (h), “Correlaciones entre los aspectos: psicológico, fisiológico, endocrinológico y anatómico de la sexualidad infantil”, **Revista de Psiquiatría del Uruguay**, n.º 33, mayo-junio, 1941, pp. 15-16.

7 Ventura C. Darder, “Aspectos psiquiátricos de la educación sexual”, **Revista de Psiquiatría del Uruguay**, n.º 131, setiembre-octubre, 1957, pp. 15.

8 Juan Garafulic, “Acerca de la homosexualidad”, **Revista de Psiquiatría del Uruguay**, n.º 136, julio-agosto, 1958, pp. 14-15.

9 Juan Garafulic, “Acerca de la homosexualidad”, *op. cit.*, pp. 24 y 30.

10 “Los 71”, **Somos**, diciembre 1973, n.º 1, p. 4.

11 Entre los homosexuales se consideraba «chongos» a los hombres que ocupaban el lugar “activo” en la relación sexual.

12 “Los 7”, **Somos**, p. 5.

En Uruguay, al igual que en el resto de los países del Cono Sur (Argentina y Brasil), durante los años cincuenta y sesenta estuvo —y está aún muchas veces— muy difundido el llamado modelo latino, que el sociólogo Néstor Perlongher¹³ describió como “loca-chongo” y que reproduce los esquemas clasificatorios que oponen masculino-femenino, relación homóloga y relacional a otras que analizó en su momento Bourdieu:¹⁴ fuerte/débil, grande/pequeño, arriba/abajo, dominante/dominado. Por ello, según los modelos tradicionales de género, el hombre es el que penetra con su sexo a mujeres u otros hombres “feminizados” bajo la categoría “loca” o “marica”. La reproducción de la jerarquía en la relación hace así que el activo (“chongo”, “bufarrón”) muchas veces no sea considerado homosexual y escape casi por completo al estigma. A su vez, estas relaciones están atravesadas frecuentemente por fuertes diferencias sociales (el “chongo” es generalmente de sectores populares) y de capital simbólico (la “loca” suele tener niveles educativos altos). Behares señaló cómo a principios de 1971 en Uruguay predominaba aún el modelo latino:

muchos jóvenes de los niveles sociales más bajos, no autodefinidos como homosexuales, se integraban como activos ocasionales o estables a la comunidad. Se les denominaba generalmente chongos y casi siempre su participación en los contactos homosexuales estaba relacionada con alguna forma de prostitución masculina.¹⁵

Los términos “loca” y “chongo”, al igual que “entendido” o “del ambiente” fueron utilizados por los homosexuales hasta entrados los años ochenta, mientras que las mujeres que deseaban a otras mujeres, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, solían llamarse a sí mismas *better* o “entendidas” (el término lesbiana recién se difundió en Uruguay a fines de los ochenta gracias a las organizaciones lésbico-feministas).

Clases sociales y relajamiento social: la “marica” y el “puto”

En los años cincuenta la progresiva llegada del rock estadounidense generó preocupación en muchos especialistas, quienes advertían sobre la destrucción de los valores impartidos trabajosamente entre los más jóvenes bajo el ritmo de “artistas de sexo ambiguo”,¹⁶ indefinición que tradicionalmente fue y es asociada al homosexual, al habitar de acuerdo a presupuestos heterosexistas en la norma de género un lugar supuestamente intermedio entre dos esferas complementarias y opuestas, lo femenino y lo masculino. Por ejemplo, la letra de la murga Don Timoteo en 1956 retrataba a la “plaga social” homosexual así: “*Usan sacos bien cortitos/ El cuerpo bien apretado/ Como matambre arrollado/ Y un modo raro al hablar/ Caminan muy hamacados/ Mirando pa’todos lados*”.¹⁷

El homosexual fue así en la cultura popular sinónimo de una corporalidad y una fonética confusas y próximas a lo socialmente reconocible como femenino, así como alguien chismoso y buscón. Estos rasgos funcionaban socialmente como señales distintivas sobre la sexualidad de las personas y muchas veces las palabras “homosexual”, “marica” o “puto” eran usadas no para aludir a la sexualidad de una persona, sino a un rasgo del otro género —y por ende de los homosexuales— que debía ser inhibido a riesgo de volverse uno de ellos. Ser “delicado”, “pollerudo” o estar demasiado apegado a la madre transcurrida la infancia, podían ser causa o señal de homosexualidad. Por ejemplo, a mediados de los cincuenta Walter Loriente recuerda: “Mis tías, un día, cuando tenía ocho, nueve años, dijeron, ‘Ay, Alba, ¿por qué no hacés algo con este chiquilín? Mirá qué delicado que es...’. Bueno, me llevaron a un psiquiatra...”¹⁸

13 Néstor Perlongher, **El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo**, Buenos Aires, Paidós, 1987.

14 Pierre Bourdieu, **La dominación masculina**, Barcelona, Anagrama, 2000.

15 Luis Behares, “Subcultura homosexual en Montevideo”, **Relaciones**, n.º 64, 1989, p. 20.

16 Vania Markarian, “Al ritmo del reloj: adolescentes uruguayos de los años cincuenta”, en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (dirs.) **Historias de la vida privada en el Uruguay**, tomo 3, Montevideo, Taurus, 1997, p. 239.

17 Murga Don Timoteo. Carnaval de 1956. Pliego suelto. Archivo particular Milita Alfaro.

18 Entrevista a Walter Loriente (27/5/2006). Nació en Montevideo el 15/7/1947, es peluquero y se define gay. Participa desde 1996 en varias organizaciones de diversidad sexual.

La homosexualidad masculina era vista como lo opuesto a la virilidad y su visibilización implicaba enfrentar abusos y humillaciones. En ese sentido, el personaje Larsen de la novela **El astillero** de Onetti, durante un diálogo con un mucamo presuntamente homosexual, señalaba: “Te estoy hablando como un padre. Se me ocurre que eso que te conté es lo último que le puede pasar a un tipo”.¹⁹ El personaje le había narrado antes la historia de un vendedor de flores homosexual quien sufrió en público el manoseo de dos policías. “Y cuando los vigilantes lo tocaron, no podía disimular porque todo el mundo lo había visto y no podía enojarse porque la autoridad es la autoridad. Así que hizo la cosa más triste de este mundo; nos mostró una sonrisa que ojalá Dios no permita que tengas nunca en la cara”.²⁰ El relato pone sobre relieve un miedo recurrente del modelo hegemónico de masculinidad (“A mí no me van a tocar el culo”) y los trabajos del término homosexual para definir fronteras en esta área ya que el “que se dejaba tocar, era cagón, maricón”.²¹

Estos mecanismos regulatorios y su relación con el término homosexual también están presentes en el uso del lenguaje a través de normas definidas sobre lo decible por cada género. Como señala Benedetti, las palabrotas o el humor soez (“boca sucia”) para la población masculina montevideana implicaban, entre otras cosas, performar el género, ya que sobre el que “no suelta regularmente sus ajos” recae cierta “sospecha de mariconería”.²²

Con la llegada de los años sesenta, las denuncias y críticas sobre la creciente indiferenciación de los sexos aumentaron ante la difusión de la moda unisex, el impacto del movimiento hippie y la consolidación de un circuito semiclandestino de sociabilidad homosexual en el centro de Montevideo y sus playas más importantes.²³ Tanto la prensa uruguaya como diferentes manifestaciones culturales retrataron estos cambios. Por ejemplo, en el carnaval de 1962 la murga Asaltantes con Patente cantaba —reivindicando una masculinidad tradicional—: “Hoy a los hombres también les cabe/ Y usted lo sabe porque los ve/ Con esas ropas y esas maneras/ Nunca se entera si es ella o él”.²⁴ Algo similar reclamaba humorísticamente ese mismo año la murga de mujeres Rumbo al Infierno: “Los varones de hoy, créanlo/ Imitan en todo a la mujer/ Se maquillan, se pintan las uñas/ Se marcan el pelo, dan risa de ver/ Y cuando bailan se *destrojan* todos/ Parecen rumberas en el chachachá”.²⁵

También en estos años comenzó en el campo discursivo de la izquierda a ligarse el “destrole” y la mayor visibilidad de la homosexualidad con una perspectiva de clase. Se lo hizo de dos formas diferentes y complementarias. En primer lugar, se interpretó a la homosexualidad como un signo del deterioro de la clase dirigente burguesa. El escritor Benedetti incluyó en su diagnóstico de la realidad uruguaya una crítica, entre otras cosas, a los “pitucos esnob maricas”, a la “juventud dorada”, unos “invertidos sexuales” que siempre buscan “hacerse notar”, que viven practicando “comadros”, “celos” e “histerias” (defectos tradicionalmente considerados femeninos), vinculados en ocasiones al “tráfico de estupefacientes” o asisten sin mayores problemas a “bodas de homosexuales”.²⁶ Este grupo de homosexuales de clase alta estaba, según Benedetti, quitando “profundidad y vigor a toda la vida uruguaya” debido a su creciente presencia en el teatro, la prensa, la diplomacia, el deporte, la publicidad y la cultura. Similar perspectiva pseudoclasista desarrolló en esta etapa la Unión de la Juventud Comunista (UJC), en la que, afirma Leibner,²⁷ fueron frecuentes el rechazo y el relacionamiento de los homosexuales afeeminados con la clase alta por un supuesto exceso de refinamiento, ocio y alienación, mientras que las llamadas “tortas” (homosexuales mujeres) fueron un poco más toleradas siempre que su afectividad y sexualidad quedaran recluidas a la intimidad. El tema tampoco fue muy distinto para el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), organización para la que la homosexualidad fue sinónimo de un déficit, un indicador de “debilidad constitutiva” propia de individuos no confiables a los que no se debía reservar un lugar en la lucha armada.²⁸

19 Juan Carlos Onetti, **El astillero**, Montevideo, Cátedra, 1960, p. 103.

20 Juan Carlos Onetti, **El astillero**, *op. cit.*, p. 104.

21 Anónimo, **Sexo y amor en el Uruguay**, Montevideo, Editorial Alfa, 1970, p. 177.

22 Mario Benedetti, **El país de la cola de paja**, Montevideo, Arca, 1960, p. 31.

23 Ver: Diego Sempol, **De los baños a la calle**, Montevideo, Debate, 2013.

24 Murga Asaltantes con Patente, Carnaval 1962, Pliego Suelto, Archivo particular Milita Alfaro.

25 Murga Rumbo al Infierno, Carnaval 1962, Pliego suelto, Archivo particular Milita Alfaro.

26 Mario Benedetti, **El país de la cola de paja**, Montevideo, Arca, 1960, pp. 62 y 112.

27 Gerardo Leibner, **Camaradas y compañeros. Una historia social y política de los comunistas del Uruguay**, Montevideo, Trilce, 2011, pp. 314 y 316.

28 Ver, por ejemplo, entrevista a Jorge Zabalza, dirigente histórico del MLN-T en Clara Aldrighi, **La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros**, Montevideo, Trilce, 2001, p. 197.

En los setenta esta relación entre homosexualidad y clase alta se reforzó a través de la incorporación de dos escenarios exclusivos, el balneario de Punta del Este y el “círculo de la diplomacia”. En el texto **Sexo y amor en el Uruguay**²⁹ se llegaba a afirmar que existía una suerte de *continuum* entre los barrios de clase alta (Pocitos, Carrasco) y Punta del Este, donde convivían “maricones”, “muchachitos que parecen artistas de cine» y «modelos de televisión»³⁰ argentinos y uruguayos que organizaban orgías y consumían drogas de todo tipo, imagen que se masificó a través de algunos productos culturales, como la conocida canción “Si una mano” de Washington *Bocha* Benavidez y Héctor Numa Moraes, donde se hablaba, entre otras cosas, contra el “puntaesteño marica”. Algo similar sucedió con la asociación entre homosexualidad y diplomacia. Por ejemplo, desde las páginas del semanario de izquierda **Marte Amargo** se denunciaba la *dolce vita* de Ulises Pereyra Reverbel, embajador uruguayo en Nueva York, quien supuestamente usaba drogas y participaba en fiestas a las que asistían “jóvenes” y “barbados jipis”.³¹ Y en el informe se señalaba sobre los diplomáticos: “La homosexualidad en dichos círculos está a la orden del día, tanto en hombres como en mujeres, notándose un aumento en la homosexualidad femenina”.³²

En segundo lugar, la otra forma de relacionar clase social y homosexualidad involucró al otro extremo de la escala social, a los sectores populares. Aquí el término más utilizado fue “puto” por su asociación con el comercio sexual. Para la UJC, afirma Leibner,³³ el sistema capitalista obligaba a jóvenes excluidos a vender sus cuerpos y a perder en el proceso su hombría y dignidad. Esta mirada pseudoclasista (pitucos y prostitutas) dialogó a su vez con las representaciones sobre el modelo latino de homosexualidad y el saber psiquiátrico produciendo la figura del “corruptor”. Como señalaba un cronista:

casi todos (salvo casos patológicos muy especiales), son iniciados por pervertidos, pasivos, que los transforman en sus amantes. Fatalmente, con el curso del tiempo, la aberración hace carne en ellos [...] y pasan a ser homosexuales completos.³⁴

Dentro de los sectores populares la homosexualidad también se visualizó durante estos años entre los llamados “infanto-juveniles”, los que al ser reclusos en albergues, “adquieren costumbres homosexuales”.³⁵ Muchas veces también los medios de prensa sensacionalistas asociaron delito y homosexualidad, como en el caso de D. G. y M. E., dos mujeres que eran pareja y que fueron procesadas por asaltar a un taxista en 1967. En este tipo de coberturas mediáticas, donde se habla de “amigas” y no de amantes, era posible ver cómo se reforzaba el sexismo, el falocentrismo y la invisibilidad a la que tradicionalmente están condenadas las mujeres que desean a otras mujeres: “la desfachatez de D. G. queda en evidencia en esta foto. Al salir acompañada de su “amiguita” M. del juzgado [...], la cínica G., vuelve el rostro y ampara a su amiga y cómplice, que recién ahora parece sentirse tocada por la vergüenza”.³⁶

Y para los casos en los que no es posible aplicar esta ceguera selectiva, existe la versión femenina del personaje corruptor. Por ello D. G. es presentada debido a sus expresiones de género socialmente no esperadas (“masculinizada”) y su relación con su amante como una “mujer-hombre” que tiene entre sus “garras” a una “chiquilina”.³⁷

También en la ficción de la época se buscó retratar el encuentro y la relación entre “doctores pitucos” de clase alta y “chongos” que muchas veces trabajaban bajo sus órdenes. Por ejemplo, el cuento “El guardaespaldas” de Nelson Marra, publicado en el semanario **Marcha** —y que causó su clausura—, relataba con lujo de detalles el encuentro sexual entre un “doctor” integrante de las altas esferas del gobierno con su guardaespaldas. La narración, además de retratar con precisión esa visión social que asociaba a los sectores altos con escenas de “relajamiento moral” marcadas por los excesos gastronómicos y de alcohol y las orgías, presentaba al doctor en un momento de “debilidad” habitando una corporalidad lánguida e

29 Anónimo, **Sexo y amor en el Uruguay**, p. 45.

30 *Ídem.*, p. 57.

31 Jorge Rodríguez, “La *dolce vita* de Pereyra Reverbel en EE.UU.”, **Marte Amargo**, 22/5/1973, año I, n° 10, p. 4.

32 Anónimo, **Sexo y amor en el Uruguay**, p. 45.

33 Gerardo Leibner, *op. cit.*, p. 314.

34 “El asesinato de Alaniz revela siniestro mundo”, **Al Rojo Vivo**, n.º 28, 18/1/1966, p. 3.

35 Anónimo, **Sexo y amor en el Uruguay**, p. 78.

36 “Mujeres que asaltan con puñal”, **Al Rojo Vivo**, n.º 117, 21/11/1967, pp. 8-9.

37 “Mujeres que asaltan con puñal”, **Al Rojo Vivo**, p. 9.

identificable con lo socialmente asignado a lo femenino: su cuerpo era “blanduzco”, “dócil” su “trasero”, “sedosa” su cabellera, sus “manos babosas” y “pulposo” su rostro, su actitud era la de una “fiera malherida”, “débil, indefenso, enfermizo”, suplicante, “mientras recostaba su cabeza contra tu camisa entreabierto y te pedía en su total debilidad ‘llévame a la cama, pardo, por favor’”.³⁸ El relato busca retratar la relación de fuerza (virilidad) entre los dos, donde la creciente feminización del penetrado implica como contrapartida la masculinización del que asume el rol activo (“no se te ocurrió pensar nada, sólo que eras más fuerte, que debías probar esa fuerza para cotizarte definitivamente”). Un tránsito que es codificado en clave heteronormativa y que implica —entre otras cosas— una forma de equilibrar o disminuir las otras desigualdades entre ambos (económicas, de capital cultural y social), logrando el dependiente afianzar su posición y futuro ante el jefe, quedando al descubierto durante ese cambio al mismo tiempo la verdadera “esencia” de quien está por encima a nivel social y en la estructura de poder (“puta recalentada”, “inéditos ojos de marica alegre”).

La homosexualidad como subversión

Carina Perelli³⁹ señala cómo en el Cono Sur los regímenes militares desarrollaron en su discurso una noción de orden que idealizó el Occidente cristiano e hizo centro en la familia heteropatriarcal. El discurso autoritario trazó así una frontera entre lo uruguayo y lo extranjero⁴⁰ para definir la identidad nacional sobre la base de una serie de “valores esenciales” que no eran más que una interpretación de los valores católicos de los sectores eclesiásticos más conservadores. Estos valores sustentaban un “orden natural” en el que se enfrentaban el *bien* y el *mal* y todo aquello que los cuestionaba era considerado foráneo y una amenaza a la familia, pilar de la sociedad. La subversión pasó así, en Uruguay, a ser cualquier tipo de actividad o actitud “destinada a socavar la fuerza militar, económica, psicológica, moral o política de un régimen”⁴¹ y los jóvenes fueron considerados uno de los grupos más vulnerables a la “contaminación” de la “desviación sexual”. Un trabajo sobre la UJC realizado por la Dirección Nacional de Información e Inteligencia subrayaba, para mantener a salvo a los jóvenes, la importancia de los “valores comunes que los mantienen firmemente unidos y les dan cohesión: el sentido de patria, la familia, las normas morales, las costumbres, etc.”.⁴² Y en una misma dirección, autores como Civiglia Campora afirmaban que existían manuales comunistas donde se precisaba como estrategia “el desplazamiento de las convicciones juveniles [...] creando ansia por los estupefacientes, promiscuidad sexual y libertad incontrolada, y presentando todo eso como parte de las ventajas del comunismo”.⁴³ La meta era “perturbar los instintos sexuales” entre la generación nueva para estimular “actitudes de pereza y envilecimiento que dialécticamente abrirán la puerta al comunismo”.⁴⁴

En 1976, a raíz del asesinato de un homosexual, el jefe de policía de Montevideo, coronel Alberto Ballestrino, detuvo a más de trescientos homosexuales y se propuso limpiar la ciudad de “la actividad perniciosa del homosexualismo”, un tipo de “desviación” que, a su entender, se materializaba cada vez más ostensiblemente en la calle.⁴⁵ Ballestrino llamaba a los padres a estar “alerta” para que extremaran su vigilancia, ya que las “malas compañías, como el caso de homosexuales, los pueden llevar por un camino equivocado y reprobable”.⁴⁶ La crónica periodística se hizo eco de esta visión y analizó la historia de Álvarez, uno de los tres asesinos de R. V. L., relatando cómo el fracaso de su matrimonio lo llevó a juntarse con malvivientes y elementos repudiables, a la cárcel durante tres meses por hurto y, finalmente, a cometer un asesinato.

Tanto el periodista como el jefe de policía consideraban que el peligro social no radicaba en la existencia de asesinos, sino de homosexuales que pudieran corromper a menores y atacar a la familia, ese pilar clave de la sociedad en la visión militar.

37 Nelson Marra, “El guardaespaldas”, *Marcha*, 8/2/1974, p. 30.

38 Carina Perelli, **Someter o convencer. El discurso militar**, Montevideo, CLADE-Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

39 Isabela Cosse y Vania Markarian, **1975: Año de la Orientalidad**, Montevideo, Trilce, 1996.

40 “XIV Conferencia de los Ejércitos Americanos”, *El Soldado*, n.º 80, diciembre, 1981, p. 32.

41 Ministerio del Interior, **UJC: escuela de comunismo**, Montevideo, Universidad de la República, 1976.

42 B. Civiglia Campora, **Ps-P Psicopolítica. Verdadera dimensión de la guerra subversiva**, Montevideo, Ediciones Azules, 1974, pp. 205-206.

43 B. Civiglia Campora, *Ídem*, Montevideo, Ediciones Azules, 1974, p. 208.

44 “Contra los depravados”, *El Diario*, 27/10/1976, p. 13.

45 *Ídem*.

Frente a esta supuesta amenaza la policía reaccionó y durante el régimen autoritario fichó homosexuales utilizando las categorías *pederasta pasivo (pp)* y *activo*. Según los testimonios, ocupar el lugar activo en la relación sexual era visto por la policía como más peligroso, en la medida en que la persona podía potencialmente protagonizar violaciones o alguna actividad delictiva. El actor Petru Valensky recuerda en ese sentido: “Te fichaban como activos y como pasivos. Y muchos cometimos el error de decir que éramos activos para ver si nos largaban antes y fue peor porque se calculaba que los activos eran los taxis y los que curraban, los que cometían delitos”.⁴⁷

La despatologización y desagregación de los sentidos sobre la homosexualidad

En los setenta, el psicoanálisis local continuó abonando la construcción de la homosexualidad como una enfermedad y utilizó frecuentemente la categoría “perverso”, haciendo hincapié, para explicar este fenómeno, en problemáticos procesos de identificación y la detención o desviación en el crecimiento psicoafectivo de los individuos.⁴⁸ En cambio, la psiquiatría local, bajo el influjo de los cambios que se venían produciendo en la Asociación de Psiquiatría Americana (APA), comenzó un proceso de discusión sobre el estatuto de la homosexualidad y su relación con la enfermedad y lo “normal”, un sistema de equivalencias que por primera vez empezaba a ser problematizado. “¿Es la homosexualidad normal?” se preguntaban varios integrantes de la Clínica Psiquiátrica en un artículo publicado en 1972. A nivel individual, contestaban, constituye una “anormalidad al ser la heterosexualidad el punto más alto del desarrollo sexual según la constitución psicobiológica del individuo”,⁴⁹ pero a nivel social, a su juicio, sería “normal en tanto que habitual”, en la medida en que existía evidencia de su presencia en todas las sociedades y épocas. Asimismo, partiendo de una perspectiva de salud como “estado de equilibrio” estos psiquiatras afirmaban que “no consideramos al homosexual un enfermo, ya que no es necesariamente un desequilibrado. Existen homosexuales que logran un equilibrio no sólo del punto de vista sexual, sino además en sus otras relaciones con el medio”.⁵⁰ Además, por primera vez se ubicaba el origen de la patología fuera del individuo para trasladarla a la relación de este con un medio social hostil: las enfermedades en el homosexual se generaban por el rechazo social que experimentaban y se reclamaba por ello “tolerancia” y “respeto”. Es interesante subrayar cómo en el ejemplar de la publicación existente en la Facultad de Medicina, un lector anónimo colocó al lado de este párrafo 3 signos de interrogación con lapicera roja.

Esta visión y mucho más aún la resolución de la APA de retirar a la homosexualidad del listado de enfermedades mentales en el **DSM III** fueron resistidas dentro del campo psiquiátrico local y regional. La **Revista de Psiquiatría del Uruguay** publicó en 1983 una ponencia del Dr. Mauricio Levy Junior, donde criticaba la resolución de la APA y señalaba que era imposible realizar un diagnóstico médico sin apoyarse en nociones de normalidad. La homosexualidad era una “inmadurez biológica cerebral”, una “inmadurez afectivo emocional” y un “desvío indeseable y no puede, de manera alguna, ser considerado una forma sana y satisfactoria de actividad sexual”.⁵¹

Estos cambios en el campo psiquiátrico a nivel global también tuvieron en Uruguay impacto en la sexología, pero la perspectiva no patológica recién se masificó en este campo a mediados de los ochenta. En 1989, durante el IV Congreso de Sexología, se presentó gran cantidad de trabajos que abordaban la homosexualidad aplicando un marco teórico que la consideraba una variante más de la sexualidad y que utilizaban la categoría de “orientación sexual”, que desde entonces comenzó a imponerse hasta finalmente eclipsar la de “opción sexual”. La psicóloga María Cardoso Arrigoni criticó en esa oportunidad los efectos iatrogénicos de las intervenciones y los presupuestos epistémicos homofóbicos del trabajo clínico:

47 Entrevista a Petru Valensky, 27/2/2013, actor y conductor televisivo.

48 En ese sentido, en octubre-diciembre de 1970, la **Revista Uruguaya de Psicoanálisis** publicaba en su número 4 el artículo de Horacio Etchegoyen “Homosexualidad femenina: aspectos dinámicos de la recuperación” (pp. 431-478), donde se caracterizaba a las sexualidades homoeróticas como “patológicas” y como una forma de “desarrollo anormal”.

49 Cristina Reisinger, José M. Reyes Terra, Omar Schusselin y Manuel Pacheco, “Implicancias deontológicas en el enfoque de la homosexualidad”, **Revista de Psiquiatría del Uruguay**, n.º 218, marzo-abril, 1972, p. 5.

50 Cristina Reisinger, José M. Reyes Terra, Omar Schusselin y Manuel Pacheco, *op. cit.*, p. 5.

51 Mauricio Levy Junior, “O **OSM III** e a homosexualidade”, **Revista de Psiquiatría del Uruguay**, 2ª época, n.º 48, 1983, p. 342.

... la terminología empleada refleja la discriminación misma, como los términos “perversión”, “desviación”, “enfermedad”, “degeneración”, etc. [...] No sólo distorsionan los criterios científicos (que ya sería un serio inconveniente) sino, además transmiten un contenido emocional negativo a la población (tanto de pacientes como de no pacientes).⁵²

En nuestro medio, los sexólogos tuvieron que llevar adelante una fuerte lucha para conquistar la legitimidad social y académica. En ese proceso fueron especialmente importantes sexólogos como Arnaldo Gomensoro, Elvira Lutz, Gastón Boero y Andrés Flores Colombino. Durante los ochenta sus columnas semanales y entrevistas en medios de comunicación masiva allanaron el camino y permitieron a su vez, por primera vez, la difusión de una perspectiva académica alternativa a la que asociaba a la homosexualidad con una enfermedad mental.

La nueva democracia y la proliferación de sentidos

Con la llegada de la democracia en Uruguay aparecen en el espacio público las primeras organizaciones homosexuales, que inician un lento proceso de impugnación de los estereotipos sociales y abren nuevos ejes discursivos. En ese sentido, Escorpio ligó el término “homosexual” al paradigma de los derechos humanos, volviendo la lucha por la “libertad de elección sexual”, uno de los derechos básicos en la lucha por los derechos humanos.⁵³ Este enmarcamiento fue pionero en Uruguay e influyó en todo el movimiento, incluido Homosexuales Unidos (HU), la otra organización importante dentro de la diversidad sexual en los años ochenta.

A su vez, Escorpio conceptualizó en su **Manifiesto homosexual** la homosexualidad como “una alternativa de vida” y a los homosexuales como “una minoría” a la que nunca “se le reconoció el derecho que tiene todo ciudadano”.⁵⁴ Para Escorpio la homosexualidad no era una patología y no era sinónimo de corrupción de menores ni de delitos:

El 97 % de las pederastias, es decir, de los ataques a menores no son cometidos por homosexuales; lo mismo pasa con las violaciones y lo mismo con la drogadicción. Los homosexuales no somos todos los delinquentes ni todos los violadores, sino que ellos están en la vereda de enfrente.⁵⁵

Sin embargo, a diferencia de HU, Escorpio reforzó una perspectiva asimilacionista que minimizaba las diferencias entre homosexuales y heterosexuales. Este eje discursivo que niega la diferencia —“somos un grupo de seres humanos que no nos consideramos enfermos ni diferentes”⁵⁶— introdujo de todas formas una innovación que luego fue reproducida y radicalizada por HU: un intento de desconstrucción del dispositivo de sexualidad que buscaba erosionar las formas clasificatorias de los individuos sobre la base de sus prácticas sexuales, la relación jerárquica entre heterosexualidad y homosexualidad e incluso la estabilización de esas rotulaciones. “No nos gusta hablar de homosexuales, de heterosexuales o de bisexuales, hablamos normalmente de seres polisexuales, de una sexualidad plural. Por ello es que hay derecho a optar...”. De esta forma se señalaba explícitamente como uno de los objetivos de Escorpio que “la sexualidad no sea el factor que defina la personalidad humana», ya que se consideraba una «opción de vida más”⁵⁷

Esta constelación analítica fue reproducida por HU a partir de 1988, pero a su vez complejizada en la medida en que el discurso sobre la homosexualidad comenzó a ser atravesado además por concepciones de clase social y por un discurso li-

52 María Cardoso Arrigoni, “Redefinición del concepto de ‘normalidad’ en sexología: el modelo de la solución como alternativa ante la discriminación y la relativización sexual”, **Revista Uruguaya de Sexología**, Número Especial, Anales del 4.º Congreso Uruguayo de Sexología, 20-23 de setiembre, 1989, p. 44.

53 Escorpio, **Boletín**, n.º 2, setiembre, 1985, s/p.

54 “Fundan en Uruguay un movimiento homosexual”, **Opinar**, 23/5/1985, p. 9.

55 Miguel Ángel Campodónico, “Homosexualidad en el Uruguay”, **Aquí**, 8/7/1986, p. 23.

56 **Objetivos Fundación Escorpio**, 1985, s/p, Archivo Biblioteca LGTBI.

57 Miguel Ángel Campodónico, “Homosexualidad en el Uruguay”, *op. cit.*, 8/7/1986, p. 24.

bertario. La otra gran diferencia con Escorpio es que HU sí hizo hincapié en la diferencia sin reforzar tampoco las identidades sociales de homosexual o lesbiana, pero reivindicando el derecho a la libertad de ser diferentes respecto a una normalidad cuestionada y vista como opresiva.

La homosexualidad fue conceptualizada en HU como un indicador de la ausencia de libertades a nivel social en la nueva democracia que impedían a los individuos vivir su “opción sexual”. Si bien para los integrantes de HU el deseo no estaba subordinado a lo volitivo, el uso de la palabra *opresión* remite a politizar todas las decisiones que permiten conectarse con ese deseo y a una lucha por la libertad, por el derecho a ser diferente y no asimilarse a la sociedad. “HU tiene el objetivo de liberar al hombre de esta sociedad opresora y cree que esto sólo puede lograrse aprendiendo a respetar la libertad de los otros. ¡Vivan las diferencias!”.⁵⁸ Esta reivindicación de la libertad y de las diferencias se hizo desde una perspectiva que negaba la ontologización de categorías como *homosexual* y *lesbiana*. Las tensiones entre nombrarse homosexual y rechazar las categorías hegemónicas de la sociedad empezaban con el propio nombre de la organización HU, en el que se asume un *rótulo* para lograr ubicarse en un campo de sentidos que al mismo tiempo se impugna.

El proyecto de cambio social que encarnó HU enfrentaba el bloqueo político y cultural de la sociedad montevideana de esos años en defensa de la diferencia, pero sin esencializar identidades sociales. Por ello, en esta organización todas las formas de discriminación eran vistas como una sola cosa y los problemas que vivían otros colectivos no eran ya importantes para la organización por motivos de solidaridad o porque simplemente se violaban sus derechos humanos, como sucedía en Escorpio, sino porque eran parte del mismo problema que los convocaba a ellos a su acción colectiva:

... ser joven no es delito, ser negro no es delito, ser inválido no es delito, ser viejo no es delito, ser gordo no es delito, ser pobre no es delito, ser mujer no es delito, ser homosexual no es delito, etc. etc. [...] siempre hay una discriminación esperando, un prejuicio latente, una crítica a flor de piel.⁵⁹

De hecho, al comienzo participaron en la organización varias travestis y HU consideró a esta población —hoy conceptualmente diferenciada— como una especificidad dentro de la homosexualidad antes que como una población en sí misma, algo completamente diferente a lo que sucedió, por ejemplo, en los movimientos homosexuales argentinos contemporáneos.

Nueva democracia, autoritarismo, y la liberación sexual

La lucha de estas primeras organizaciones homosexuales enfrentó un escenario desolador: un clima cultural moralmente conservador y provinciano, marcadamente homofóbico con escasa apertura a abordar los temas de sexualidad, lo nuevo y la diversidad social.

La izquierda uruguaya reprodujo durante los ochenta las visiones sesentistas que consideraban a la homosexualidad como una patología.⁶⁰ Esteban Valenti, dirigente de primera línea del Partido Comunista de Uruguay (PCU) señalaba en 1988 que existía en el seno de su partido político una “definición histórica” en torno a la exclusión de los homosexuales y agregaba: “Es posible que hace unos cuantos años, la confrontación con el homosexualismo era muy dura y muy tajante [mientras] hoy hay una actitud firme, clara, pero no de campaña y propaganda”.⁶¹ A esta tendencia no escaparon los movimientos estudiantil y sindical. Y este posicionamiento respecto a la homosexualidad también fue compartido por el resto de los partidos políticos. Incluso varios líderes políticos asimilaban en sus declaraciones a la homosexualidad con lo abyecto y

58 Homosexuales Unidos, **Descubriéndonos**, año 1, n° 1, junio, 1989, s/p.

59 Homosexuales Unidos, **Aquí estamos**, noviembre, 1990, p. 2.

60 Ver: Esther Ruiz y Juana Paris, “Ser militante en los sesenta”, en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (dirs.), **Historias de la vida privada del Uruguay. Individuos y soledades (1920-1990)**, vol. 3, Montevideo, Taurus, 1997 y Diego Sempol, “Homosexualidad y cárceles políticas uruguayas. La homofobia como política de resistencia”, **Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad**, n° 4, 2010, pp. 53-79, en www.sexualidadsaludysociedad.org.

61 “Comunistas no prevén la incorporación a su partido de homosexuales”, **Búsqueda**, 8/12/1988, p. 6.

lo híbrido desde el punto de vista genérico. Por ejemplo, Hugo Ferrari señalaba en **Disculpe**: “no me sirve la cómoda definición de centro. Es como el reconocimiento de los sexos: se es hombre o se es mujer. Si no se es una cosa ni la otra, se es homosexual. El homosexualismo ideológico no conduce a nada bueno”.⁶² Algo similar expresaba el dirigente tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro:

... hay gente política que con tal de estar en el centro, hace cualquier disparate y justifica cualquier cosa. [...] Me he referido [...] al que quiere ser ni chicha ni limonada, al que no es claro en su planteo, al que divaga, al que es un homosexual de la política.⁶³

El tema de la homosexualidad también aparece durante este período tematizado en forma explícita en el terreno del humor. De esta forma, en la revista de izquierda y opositora a la dictadura **Guambia**, a partir de 1985, se incrementó en forma importante en sus páginas la presencia de viñetas homófobas y machistas. Por ejemplo, en 1986 se publicaba esta viñeta:



Figura 1. **Guambia**, Año IV, n° 53, julio, 1986, p. 27.

Allí, el personaje homosexual era retratado en forma crispada y con expresiones de género socialmente no esperadas, en forma muy similar a la que se hacía en los sesenta y setenta.⁶⁴ A su vez, como señala Didier Eribon,⁶⁵ las categorías sociales inferiorizadas, además de ser presentadas como monstruosas o ridículas también son frecuentemente asociadas con la enfermedad. Con la llegada del VIH-SIDA al Uruguay se asimiló rápidamente homosexualidad con SIDA y se rotuló esta enfermedad como la “peste rosa”, el “demonio del SIDA”, el “azote de Dios”, lo que reforzó el estigma que enfrentaban homosexuales y la asociación entre lo abyecto y lo enfermo. El VIH-SIDA fue visto por los medios primero como un fenómeno externo traído al país por homosexuales y personas “promiscuas”, y el término homosexual pasó a ser sinónimo a partir de ese momento de “grupo de riesgo” en el discurso médico epidemiológico.

A su vez, el impacto de la pandemia, el surgimiento de organizaciones homosexuales y la difusión de visiones no patologizadoras a nivel local parecen haber promovido —aún en un país fuertemente anticlerical y laico— que la Iglesia Católica rompiera su silencio, y se expidiera públicamente sobre este tema en los años ochenta. Su opinión no hizo más que reforzar el estigma al entender a la homosexualidad como un “desorden moral, ya que toda relación genital tiene que estar abierta a la vida”.⁶⁶

De esta forma, este clima moralmente conservador relegó a un plano subordinado aspectos de la democratización relacionados con la sexualidad y la equidad de género, y lo homosexual se volvió un aspecto que condensaba todas estas dificultades para lidiar con lo nuevo y lo diferente: “es innegable que ‘lo homosexual’ se está transformando ya en un

símbolo productor de reflexión para la sociedad toda: por su porfiada resistencia [...] contra los autoritarismos patriarcales homogenizantes de izquierdas y derechas”.⁶⁷

62 **Disculpe**, 12/8/1987, p. 26.

63 **Cuadernos de Marcha**, 3ª época, Montevideo, marzo, 1989, p. 15.

64 De hecho, los personajes homosexuales que aparecían en **Guambia** (llamados “carolos”, “trollos”, “maricones” o “mariposones”) eran definidos por un conjunto bastante estable de características. Desde el punto de vista corporal se los presentaba totalmente feminizados (brazos en jarra, muñecas quebradas, cadera quebrada, colas pronunciadas y marcadas, ausencia de pene, mirada frenética, uñas largas, ansiosos y poseídos por un frenesí sexual y una sonrisa siempre nerviosa). La vestimenta que utilizaban era la atribuida culturalmente al sexo femenino, o revelaba una situación de transición a mitad de camino entre lo masculino y lo femenino. Además, cuando los personajes hablaban, siempre utilizaban expresiones onomatopéyicas y adjetivos muy expresivos. Una suerte de “retrato de grupo”, que buscaba definir un colectivo mediante rasgos que sean reconocibles por todos.

65 Didier Eribon, **Reflexiones sobre la cuestión gay**, Barcelona, Anagrama, 2001.

66 Miguel Ángel Campodónico, “Homosexualidad en el Uruguay”, **Aquí**, 8/7/1986, p. 25.

67 Uruguay Cortazzo, “Pero...¿y existe una cultura gay?!” **Jaque**, 23/07/1986, año III, n.º 135, p. 24.

Una aproximación diferente cultivó la movida cultural juvenil, que buscó en algunos de sus puntos neurálgicos centrarse en la política del cuerpo y la sexualidad y en la tolerancia (no aceptación) por las personas y los grupos calificados como desviados morales en la época. Publicaciones como **La Oreja Cortada**, **Gay Life** o **Lady Ventosa** difundieron dentro de esta subcultura visiones alternativas sobre la (homo)sexualidad y la corporalidad, que problematizaban su patologización así como la asociación entre homosexualidad, infelicidad, indefinición y expresiones de género socialmente no esperadas.

Hay una creencia generalizada de que el puto está condenando a una existencia desgraciada, destinado a terminar sus humillantes días suicidándose o, ya convertido en un viejo baboso, chupando pijas por ahí, pago mediante. Esta noción responde a una visión heterocentrista de la vida.⁶⁸

La palabra “puto” es resignificada en este artículo desde el orgullo y se busca desprenderla de sus contenidos negativos asociándosela a “disidente”, “feliz”, “libre” y como una categoría ambigua potencialmente aplicable a muchos individuos. Sobre este punto se señalaba: “¿quién es puto? ¿El que la mira con cariño? ¿El que cogió con un tipo una vez? ¿El que coge solo con tipos?”⁶⁹

Durante la nueva democracia comenzó también a utilizarse por primera vez como sinónimo y sustituto de “homosexual” el término *gay*, expresión acuñada en Estados Unidos a fines de los sesenta que resalta dimensiones positivas (*gay* significa ‘divertido’). El término comenzó a utilizarse en la prensa local durante esta etapa y a nivel social en forma paulatina a medida que fueron cambiando las formas de sociabilidad homosexual y se impuso en Uruguay un modelo de homosexualidad alternativo al latino. A su vez, esta nueva forma de ser homosexual desarrolló, entre otras cosas, una nueva imagen del homosexual hipermasculinizado, en la que las prácticas sexuales no configuran más tipos de sujetos (ambos son homosexuales más allá de si ocupan puntualmente el lugar pasivo o activo en la relación sexual), así como no existe un rol excluyente que copie el que ocupa en el modelo patriarcal la mujer (sumisión, pasividad). En el Montevideo de los años ochenta el modelo *gay* lésbico fue desplazando progresivamente al modelo latino, antes que nada, entre las capas medias y altas, pero la coexistencia de ambos modelos produjo nuevas exclusiones y discriminaciones entre los homosexuales y lesbianas: la “loca” o la “camionera”, antes valoradas entre los homosexuales, pasaron a ser vistas generalmente como ruidosos estereotipos sociales que debían ser dejados atrás. Frente a esta nueva situación, algunos militantes de organizaciones homosexuales uruguayas criticaron el neomachismo asociado a lo *gay* y reivindicaron el derecho a la diferencia: “tenemos derecho a pavonearnos, a hacer alarde de nuestros gustos sexuales, a tirar plumas. [...] Hacer buena letra es mentir, es transar con la injusticia, es perder la batalla antes de haber comenzado a luchar”.⁷⁰

Finalmente, durante esta etapa eclosionó el movimiento feminista en Uruguay, que debió enfrentar en particular la impugnación social y política que se manejaba informalmente sobre este movimiento durante estos años, donde estar en una organización de este tipo era sinónimo de ser lesbiana. Esta estigmatización no solo quitaba potencialmente validez a sus reclamos y críticas (ya que para el sentido común el lesbianismo era una patología), sino que incluso dificultaba el diálogo y la construcción de redes con otras mujeres. Carmen Tornaría, del Plenario de Mujeres del Uruguay (Plemuu)⁷¹ recuerda cómo este fantasma sobrevolaba todo el tiempo su trabajo:

... era la que daba las charlas iniciales de sensibilización [...] y tenía que decir “Soy Carmen Tornaría, soy casada, tengo cuatro hijos...” [...] y yo sentía como un ruido de alivio en el público. De lo contrario, estaban mirándome como “Ta, esta debe ser una lesbiana que viene acá a alborotarnos y a quebrar la paz de nuestros hogares”.⁷²

De esta forma, el rastreo de los significados asociados al término homosexual durante el período abordado revela la existencia de una yuxtaposición de sentidos más que una transformación radical de estos, lo que vuelve a esta palabra cada vez más polisémica y un claro objeto de disputas, reivindicaciones y acusaciones. Hacia el final del período analizado, la palabra

68 Tacho, “La política, los prejuicios y los putos”, **Lady Ventosa**, diciembre, 1989, p. 6.

69 Tacho, *Ídem*.

70 Carta a lectores, **Mate Amargo**, 27/9/1989, p. 29.

71 El Plenario de Mujeres del Uruguay es una ONG feminista que se creó en 1984 y que trabaja temas de salud, educación, trabajo y leyes.

72 Entrevista a Carmen Tornaría, 8/12/2010, docente jubilada, feminista y una de las fundadoras del Plemuu.

es tanto un insulto como una identidad social sostenida con orgullo. Es a la vez desgracia y humillación y signo de resistencia, valor personal, felicidad y campo de emancipación y liberación. Esta pluralidad exige por ello mucha cautela y abordar con precisión el contexto de su enunciación así como los numerosos juegos lingüísticos que siempre permite el lenguaje.

Resumen

El término homosexual condensó entre 1950 y 1990 en Uruguay una yuxtaposición de sentidos muy distintos y fue objeto de fuertes disputas. Este artículo busca rastrear esos sentidos analizando cómo fue variando la etiología de la homosexualidad en el discurso psiquiátrico, la relación entre este y la clase social en el campo de la izquierda de los años sesenta, así como el régimen autoritario lo incluyó dentro de la categoría de subversión. El trabajo se cierra con el análisis de la proliferación de nuevos sentidos que vivió la palabra homosexual durante la transición democrática: para muchos fue sinónimo de VIH-SIDA de travestis y de indefinición, mientras que para otros fue intercambiable con el término gay y se constituyó en una identidad social legítima sostenida con orgullo en el espacio público a través de diferentes tipos de acción colectiva.

Palabras clave

Historia conceptual; homosexual; Uruguay.

Summary

The term homosexual condensed between 1950 and 1990 in Uruguay a juxtaposition of very different meanings and was the object of strong disputes. This article seeks to trace these meanings by analyzing the variations in the etiology of homosexuality in psychiatric discourse, the relationship between this discourse and social class in the left of the 1960s, and how the authoritarian regime included it within the category of subversion. The work ends with the analysis of the proliferation of new meanings the word homosexual underwent during the democratic transition - for many it was synonymous with HIV-AIDS, transvestites and indefinición, while for others it was interchangeable with the term gay and turned into a legitimate social identity held with pride in the public space through different types of collective action.

Keywords

Conceptual history; homosexual; Uruguay.

Crisis política y “aparición” de las masas (1950-1970)

Isabel Wschebor*

Introducción

A comienzos de la década de 1940, Juan de Lara —inmigrante español y refugiado de la guerra civil de aquel país, cuyas columnas en el Semanario **Marcha** se transformarían en un espacio de opinión y referencia en el ámbito local— expresaba:

en Uruguay no he podido advertir en nada una actitud revolucionaria. Falta esa sensación de caducidad propia de las sociedades en crisis... Falta un proletariado abundante. Y si no es abundante, ya no es proletariado, pues la palabra quiere decir justamente eso, prole, idea de masa humana.¹

Lejos de los escenarios de trinchera de los conflictos bélicos a nivel mundial, el Uruguay generaba en inmigrantes como Lara que llegaban desde Europa, una sensación de calma propia de países aislados de la conmoción social. “Las masas” uruguayas para Lara, no eran las clases trabajadoras movilizadas por un mundo en conflicto, sino la clase media conservadora, que imprimía un estilo de vida asociado al ascenso social individual y de poca interpelación en el escenario público.

En el ámbito local, la notoria pasividad de la población tras el golpe de Estado el 21 de febrero de 1942 de Alfredo Baldomir, así como el descreimiento y la falta de apoyo de “las masas” a los herreristas que se opusieron al mismo, fueron objeto de análisis en la prensa de la época. A diferencia de “la abstención electoral [como] decisión inmediata y espontánea de las grandes masas”² en respuesta al régimen instaurado por la dictadura de Gabriel Terra en 1934, ocho años después la aceptación del golpe de Estado parecía reflejar un descreimiento de la sociedad en los partidos, cuyos escenarios de alianza y fractura ya no interpelaban a una “masa” que, por otra parte, se sentía “engañada”³ y que por lo tanto ya no se identificaba con los líderes y las fracciones políticas organizadas.

Hacia mediados de la década de 1950, llama la atención una “reaparición” del concepto masas en el discurso uruguayo. En el siguiente artículo, analizaremos distintas dimensiones de este resurgimiento del término en el discurso público.

En primer lugar, parece haber constituido un indicio de la reconfiguración de los sectores políticos que no estaban en el gobierno, tras la crisis de los partidos y de sus liderazgos originada en las décadas de 1930 y 1940. Esta reconfiguración del campo político en la época, derivó en el triunfo del Partido Nacional en 1958 luego de un siglo de gobiernos del Partido Colorado. En segundo lugar, la progresiva extensión del voto, el impacto de la rotación en el poder y la agudización de la crisis en la década de 1960 y comienzos de la siguiente dieron un viraje en el uso del término masas. Ya no se trataba únicamente de su apelación en un escenario de captación de votos a nivel electoral, sino de cómo la participación de las masas en la

* Archivo General de la Universidad de la República.

1 Juan de Lara, “La estabilidad social, los bancos y algunas cosas más” en **Marcha**, Montevideo, 6 de febrero de 1942, n° 125.

2 “Sin bandera” en **Marcha**, Montevideo, 13 de marzo de 1942, n° 129.

3 “Una senda un camino” en **Marcha**, Montevideo, 10 de abril de 1942, n° 132.

escena pública constituía o no un factor de presión frente al escenario de crisis creciente. Así, tanto las ideas reformistas y de modernización por la vía institucional, como los proyectos de cambio estructural y revolucionario se legitimaban a través de la adhesión de nuevas mayorías o se sustentaban en la idea de beneficiarlas y apelaban por estos motivos a su relación con “las masas”.

Por último, el desarrollo de los medios de comunicación desde las primeras décadas del siglo XX, constituyó una vía privilegiada de propagación de mensajes que debían reproducirse a un público extendido. La consolidación de la radio en todo el territorio nacional irrumpió en las estrategias de vinculación entre el campo político e importantes contingentes de población. Así, el desarrollo tecnológico constituyó un modo de reorientación de la vinculación entre el mundo de la política y la sociedad.⁴ Este cambio cultural de las relaciones sociales y políticas a través de los medios se produjo en forma progresiva a lo largo del siglo XX. La histórica dicotomía entre “cultura culta” y “cultura de masas” fue interpelada en el período que nos ocupa, por la consolidación de una radio pública y la creación de un canal público también dependientes del SODRE, cuya finalidad era la expansión de la cultura, que no estaba en el circuito comercial en un público extendido. Si bien se trata de proyectos estatistas que naufragaron en el contexto de un país en crisis, inauguraron un escenario de reflexión novedoso en torno a la masificación de la cultura a través de los medios.

Desde un punto de vista general, el concepto “masas” ha constituido históricamente una apelación a conglomerados sociales cuyas opciones o gustos inciden en la opinión pública pero, a diferencia de conceptos como “pueblo” o “clase” no necesariamente refiere a un sujeto social específico. Suele tratarse de un recurso de legitimación de quienes ejercen el poder, en el que puede variar quienes están incluidos en lo que se da en llamar “masa”.

Como dijimos, la preocupación por las “masas” ha estado directamente asociada al fenómeno de la representación y la legitimación del poder, sea en proyectos de orden democrático o revolucionario, así como a las tecnologías y las industrias de la comunicación que han permitido propagar distintos tipos de mensajes a sectores de la sociedad en general excluidos de las élites letradas. Su uso es por lo tanto un síntoma del ingreso de una sociedad en las lógicas de la modernidad, donde el rechazo o la aceptación de los mensajes provenientes del poder por parte de los sujetos que no lo detentan, constituye un factor decisivo en las posibilidades reales de dar continuidad, legitimidad o estabilidad a proyectos políticos o culturales de distinto orden.

Sin duda, el análisis histórico del concepto “masas” es heredero de una renovación de tendencias dentro de la historia cultural que, según el historiador Peter Burke, se fundamenta en aspectos internos y externos de este campo de estudios. En relación a la propia historia de la cultura, esta renovación surge de los intereses planteados principalmente por la historiografía inglesa y francesa desde la década de 1960 que ha intentado dar cuenta de la historia de las culturas populares o masivas, en contraposición al estudio exclusivo de la historia de las manifestaciones de los campos artísticos o intelectuales.⁵ En relación a los factores externos, el autor señala las transformaciones producidas en muy diversos campos de las ciencias sociales, asociadas al llamado “giro lingüístico” o al desarrollo de los “estudios culturales” que, desde la segunda mitad del siglo XX, han manifestado la necesidad de analizar la influencia de la mutación cultural que se ha producido tras el desarrollo de los medios de comunicación, la publicidad y la sociedad de consumo.⁶

La “aparición” de las masas en la década de 1950

La cronología que parece signar el uso del término en el pasado más reciente en Uruguay, se inicia con el debate político en torno a la crisis a mediados de la década de 1950 y el descontento social con el ejecutivo colegiado en el gobierno. El

4 Ver: Alfredo Alpini, “Tácticas golpistas y medios de comunicación” en **Revista de la Facultad de Derecho**, Montevideo, Udelar, n° 28, 2a época, 2010.

5 Peter Burke, ¿Qué es la historia cultural?, Barcelona, Paidós, 2006; E. P. Thompson, **La formación de la clase obrera en Inglaterra**, Barcelona, Crítica, 1989.

6 Peter Burke, *op. cit.*, 2006; Raymond Williams, **Cultura y sociedad**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.

contexto local, así como la discusión a nivel internacional desatada con la posguerra y la posterior Guerra Fría estimularon tanto a sectores provenientes de la izquierda, como de los partidos tradicionales a una reconfiguración de sus estrategias de crecimiento político y por lo tanto a la captación de nuevas mayorías.

Cabe señalar que poco tiempo antes, la transición de la dictadura de Terra y el restablecimiento del batllismo en el gobierno nacional, buscaron volver a imprimir impulsos orientados a ampliar los mecanismos de la democracia representativa y promover la extensión de los derechos políticos y sociales, buscando profundizar en los preceptos de los gobiernos de Batlle y Ordoñez a comienzos de siglo. Medidas de gran trascendencia para ello, como la aprobación de los Consejos de Salarios en 1943 que preveían una representación tripartita en la negociación salarial por parte del Estado, los empresarios y los trabajadores, suscitaban en el debate público la utilización de conceptos como “concertación social” que se familiarizan con el de “masas” en su apelación a nuevos actores, nutridos desde sectores diversos de la sociedad, que podían participar y dirimir en relación a los asuntos de la política pública.⁷ Sin embargo, no se visualizaba en aquel momento un debate real sobre el posible cambio de rumbo en las opciones del cada vez más amplio electorado. La referencia a los sectores organizados en la calle se expresó a través de términos como “sindicalización” o “movilizaciones crecientes” y la referencia a las “masas” tuvo un vínculo estrecho con las actitudes de descontento o respuesta de la población a la crisis del campo político.

En el año 1951, en una carta al Director del Semanario **Marcha**, un lector de seudónimo Ragen expresaba a raíz de las huelgas crecientes en Uruguay, la existencia de:

una irrupción del proletariado como una de las fuerzas rectoras de la vida nacional... ha causado sorpresa la cohesión y extensión del conflicto obrero, como también lo inoperantes que se han mostrado para resolver la situación todos los resortes, morales e inmorales del poder público.

Y agregaba que, si bien los dirigentes de las principales manifestaciones sindicales estaban orientados por un pensamiento de carácter revolucionario y cuestionador del régimen capitalista en su conjunto, no creía “que esas posiciones [fueran] sustentadas por la totalidad de la masa obrera”, cuyo motor era principalmente un descontento frente a las “falsas propagandas, toda esa inoperancia de los partidos políticos tradicionales que [hacía] ya tiempo [habían] agotado sus ideas.”⁸

En este mismo contexto, la Universidad de la República retomó los postulados del movimiento estudiantil reformista de comienzos de siglo, orientados a brindarle autonomía administrativa a la institución y participación a los estudiantes en el gobierno de la misma. Luego de más de una década de debates y reclamos por parte del movimiento estudiantil organizado, en 1958 se promulgó la Ley Orgánica de la Universidad luego de una huelga general que cristalizó de manera elocuente, la progresiva presencia de sindicatos y gremios movilizados.⁹ Sin embargo, la referencia explícita a las “masas” en este contexto fue tímida también.

El uso político de este término a mediados de los cincuenta no parece constituir una apelación a la movilización social creciente, sino a las especulaciones en relación a las nuevas opciones del electorado en el futuro inmediatamente posterior y como respuesta al descontento social con el gobierno. El “despertar” de las masas constituía en primer primer término, una invitación del campo político a captar adhesiones en la población tras la necesidad de reconfigurarse y encontrar nuevos escenarios programáticos y de organización partidaria. Lo cierto también es que entre fines de la década de 1930 y los inicios de la década del cincuenta, los habilitados para votar ascendieron de 636.171 votantes a 1.168.206. En la elección de 1938 votó un 56% de los habilitados, mientras que en 1950 votaron el 70,5%.¹⁰ En aquel contexto, se señala un cambio evidente de relación entre los partidos políticos y la necesidad de apoyo del conglomerado de aspirantes a decidir en las elecciones nacionales.

7 Rodolfo Porrini, **La nueva clase trabajadora (1940-1950)**, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2005.

8 Ragen, “Otra versión de las Huelgas” en **Marcha**, Montevideo, 7 de diciembre de 1961, n° 602.

9 Vania Markarian, María Eugenia Jung e Isabel Wschebor, **1958: el cogobierno autónomo**, Montevideo, Universidad de la República, 2008; Blanca París de Oddone y Juan Oddone, **La Universidad de la República del militarismo a la crisis 1885-1958**, Montevideo, Universidad de la República, 1971.

10 Benjamín Nahum (coord.), **Estadísticas Históricas del Uruguay (1900-1950). Tomo 1. Política y Sociedad**, Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 2007.

Resulta sugerente que desde la prensa anarquista, detractora de todo tipo de manifestación partidaria y contraria a la democracia electoral, se señalaba tempranamente esta apelación de los partidos hacia las masas como un mecanismo performativo de la política. El periódico *Inquietud* señalaba que su movimiento “no se [manifestaba] teatralmente como los partidos políticos” y que por ese motivo sus actividades sociales no tenían “exterioridad pública de masas”, pues el interés de sus organizaciones era estimular la “rebeldía e insumisión consciente”¹¹ en los pueblos. Lo cierto es que la reorganización partidaria y las contiendas electorales de la década de 1950 estuvieron signadas por la preocupación de los partidos de ampliar su caudal electoral y señalar un “despertar” de las masas en este contexto.

Antecedentes de este tipo de uso estuvieron presentes en la prensa del Partido Nacional, cuando a mediados de la década de 1940 algunos de sus sectores analizaban la necesidad de reorganización y alianza para enfrentar nuevamente al Partido Colorado en las elecciones y recuperar credibilidad en sus votantes.

De este modo, Washington Beltrán manifestaba en 1946 urgente necesidad de reconstrucción del Partido Nacional y consideraba que el momento “era propicio como pocos de su historia, porque la masa vive pendiente de los acontecimientos en desarrollo”.¹² En este mismo sentido, **El Nacional** anunciaba la presencia de ciudadanos que “nada necesitan de la política”, como el comerciante Numa Pequera, cuya actividad en el comité de reconstrucción partidaria buscaba mostrar la presencia de personas externas del campo político tradicional, a los efectos de disipar el descreimiento de la población con respecto a los referentes históricos de dicha organización partidaria. Pequera afirmaba que “las masas ciudadanas no siguen con los ojos cerrados a los hombres, por brillantes que estos sean o hayan sido... los hombres caen y las masas como movidas por una intuición colectiva, forman nuevas tiendas...”.¹³ Esta “reaparición” de las masas en el discurso político, que se esboza tempranamente en las tiendas del Partido Nacional, fue común a muy diversos partidos de oposición durante la década de 1950, en un contexto de reformulación de diferentes propuestas programáticas.

Según la historiadora Magdalena Broquetas, los grupos históricamente asociados al ala conservadora del espectro político, protagonistas e impulsores de procesos de dictadura y retracción de la democracia entre los años 30 y 40 mostraron desconfianza en “las masas” hasta mediados del siglo XX. Con ciertos matices entre sí, compartían algunos de los principios impulsados por el falangismo como un fuerte anticomunismo, el rechazo al multipartidismo, la promoción de un Estado corporativo. Localmente, esto se expresaba a través de un fuerte antiliberalismo y antibatllismo. Sin embargo, estos principios no necesariamente implicaron, en la primera mitad del siglo pasado, la adopción de los modelos nazi-fascistas que se apoyaron en los movimientos masivos, como espacios legitimadores de sus programas, sino una desconfianza por las expresiones multitudinarias.¹⁴

Según la historiadora, un claro viraje se produce con la irrupción del ruralismo y el ascenso de la figura de Benito Nardone a partir de la fundación de la Liga Federal de acción ruralista a comienzos de la década del cincuenta y la influencia que adoptó este movimiento al interior del Partido Nacional en el correr de los años siguientes. El ascenso del movimiento ruralista también constituyó un viraje en la estrategia política de sectores que mostraban disconformidad con las políticas del gobierno y, a diferencia de lo que históricamente había caracterizado a la derecha conservadora en el país, en cierta medida se inspiró en los movimientos populistas identificados principalmente con el peronismo en la época. Raúl Jacob destaca que este movimiento también fue fruto del histórico rechazo de los sectores conservadores uruguayos tanto a las políticas reformistas del batllismo y el neo-batllismo, como al desarrollo de un sindicalismo clasista y urbano. Las “masas” ya no eran referidas como una “amenaza” al desarrollo del ruralismo. Sin embargo, la dispersión de la población rural, así como el histórico temor a las mismas por parte de sectores posiblemente adherentes a este nuevo movimiento no le dieron una jerarquía específica al término. Esta necesidad de captación de nuevos públicos dispersos implicó una estrategia tanto comunicacional como organizativa que nucleó a importantes sectores del medio rural, a partir de una visión policlasista, encontrando en este ámbito importantes adhesiones a su proyecto.¹⁵

11 “Actuando siempre” en **Inquietud**, Montevideo, 20 de agosto de 1948, Año II, n° 45.

12 Washington Beltrán, “Acción renovadora y principista en lo político, como medio para llegar a una democracia integral” en **El Nacional**, Montevideo, 21 de febrero de 1946, n° 2.

13 “Ciudadanos de todos los sectores se interesan por la reconstrucción partidaria” en **El Nacional**, Montevideo, 15 de abril de 1946, n° 7.

14 Magdalena Broquetas, **La trama autoritaria**, Montevideo, EBO, 2015, p. 37.

15 *Ídem*, p. 42.

En 1958 el Partido Nacional triunfó en las elecciones nacionales, poniendo fin a casi un siglo de presencia del Partido Colorado en el gobierno. La política de mayor impacto público en esta materia fue la progresiva ampliación de las ondas de radio que fueron alcanzando buena parte del territorio nacional, siendo un elemento nuevo para la asimilación de ciertos mensajes políticos por parte de sectores de la población excluidos de la cultura letrada de los medios de prensa y de los centros urbanos en los que se expresaba el debate público a través de las manifestaciones callejeras. La presencia de candidatos del Partido Nacional como Benito Nardone en la radio, la consolidación de espacios específicos como Radio Rural y la establecimiento de una estrategia comunicacional en relación a nuevos sectores de la población que podían participar del voto constituyeron otra señal de relacionamiento entre la política y la sociedad que se configuró de manera novedosa en el período. La captación de la población rural estuvo fuertemente influida por el poder de expresión a través del dispositivo radial, mediante el cual Nardone no hablaba a “las masas” conglomeradas en la ciudad, sino a contingentes de población dispersos en los núcleos poblados semirurales y rurales. Esta nueva relación entre política y sociedad tuvo como resultado un movimiento que captó importantes contingentes de población, sin apelar necesariamente al término “masas” históricamente rechazado por los sectores conservadores.

Se trató por otra parte, de un movimiento que se desarrolló en espacios ajenos a la realidad montevideana, a partir de cabildos o reuniones públicas en diversas localidades del territorio nacional, generando eventos de participación local que nucleaban a sectores de la población que históricamente se habían mantenido ajenos a la escena pública.¹⁶

En el caso de la izquierda clásica, uno de los principales cambios de orientación política en el Partido Comunista a mediados de la década del cincuenta tras su XVI Congreso, estuvo relacionado con convertir a esta organización política en un “partido de masas”. Se buscaba a partir de allí realizar alianzas con otros sectores políticos y tomar postulados provenientes de las organizaciones de base y locales, con el objetivo de progresivamente ir transformándolas en un proyecto político transformador de mayor alcance. En el Informe del Comité Nacional al XVI Congreso del Partido Comunista redactado por Rodney Arismendi en 1955 se expresaba que:

... la organización de los Comités Populares no puede ser el resultado de una receta sectaria impuesta a la gama infinita de la lucha popular, sino el resultado de la aplicación concreta de los objetivos del Partido a la situación local y al grado de elevación del movimiento en cada sitio.¹⁷

El Partido Comunista buscó una estrategia de crecimiento, desarrollando organizaciones locales donde se manifestaban experiencias o realidades diferentes que debían ser asimiladas por la organización. La incorporación de asuntos específicos, que no necesariamente estuvieran asociados a una estrategia ideológica de orden transformador más radical, constituyó una modalidad de crecimiento en la que “las masas” no eran exclusivamente receptoras de un mensaje brindado por la organización política, sino que ésta desarrollaba su plan de organización y crecimiento a partir de las demandas existentes en ámbitos de orden local. Otro de los elementos que expresó esta estrategia nueva del Partido Comunista fue la fundación del diario **El Popular**. El PCU pasó de tener un órgano semanal como **Justicia**, a publicar un diario a un precio accesible y en el que un buen porcentaje de su espacio también incluía elementos que tradicionalmente eran de interés para amplios sectores de la población como las noticias sobre fútbol, carreras de caballos, ciclismo, moda o recetas de cocina. La presencia de secciones claramente desasociadas de un mensaje político explícito constituían una nueva estrategia de lectura, en la que el Partido Comunista buscaba incorporar intereses de sectores de la sociedad que no necesariamente estaban asociados a un proyecto político de orden transformador. Gerardo Leibner, quien ha estudiado este fenómeno de forma detallada, también se refiere a otras medidas adoptadas en la estrategia del PCU a los efectos de ampliar su base social de adhesiones, como las actividades desarrolladas a través de su Juventud, que incluían un amplio espectro de actividades sociales y recreativas orientadas a incluir sectores de jóvenes que de manera progresiva eran formados políticamente.¹⁸ El crecimiento exponencial del Partido Comunista a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 sin duda estuvo vinculado al éxito

16 Raúl Jacob, **Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder (1945-1958)**, Montevideo, EBO, 1981.

17 Rodney Arismendi, Informe al XVI Congreso del Partido Comunista del Uruguay.

18 Gerardo Leibner, **Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas en Uruguay**, Montevideo, Trilce, 2011.

de una estrategia cuyo objetivo principal se adscribió a los marcos de disputa legal en el poder, como una etapa de acumulación dentro de una visión que igualmente se planteó metas de orden transformador en la sociedad. Si bien “las masas” fueron concebidas como un elemento fundamental en la legitimación de este proceso, no constituyeron un elemento “pasivo” y reproductor o receptor de los preceptos indicados por el partido, sino que éste tuvo que incorporar preocupaciones y experiencias procedentes de las mismas para el desarrollo de sus líneas de crecimiento político y electoral.

En este mismo período, el Partido Socialista también inició un proceso de discusión que, entre otros asuntos, incluía analizar las estrategias adecuadas en relación a ampliar su marco de adhesiones. Se señala en este sentido, el surgimiento de nuevos liderazgos en su seno como el de Viviani Trías y las polémicas suscitadas con históricos referentes de esta organización como Emilio Frugoni. Los escritos de Trías también señalaban una preocupación en relación a cómo lograr que “las grandes masas” asuman a los partidos de ideas marxistas como opción electoral. A diferencia del Partido Comunista, Trías asumía en el año 1962 que “la izquierda que podemos llamar ‘ideológica’ (PS y PC) padece un evidente aislamiento de las masas populares” y fundamentaba esto señalando que el PS tenía un 3% y el PC un 2% del electorado.¹⁹ Afirmaba que era necesario no cometer el error de considerar que una solución a este problema estaría dada por una alianza entre los dos partidos de izquierda marxista, dado que “la clase obrera en el Uruguay, no es ni comunista ni socialista, es blanca y colorada. [Agregaba que]:

es verdad que el PC y el PS cuentan en sus filas con minorías esclarecidas de la clase obrera, con una vanguardia politizada y madura... Pero también es verdad que el único actor posible de la revolución antiimperialista es el pueblo en su conjunto, son las grandes masas populares.²⁰

Trías justificaba con esto la propuesta de alianza para las elecciones de 1962 con una fracción escindida del Partido Nacional representada por Enrique Erro para la formación de la Unidad Popular, que no estaría integrada por el Partido Comunista. Afirmaba que:

las razones expuestas justifican nuestra afirmación de que la unidad comunista-socialista no es un eje aglutinante, sino la suma de un aislamiento con otro más agudo. Entendemos que lo que corresponde no es sumar aislamientos, sino crear el cauce político imprescindible para plasmar la unidad de las masas populares...²¹

El apoyo de las “masas”, constituyendo éstas una alianza policlasista entre los sectores más desprotegidos y las clases medias, sería la alternativa para gobernar un Estado que hasta el momento había actuado en favor de los privilegios de la oligarquía. Trías proponía por tanto una vía de reforzamiento de la democracia legal y consideraba que quienes estaban atentando contra la democracia política eran los sectores de la derecha en el gobierno. Dicha interpretación reconocía un gran descontento de la población en relación a la crisis y las respuestas que estaban dando los partidos tradicionales para solucionarla pero “las masas” en esta interpretación estaban constituidas principalmente por el electorado. No existía en la propuesta de Trías una visión de reorganización del Partido Socialista tendiente a ampliar su caudal de identificación. Unos años después el PS también cambiará su estrategia de prensa creando el diario *Época* y buscando así un perfil comunicacional distinto al que había caracterizado al histórico semanario **El Sol**.

Más allá de las diferentes estrategias o posturas en relación a su organización o modalidades de adhesión, para los diferentes sectores de izquierda organizados a través de partidos políticos, existía entre fines de los cincuenta y comienzos de la década de 1960 una idea general de que era necesario contar con “las masas” como sujeto colectivo legitimador de un programa político para acceder al poder por la vía legal de las elecciones. Los diferentes sectores de la izquierda política iniciaron un debate en relación a cómo organizar, encontrar aceptación o adhesión en sectores más amplios de la población, bajo la premisa común de que la expansión de la base social de apoyo a los cambios era fundamental para el desarrollo de una política de corte transformador. Esto tuvo como resultado importantes transformaciones en los partidos comunista y

19 Viviani Trías, **Aportes para un socialismo nacional**, Montevideo, EBO, 1989, p. 110.

20 *Ídem*, p. 112.

21 *Ídem*, p. 115.

socialista y cristalizó un debate ideológico acerca de las vías democráticas o revolucionarias de acceso al poder en el que ya no se trataba únicamente de incidir en “la clase obrera” o “los sectores más desprotegidos”, sino que “las masas”, atendiendo a su acepción policlasista, fueron un sujeto social ineludible.

Pese a los debates de la izquierda en torno a cómo ampliar su base de apoyo, Ricardo Martínez Ces señalaba en 1956, que a pesar de la crisis y la insatisfacción con los gobernantes, las masas tardarían mucho tiempo en cambiar su adhesión a los Partidos Tradicionales. Afirmaba que “... pocos individuos y menos las masas pueden vivir prendidos del vacío...”²² y, si bien apoyaban a dirigentes sindicales o estudiantiles en causas específicas vinculadas con los salarios o la autonomía de la educación, su opción política se mantendría en la órbita de los dos partidos consolidados en la escena política nacional. Consideraba que “muy largo y duro ha de ser el proceso capaz de destruir el apoyo de las masas a los partidos tradicionales.”²³ Se trataba para el autor de un fenómeno vinculado con cierta inercia y conservadurismo de la mayoría de la población, que se identificaba con los partidos de mayor consolidación y tradición. Aclaraba que se restringía a una adhesión a través del voto y que en ningún caso estos partidos contarían con aquellos conglomerados para defender o combatir una situación de crisis del propio gobierno, como por ejemplo un nuevo golpe de Estado.

En este análisis Martínez Ces afirmaba que si bien las élites sindicales y gremiales estaban actuando a partir de proyectos políticos claramente cuestionadores de los partidos más constituidos, el vuelco de “las masas” hacia otras opciones partidarias, no sería a partir de la capacidad de estos dirigentes de concientizar a quienes los acompañaban crecientemente en sus demandas sociales, sino de una clara disconformidad de la mayoría de las personas en relación a la situación económica del país. Afirmaba de este modo que:

las masas no van a apartarse de los partidos tradicionales por razones de principios, sino fundamentalmente por la dinámica de un proceso dentro del cual se sienten incluidos como parte principal pero no en carácter de modificadoras u orientadoras de dicho proceso. No estando la dirección en sus manos lo interpretarán como la consecuencia de la gestión política y hacia ese terreno dirigirán sus planteos.²⁴

Señalaba a su vez que los principales medios de prensa del país constituían empresas de apoyo a estos partidos, con estrategias específicas en relación a la captación de un importante número de lectores, como el espacio ocupado por la publicidad o el deporte y por estos canales moldeaba los gustos y las opiniones de la mayoría de la población:

la mentalidad de las mayoría de los jóvenes, en vías de formación, sin mayor contacto con libros o publicaciones que no respondan a los Partidos Tradicionales, es sistemáticamente tratada día a día por una propaganda persistente que sigue en general una táctica de distracción, busca una canalización de la atención y el entendimiento de las masas, que se neutralice, lo cual logra a través de una amplia difusión y apoyo notable a los deportes y otras actividades, de carácter no político pero de notable influencia sobre la política.²⁵

Se visualizaba en esta concepción una idea apolítica de “las masas”, concebida como un sujeto social que orienta sus opciones a partir de su realidad material y que las transformaciones políticas de la sociedad no se producirían por una toma de conciencia ideológica de la mayoría de la población, sino por un descontento progresivo de su realidad específica.

El uso del concepto masas en la década de 1950 expresó debates vinculados con las opciones partidarias. Para señalar nuevas adhesiones en las organizaciones sociales, en este período se privilegiaron conceptos como “sindicalización”, “clase obrera”, “estudiantes” o “movilización creciente”, siendo por tanto más difundido su uso en el marco de la reconfiguración del campo político partidario.

22 Ricardo Martínez Ces, “Nuestra juventud y los partidos tradicionales” en **Marcha**, Montevideo, 3 de febrero de 1956, n° 800.

23 *Ídem.*

24 *Ídem.*

25 *Ídem.*

La “concientización” de las masas

Sólo en política las masas y las élites parecieran estar de acuerdo en seguir estimando los viejos valores: el nacionalismo, la tiranía y la guerra.²⁶

Lo cierto es que tras el triunfo de Benito Nardone en 1958, el semanario de izquierda independiente **Marcha** señalaba que el resultado electoral no podía ser exclusivamente “fruto del atraso político de la masa”²⁷, brindando una connotación negativa al término a raíz del triunfo electoral, por la captación electoral del campesinado rural cuya voz no se expresaba en las manifestaciones urbanas de creciente movilización.

La agudización de la crisis en la década del sesenta y los años previos al establecimiento del régimen cívico-militar encontraron a su vez otras visiones en relación a las “masas”, que se expresaron principalmente en el debate interno de la izquierda sobre cómo llevar a cabo proyectos de cambio social —fueran estos revolucionarios o por la vía legal— y en relación a cómo contrarrestar la posibilidad creciente de una respuesta autoritaria desde el gobierno.

En primer término se destaca la visión expresada en el programa del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Las opciones de la lucha armada para este movimiento, no podían esperar a la concientización de las grandes masas y a partir de un movimiento de vanguardia que iniciara las acciones de lucha se desencadenaría una dinámica de concientización en los sectores crecientemente movilizados de la población. En su documento número 1 el MLN expresaba que:

el hecho de la existencia de un gobierno surgido de elección popular es un inconveniente para justificar a escala de las grandes masas la necesidad de lucha armada... Guerra victoriosa será, porque no existen condiciones hoy, para la insurrección victoriosa, porque el Estado no ha sido deteriorado por ninguna derrota militar y porque el movimiento de masas no está preparado militarmente para el asalto al poder. Debemos empezar una lucha que será prolongada, y no esperar prolongadamente una guerra que será corta.²⁸

El desarrollo de la estrategia armada por parte del MLN y su expresión manifiesta en las acciones llevadas a cabo desde la segunda mitad de la década del sesenta hasta 1972, no inhibió la conformación del grupo 26 de marzo, cuya prensa estimuló activamente las opciones de acceso legal al poder a través de las elecciones y la inserción de las posiciones de la izquierda radical en las estrategias de acumulación electoral llevadas a cabo por el Frente Amplio en 1971. De este modo, y partiendo de una relación vanguardista también con respecto a las “masas” de adherentes, este medio de prensa afirmaba en el marco de la campaña electoral que:

se consigue organizar a las bases llevando las posiciones de los independientes, por medio de una discusión fraterna, a todos los comités del Frente Amplio. Se consigue concientizar a las masas demostrando que los luchadores sociales que están presos no son delincuentes como dice la oligarquía, sino verdaderos patriotas que dan su vida y su libertad en la vanguardia de la lucha contra el régimen.²⁹

Pese al escenario de radicalización política, a mediados de los sesenta el principal dirigente del Partido Comunista Uruguayo, Rodney Arismendi, polemizaba con la estrategia foquista considerando que:

una firme y clara política dirigida no sólo a los sectores más avanzados, sino a todo el pueblo —limpia de verborrea extremista, pero auténticamente revolucionaria por su actitud para unir y lanzar a la lucha a las grandes masas— debe presidir nuestra labor en la etapa política inmediata.³⁰

26 “El cine como salida para la poesía” en **Marcha**, Montevideo, 10 de octubre de 1958, n° 932.

27 “Después de las elecciones” en **Marcha**, Montevideo, 12 de diciembre de 1958, n° 941.

28 Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros, **Documento n°1**, Montevideo, junio de 1967.

29 Ruben Sassano, “Organizarnos para enfrentar al régimen en todos sus terrenos” en **Cuestión**, Montevideo, 28 de abril de 1971, n° 3.

30 Rodney Arismendi, “Anotaciones acerca de la situación política nacional y la táctica del movimiento obrero popular” en **Revista Estudios**, Montevideo, agosto de 1964, n° 28.

El matemático y también dirigente del Partido Comunista José Luis Massera agregaba que:

los sectores dirigentes de mayor influencia del P. Colorado basaban su táctica, en lo fundamental en las negociaciones y presiones 'por arriba', y admitían la participación de las masas populares sólo como una especie de coro pasivo o de amenaza latente... pero se oponían a la movilización combativa e independiente de esas masas... La táctica propugnada por nuestro partido era diametralmente opuesta: consistía en convertir la movilización de masas en el eje de todo el dispositivo antigolpista...³¹

Hacia mediados de la década de 1960, la agudización de la crisis política y las posibilidades de un golpe de Estado tuvieron como consecuencia la necesaria búsqueda de una estrategia de unificación tanto desde en los distintos sectores de la izquierda política como en las organizaciones sindicales y gremiales. Dicho proceso intensificó un uso del concepto "masas", asociado a términos como "popular" o "revolucionaria", buscando fortalecer la noción de que grandes contingentes de personas cobraban conciencia en la escena social, de la necesidad de manifestarse contra el gobierno. Las "masas" ya no eran un simple conglomerado anónimo que adhería pasivamente a un proyecto partidario a través de su voto, sino un elemento de legitimación a partir de la protesta social en la escena pública.

La crisis a lo largo de la década de 1960 estimuló el uso del término masas como alusión a los contingentes sociales que daban apoyo a las movilizaciones callejeras de protesta contra el gobierno. Posiblemente como expresión de un contexto de radicalización política, los discursos del candidato por el Frente Amplio Liber Seregni en 1971 señalaban la oposición entre la oligarquía y el pueblo. De este modo, las "masas" ya no eran un asunto programático de los partidos en pugna, sino un aspecto de abordaje táctico.

En los ámbitos institucionales de gobierno, los conceptos "pueblo" o "nación" constituirían progresivamente el modo más corriente de alusión a la población, no siendo la adhesión social a través del voto un elemento de relevancia para la instauración de un programa político. Este fenómeno de expresión creciente durante la presidencia de Jorge Pacheco Areco entre 1968 y 1973, se consolidaría con la definitiva instalación del régimen dictatorial.

La cultura y los medios masivos

Hacia la década de 1950, el uso del término "masas" en relación a la expansión de los medios de comunicación, también presentó novedades con respecto al período anterior.

La preocupación de intelectuales y artistas por la propagación del folletín literario entre fines del siglo XIX y comienzos del XX o la expansión de la radionovela en las primeras décadas del siglo, lejos de ser observados como mecanismos de ampliación de la población lectora o espacios de estímulo al acceso de información para la sociedad, constituyeron una fuente de temor constante en relación a la vulgarización de la cultura en la masas.³² La consolidación de un proyecto de radio pública dependiente del SODRE —cuyos orígenes se remontaban a la década de 1930— y los proyectos asociados a la creación y desarrollo de un canal de televisión en 1963, bajo esta misma órbita, motivó nuevos debates en torno a los medios, que ahora contaban con finalidades culturales y educativas.

La historiadora Mónica Maronna explica que la radio, innovación técnica en la década del veinte, se instaló progresivamente como medio de comunicación entre las décadas del treinta y del cuarenta, sirviéndose de modalidades de consumo cultural

31 José Luis Massera, "El año que termina. Perspectivas para 1965", en **Revista Estudios**, Montevideo, diciembre de 1964, n° 32.

32 Isabel Wschebor, "La biblioteca de El Siglo y las mujeres burguesas", en **Revista de la Academia Nacional de Letras**, Montevideo, ANL, 2001, n° 9; Isabel Wschebor, "Del folletín al radioteatro: dos tránsitos en la modernización cultural", ponencia presentada en el Cuarto Congreso de Docentes e Investigadores del MERCOSUR, Montevideo, UCU, 2001.

fuertemente cultivadas por el público local desde comienzos del siglo XX, como las novelas por entrega, las obras de teatro o libros editados principalmente en Argentina. Este tipo de oferta cultural de consumo extendido fue asimilada por la radiotelefonía como una estrategia para captar escuchas y lograr éxito en el público.³³ Algo similar parece haber sucedido con la televisión en la década de 1960. Las prácticas ya instaladas en la radio buscaron traducirse a la TV como una estrategia de captación del público, pese a ser un medio que constituía en aquel momento una innovación tecnológica de alto costo.

La televisión se instaló tímidamente hacia fines de la década del cincuenta en el país a partir del impulso de algunos operadores locales y sólo a comienzos de la década de 1960 se iniciaron las emisiones de un canal público. Lo cierto es que la asignación del canal 5 al SODRE en 1963 inauguró un escenario de debates nuevos en el ámbito político y expresó una mirada estatista, asociada a proyectos de corte modernización y reformista en el ámbito cultural.

Si bien se trata de un asunto poco explorado, los estudios recientes realizados por las investigadoras Florencia Soria y Lucía Secco han señalado las muy diversas estrategias desde ámbitos públicos como el SODRE, la Universidad de la República u otros espacios de enseñanza y difusión cultural para desarrollar un modelo de televisión que buscaba producir y difundir programas con fines estrictamente culturales y educativos para un público extendido.³⁴

Según Soria, los primeros marcos legales para la instalación de un canal público expresaron una tendencia a reconocer las posibilidades de difundir de manera extendida manifestaciones de la cultura ajenas al circuito comercial.³⁵ La autora señala que los dispositivos aprobados durante los primeros años de existencia de la televisión pública, preveían una financiación basada en inversión pública. La autora señala expresiones del escribano Luis Alberto Viera en 1965, de una nota presentada en la Cámara de Representantes a través del diputado Julio César Da Rosa, donde afirmaba que se trataba de una “obra bajo la dirección consciente de la función social del imponente medio de comunicación de masas” que constituía el canal público de TV.³⁶

Las políticas culturales de corte netamente estatista, aprobadas durante los primeros años de vida del canal público, no fueron objeto de debates ni resistencias en los ámbitos legislativos, lo que permitió la creación de estas dependencias al interior del Ministerio de Instrucción Pública. Sin embargo, se trató de organismos que rápidamente se vieron ahogados por la ausencia del presupuesto que les había sido prometido. La principal polémica en el ámbito público no se produjo por prejuicios del campo político en relación a las posibilidades de expansión cultural a través de la televisión, sino por la autorización de la Directiva del SODRE tanto a la radio como a la televisión a vender publicidad para poder suplir el ausencia del presupuesto que había sido aprobado por ley. Ante esta medida, ANDEBU consideró que se trataba de una competencia desleal entre el Estado y las empresas privadas de emisión. Los directivos del SODRE alegaron que no se trataba de implantar una mirada liberal en relación a los medios, sino una necesidad fruto de la carencia presupuestal.³⁷

Según Lucía Secco, el desarrollo de los medios de comunicación en el marco del ingreso de la televisión al país entre fines de la década de 1950 y comienzos de la siguiente fue observado por los intelectuales como un medio, cuyo uso era detentado por sectores empresariales. La investigadora ha analizado en qué medida los intelectuales de izquierda consideraban que la televisión podía constituir una alternativa para el acceso a ciertos códigos y prácticas culturales por sectores más extendidos de la sociedad, pero en la medida en que quienes detentaban dichos medios eran los sectores de mayor poderío económico, las posibilidades de utilización de los mismos por los sectores populares estaban restringidas.³⁸ En ese marco, Secco ha analizado los primeros planes de desarrollo de la televisión desde la Universidad de la República mostrando que estaban claramente orientados a difundir en un público masivo mensajes de carácter cultural y educativo, conectando de

33 Mónica Maronna, “La radio montevideana en busca de oyentes” en **Cuadernos del CLAEH**, Montevideo, CLAEH, n° 100, Año 33, 2012, p 25.

34 Florencia Soria, “Influencias extranjeras, miradas locales. La televisión pública en Uruguay (1963-1963)”, en **Claves. Revista de Historia**, Montevideo, Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, n° 3, Julio-diciembre de 2016; pp. 193-223; Lucía Secco, “Los intelectuales y la televisión durante su primera década de existencia en Uruguay” en **Claves. Revista de Historia**, Montevideo, Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, n° 3, Julio-diciembre de 2016.

35 Florencia Soria, “Influencias extranjeras, miradas locales. La televisión pública en Uruguay (1963-1963)”, *op. cit.*

36 Citado por Florencia Soria, *op. cit.*, p. 202.

37 *Ídem.*, pp. 193-223.

38 Lucía Secco, *op. cit.*, 2016.

este modo lo que se producía en la Universidad con una audición ampliamente extendida.³⁹ Se trataba de propuestas en consonancia con los planes de reforma y expansión de la Universidad de la República, que se sintetizaron en el Plan de Reestructura de la Universidad presentado por Maggiolo en 1967.

En ese contexto, los temores del campo intelectual en relación a la programación de los medios masivos y la vulgarización de la cultura tras la instalación de la televisión en el país, parece haber sido frente al uso empresarial de esta nueva tecnología. El histórico rechazo a los medios masivos, se concentró en esta época en la crítica de la programación de los canales comerciales, quedando en suspenso los proyectos desarrollados desde el ámbito público en esta materia.

En octubre de 1958, una columna anónima del Semanario **Marcha** señalaba que:

al arte se le presentan... dos caminos: o la entrega incondicional al gusto de la cantidad (cultura de masas) o el defensivo repliegue en si mismo (vanguardismo). El arte culto ha venido así a quedar opuesto no a una auténtica cultura popular, sino a la cultura de masas. Entendemos por cultura popular lo que espontáneamente elabora el pueblo para su propio goce; y por cultura de masas lo que fabrican quienes no integran ni el pueblo ni la élite intelectual, atendiendo solamente al éxito comercial del producto entre la masa. La cultura de masas representa, en lo artístico, la misma adulación como soborno que en lo político utilizan los dictadores para apropiarse del poder a través de la masa.⁴⁰

A su vez, la dura crítica a las películas cinematográficas provenientes de la industria norteamericana o europea proyectada en la extendida gama de salas existente a lo largo del territorio nacional desde la década de 1920 caracterizó tanto los debates entre los intelectuales, como las columnas de la prensa.⁴¹

Carlos Real de Azúa señalaba a comienzos de la década de 1960 que existía una diferencia entre:

la cultura en sentido 'intelectual', [que] ha seguido viviendo entre forcejeos, sostenida en la vocación sacrificada de unos pocos y apoyada (a lo más) en dotaciones presupuestarias del Estado siempre crecientes y siempre insuficientes y la otra Cultura en sentido amplio... [que] opera a través de la avasallante masificación de los medios de propaganda y publicidad que el maquinismo y la técnica han puesto en manos de los fuertes. Y no es, naturalmente, un puro hecho nacional que el caudal casi complejo de cultura que se nos sirve responda a los patrones fijados por los que tienen en el mundo los hilos de la cultura de masas; cadenas internacionales de radio, revistas, agencias informativas, cine, erótica, 'lo sensacional', la vulgarización científica; estos patrones (y todos los valores implícitos que ellos importan) son, y sin escape, la cultura para el noventa y nueve por ciento de las gentes. Como a todas las comunidades subdesarrolladas les ocurre, como a todos los continentes 'periféricos' les pasa, estos repertorios que se nos infligen, cuentan poco con nuestro visto bueno y para nada con nuestra inspiración.

El autor señalaba que sólo quedaban algunas manifestaciones como el tango o el fútbol que eran asimiladas por un importante conjunto de la sociedad uruguaya y que a través de la misma se podía distinguir en el ámbito de la cultura masiva aspectos de la identidad nacional y de los gustos de los uruguayos distintivos de lo que ofrecía el comercio internacional.

Durante la década de 1960, se iniciaron también los primeros estudios académicos vinculados con la presencia de los medios en la sociedad, influidos por una fuerte crítica al carácter economicista y de dominación cultural de su desarrollo en el ámbito local.⁴² Se destaca en este sentido el estudio realizado por Roque Faraone para la serie de publicaciones Nuestra Tierra. Luego de una breve introducción sobre los medios que se instalaron en el país a lo largo del siglo XX, el autor realiza una categorización del rol de los medios en sociedades capitalistas y socialistas, analizando en primer término las relaciones económicas, industriales y de Estado que dieron impulso al desarrollo de los mismos. La serie de publicaciones temáticas

39 Lucía Secco, "Televisión universitaria en la década de 1960", en **Revista 33 Cines**, Montevideo, MEC, n°3, 2015.

40 "El cine como salida para la poesía", en **Marcha**, Montevideo, 10 de octubre de 1958, n° 932.

41 Pablo Rocca, "Élites y cultura de masas en el medio siglo", en **Revista 33 cine**, Montevideo, MEC, 2011, n° 6.

42 Roque Faraone, **Los medios de comunicación de masas**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, n° 25.

Nuestra Tierra destinó varios de sus números a temáticas como el fútbol, el turismo, la urbanización o el movimiento sindical⁴³, mostrando un interés por dar a conocer nuevos problemas de la sociedad contemporánea en un formato que, al igual que otros proyectos editoriales de la década de 1960 como Enciclopedia Uruguaya o Capítulo Oriental buscaban difundir la reflexión de temáticas específicas a un público más extendido. Si bien en la mayoría de los casos se expresa una cierta “preocupación” por la cultura de masas, aludiendo a una posible vulgarización de las expresiones culturales o a una reproducción acrítica de los contenidos emitidos por los dueños de los medios, el propio formato de publicación de amplia difusión mostraba una necesidad del medio académico y cultural de generar productos cuyo consumo fuera más extendido.

Por otra parte, los canales de televisión se fundaron como iniciativas empresariales, quienes trabajaban en su seno se auto-percibían como técnicos o productores en relación de dependencia y la discusión estaba mayormente centrada en relación a cuál era el lugar de la producción nacional en el espacio de emisión. Así lo señalaba un artículo anónimo de Cine, Radio, Actualidad en 1962:

En estos momentos en los que una no definición de nuestra idiosincrasia se pulsa tanto en radio como en TV con la proliferación de temas foráneos y la absoluta subestimación hacia nuestras inquietudes, este movimiento nos parece muy oportuno y digno de ser considerado formalmente. Es necesario mirar un poco al artista nacional y su obra. Este puede ser, precisamente, un camino interesante que será necesario andar con entusiasmo y cariño en pro de una superación en la divulgación de nuestro arte popular y en beneficio de una representación ante el mundo de nuestra sensibilidad tan dejada de lado en estos momentos.

Si bien no se trató de sectores que dieran un debate público en relación a estos temas, dado que constituyeron generalmente trabajadores dependientes de los medios privados o funcionarios de la emisora pública, la promoción de documentales institucionales en el ámbito universitario, a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, asociados al repertorio de artistas nacionales, la fauna autóctona u obras de desarrollo nacional y su difusión a través de distintos medios como pueden ser el cine y la televisión,⁴⁴ así como la promoción de espacios televisivos de carácter educativo⁴⁵ en el canal nacional son la expresión de ciertos sectores abocados a presentar una “cultura nacional” a través de canales de amplia difusión, que no necesariamente estaba asociada a la demanda del consumo masivo y que se distanciaba también de los enfoques del campo intelectual crítico.

No se trató en este caso de debatir sobre la vulgarización de la cultura a través de los medios masivos, sino de promover la difusión de mensajes asociados a “lo nacional”, tuvieran o no una demanda de consumo extendido.

Durante la última dictadura cívico-militar esta noción tomó carácter de política pública a través de la creación de la Dirección Nacional de Relaciones Públicas y se inició una política pública de emisión, buscando un impacto en sectores más extendidos de la población, a través de los informativos, las series y productos audiovisuales promocionados o producidos en este ámbito.⁴⁶ La instauración de un tipo de producción de orden institucional, que apelaba a una imagen de la nación y el pueblo de carácter ordenado y que reivindicaba las iniciativas del Estado como políticas ordenadoras de la vida social constituyeron algunos de los códigos utilizados hasta fines del siglo XX para el desarrollo de la producción nacional en la materia. Los niveles de asimilación de dicha modalidad de comunicación en la población siguen siendo aspectos de difícil aproximación. Lo cierto es que tanto los documentales institucionales de las décadas de 1950 y 1960, como la sistemática producción de la DINARP apelaron principalmente a los conceptos de nación y pueblo y no tuvieron en su discurso un mensaje

43 Horacio de Marsilio, **Los lenguajes uruguayos**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, n° 24; Franklin Morales, **Fútbol: mito y realidad**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, n° 22; Horacio Martorelli, **La sociedad urubana**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, n° 14; Germán D'Elía, **El Movimiento sindical**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, n° 4; **Turismo en Uruguay**, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, volumen extra.

44 Isabel Wschebor, “Cine y Universidad en la crisis de la democracia” en **Revista Encuentros, Montevideo**, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Volumen VI, n°1, 2013.

45 Lucía Secco, *op. cit.*, 2015.

46 Aldo Marchesi, **El Uruguay inventado**, Montevideo, Trilce, 2001; Isabel Wschebor, “Cine, Universidad y política audiovisual. El Departamento de Medios Técnicos de Comunicación (1973-1980)”, en **Revista Contemporánea. Historia y problemas de la historia del siglo XX**, Montevideo, GEIPAR, 2015, Vol. 4.

específicamente orientado a las "masas". La progresiva instalación de la televisión en la vida doméstica de las personas entre las décadas de 1970 y 1980 constituyó un escenario de ampliación en la recepción de dichos mensajes durante la dictadura.

Sin duda, los proyectos educativos y culturales desarrollados por el SODRE o la Universidad de la República en el período previo a la dictadura, expresaron un contrapunto en la dicotomía clásica entre cultura culta y cultura de masas. Si bien este trabajo sólo constituye una primera aproximación al asunto, el concepto "masas" parece haber cobrado un significado específico hacia mediados del siglo pasado y su uso posibilita nuevas aproximaciones a las estrategias de los actores sociales, políticos y estatales de la época para captar nuevas mayorías, en un escenario de reordenamiento del escenario político y de modernización de las tecnologías de comunicación cultural.

**Resumen**

En el siguiente artículo se estudian diferentes factores que dan cuenta de la reaparición del concepto “masas” en el discurso público entre las décadas de 1950 y 1970 en Uruguay. El primero de ellos está relacionado con un realineamiento de diversos sectores y tendencias políticas dentro de los partidos tradicionales, tras el agotamiento de los modelos de acción política desarrollados en el período previo. Y el segundo, está asociado a una nueva utilización del término en el abanico de los partidos de izquierda. Globalmente, se trató de estrategias de captación de nuevas adhesiones, con el objetivo de legitimar nuevos proyectos políticos de respuesta a las modalidades de actuación tradicional, así como a la crisis económica. Se repasa también la incidencia que tuvo el desarrollo de los medios de comunicación —expansión de la prensa, generalización de la radio e inicios de la transmisión televisiva— como vía privilegiada de propagación de mensajes que debían reproducirse a un público extendido. Las nuevas estrategias de adhesión social por parte de la política y el uso de los medios de comunicación para ello, son analizados como síntomas del ingreso de una sociedad en las lógicas de la modernidad.

Palabras clave

Masas; Acción política; Medios de comunicación

Abstract

The following article studies the different factors that show for the reappearance of the concept “masses” in public discourse between the 1950s and 1970s in Uruguay. The first of them is related to a realignment of different sectors and political tendencies within the traditional parties, after the exhaustion of the political action models developed in the previous period. And the second one, is associated with a new use of the term in the range of left parties. Globally, these were strategies for attracting new members, with the aim of legitimizing new political projects in response to the traditional methods of action, as well as the economic crisis. It also reviews the impact of the development of the media -expansion of the press, generalization of radio and the beginning of television broadcasting- as a privileged way of propagating messages that should be reproduced to an extended public. The new strategies of social adhesion on the part of the policy and the use of the means of communication for it, are analyzed as symptoms of the entrance of a society in the logic of the modernity.

Key Words

Masses; Political action, Mass media



Autor desconocido, "Ponte en marcha – léelo", revista juvenil **Elan**, Dortmund, 1983.

Nuevos saberes, nuevas profesiones, nuevos técnicos

Usos y sentidos de un término en disputa (1955-1973)

María Eugenia Jung*

La manera en que se han articulado el saber técnico y la política ha sido y es objeto de sendos estudios en el campo de las ciencias sociales. Especialmente desde la década de los noventa, en un intento por comprender y explicar las reformas estatales producidas en esos años, sociólogos y politólogos volcaron su atención hacia la conformación de las tecnocracias latinoamericanas, analizando el ascenso de algunas profesiones, caso de la Ciencia Económica, y su intervención en la definición del contenido de las políticas públicas.¹ A nivel local estos temas también han sido objeto de preocupación por parte de las ciencias sociales. Se destaca especialmente la línea de investigación que desarrolla el politólogo Adolfo Garcé sobre las complejas relaciones entre la producción de conocimiento social y la formulación de políticas de Estado en Uruguay.² La historiografía, por su parte, se ha acercado más tardíamente a estos asuntos de la mano de los desarrollos de la historia intelectual, en franco crecimiento en la región, y su renovado interés por los intelectuales como grupo social. Desde esa perspectiva un importante caudal de investigaciones se ha focalizado en el papel social de las universidades, intelectuales y técnicos en el marco de los procesos de modernización económica y social. Asimismo, otros trabajos han profundizado en la relación dialéctica entre la constitución del Estado moderno, la conformación de las élites técnicas estatales y la circulación transnacional de ideas y modelos.³ Este artículo se inscribe en esta tradición al tiempo que responde a un interés historiográfico, también relativamente reciente, por reconstruir la historicidad de las palabras y conceptos, es decir el significado que a éstos le asignaron los protagonistas del pasado que se estudia. Las palabras son entendidas, así, como un campo de disputa de sentidos por parte de diferentes actores sociales y políticos.⁴

Dicho esto, el artículo se propone como un recorrido, entre otros posibles, de la palabra técnico, cuyo significado, así como su valoración, se fue modificando de acuerdo al rol que se atribuyó a esta figura en relación con las demandas de la sociedad, el mercado, los sectores productivos o aquellas provenientes del Estado. A partir de fuentes primarias y secundarias de variada procedencia, se intenta recuperar la voz de los actores de la época; es decir con qué sentido y con qué propósitos

* Archivo General de la Universidad/UDELAR

- 1 Para el caso latinoamericano se destacan los pioneros trabajos de John Markoff y Verónica Montecinos, "El irresistible ascenso de los economistas" en **Desarrollo Económico**, Vol. 34, n° 133, abr-jun 1994, pp.3-29. Verónica Montecinos, "Los economistas y las élites políticas en América Latina" en **Estudios Internacionales Universidad de Chile**, Vol. 30, n°119/120, jul.-dic.1997, pp. 351-375 Ver también, Patricio Silva, "Los tecnócratas y la política en Chile: pasado y presente". **Revista de Ciencia Política**, Vol. 26, n°2, 2006, pp.175-190 y **En el nombre de la razón. Tecnócratas y política en Chile**, Santiago, UDP, 2010.
- 2 Gustavo De Armas, **Técnicos y política en la reforma educativa en Uruguay (1990-1999). Análisis político del proceso reformista**, Tesis de Maestría, Universidad de la República, Montevideo. "Expertos y política en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay", en Gustavo De Armas y Adolfo Garcé (coords.), **Técnicos y política**, Montevideo, Trilce, 2000. Adolfo Garcé, **Ideas y competencia política en Uruguay (1960 – 1973)**, Montevideo, Trilce, 2002. Adolfo Garcé "Economistas y política en Uruguay (1943-2000)", en **Documento de Trabajo**, Montevideo, ICP/FCS, n° 33, 2003. Adolfo Garcé y Gerardo Uña (coord.), **Think Tanks and Public Policies in Latin America**, Buenos Aires, CIPPEC-Fundación Siena, 2010.
- 3 Los pioneros trabajos de Carlos Altamirano, Oscar Terán, Silvia Sigal abordan las relaciones entre universidad, sociedad y política. Silvia Sigal, **Intelectuales y poder en la Argentina: La década del sesenta**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Oscar Terán, **Nuestros años sesentas: La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993 y Claudio Suasnábar, **Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)**, Buenos Aires, Manantial, Flacso, 2004. Carlos Altamirano, **Historia de los intelectuales en América Latina**, 2 vols., Buenos Aires, Katz editores, 2009-2010.
- 4 Esta línea historiográfica ha sido desarrollada por la Escuela de Cambridge y la historia conceptual alemana. Ver: Reinhart Koselleck, **Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos**, Barcelona, Paidós, 1993. Elías Palti, "De la historia de 'Ideas' a la historia de los 'Lenguajes políticos'. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano", en **Anales Nueva Época**, n° 7-8, 1993; J.G.A. Pocock, "El concepto de lenguaje y el métier d'historien: reflexiones en torno a su ejercicio", **Pensamiento político e historia**, Madrid, Akal, 2011; Pierre Rosanvallon, "Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)", **Prismas. Revista de historia intelectual**, n° 6, 2002.

aludían al término en un espacio acotado del campo intelectual y político. El análisis de los cambios que el vocablo experimentó, así como de algunas de las tensiones y disputas de las que fue objeto, se realiza en estrecha vinculación con las transformaciones que su referente (el técnico propiamente dicho) sufrió a lo largo del período que nos ocupa. Las páginas que siguen, por tanto, profundizan en la relación entre los renovados sentidos de la voz técnico con los procesos de institucionalización de algunas profesiones, sus vínculos con el Estado y con la política y/o los políticos, así como con el sector productivo. Se advierten, entonces, las controversias que se produjeron en el campo político e intelectual uruguayo a partir de la emergencia de esos nuevos saberes sobre la sociedad legitimados de acuerdo a pautas estandarizadas de institucionalización y a los vínculos arriba mencionados. Por último, señalemos que los asuntos aquí esbozados no constituyen un fenómeno estrictamente local, sino que responden a procesos globales y regionales que ejercieron su incidencia a partir de la circulación de ideas, personas y nuevas agendas.

Entre viejos y nuevos técnicos

La Real Academia Española (DRAE) en su edición de 1917 establece que técnico es el individuo que posee conocimientos especiales de una ciencia y un arte. Esta definición, que aún se mantiene, fue ampliada al incluir tanto al conjunto de procedimientos y recursos como a quienes poseen pericia o habilidad en el uso de los mismos. Es decir, en términos generales, son personas que poseen tanto un conocimiento especializado como habilidades propias que pueden ser adquiridas a partir de una formación académica o no y que las habilita a intervenir en áreas específicas. Más allá de su definición estrictamente lexicográfica, el sustantivo adquirió diversos significados y usos al aludir a distintas profesiones y a sus portadores en diferentes coyunturas históricas. Técnico, por tanto, no es un término nuevo como tampoco lo es la demanda de saberes expertos por parte del Estado y/o del sector privado. En Uruguay se advierte la presencia tanto de la figura, asociada a determinadas profesiones, como de la palabra que la designa por lo menos desde mediados del siglo XIX, mientras la región se encontraba en pleno proceso de construcción estatal. Abogados, médicos e ingenieros contribuyeron en esa etapa a la demarcación de las fronteras entre lo público y lo privado, a la unificación del Estado y a la creación de una infraestructura (vialidad, transportes, comunicaciones) que la hiciera posible.⁵ El novecientos los vio afianzarse íntimamente ligados a la acción estatal. La palabra técnico, sin embargo, fue generalmente utilizada para aquellas áreas del conocimiento de aplicación práctica y de impacto directo en los sectores económicos que el Estado pretendía apuntalar.

En estos años entonces se priorizó la formación y entrenamiento de especialistas volcados a la realización de obras básicas para la modernización del país; asunto de temprana preocupación por parte de las élites dirigentes y que se mantuvo en las primeras décadas del siglo XX. Sin duda, el primer batllismo, en el marco de su modelo agroindustrial, continuó y consolidó esta tendencia, al demostrar un pronunciado interés por la formación de técnicos en dos niveles: profesionales (particularmente ingenieros civiles e ingenieros agrónomos) que pudieran liderar el proceso industrializador ya sea en el ámbito estatal, en el diseño de políticas y el trazado de sus principales orientaciones, o en el privado-empresarial, y la capacitación de mano de obra altamente calificada y diestra en el manejo de tecnologías que mejoraran los rendimientos de la producción.

El historiador de la ciencia Alción Cheroni ha demostrado cómo en este período los ingenieros civiles fueron conformando una "élite tecnocrática adherida a los planes de industrialización" del gobierno. La Facultad de Ingeniería proporcionó los técnicos que engrosaron las direcciones especializadas de los ministerios y de los Institutos estatales establecidos en las primeras décadas del siglo con el fin de promover la actividad industrial y las realizaciones económicas (Institutos de Geología, de Química Industrial y de Pesca). Estos profesionales pronto reclamaron su participación directa en los "puestos principales, en la dirección de la cosa pública".⁶ También conteste con el proyecto batllista fue la aspiración de llevar a cabo una reforma gradual de la economía rural a través de la diversificación y la incorporación de métodos más modernos de

5 Sobre la conformación y consolidación del cuerpo médico, la medicalización de la sociedad así como su relación con el poder político y su incidencia en las políticas públicas, ver: Barrán, José Pedro, **Medicina y Sociedad en el Uruguay del novecientos**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992-1999, 3 vols.

6 "La concurrencia de los técnicos a las cámaras" en **Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay**, año VII, n° 64, ago. 1913, pp.133-134. Citado por Alción Cheroni, **El Pensamiento conservador en el Uruguay**, Montevideo, CLAEH, 1986, pp.120. Ver también: Alción Cheroni, **Políticas científico tecnológicas en el Uruguay del siglo XX**, Montevideo, FHC, 1988.

producción tal como lo demuestra la creación en 1911 de las estaciones experimentales de Paysandú, Salto y Cerro Largo y La Estanzuela. En las diversas áreas de la economía los sucesivos gobiernos contrataron expertos extranjeros (de EEUU y Europa) para dirigir estos centros financiados por el Estado y dedicados a investigar los problemas locales y a entrenar a los técnicos nacionales. Lo mismo ocurrió en la Universidad de la República (UDELAR) que designó a universitarios europeos o estadounidenses al frente de las nuevas carreras que se fueron creando (Agronomía y Veterinaria).⁷

Desde el ámbito privado los propietarios rurales, que históricamente se consideraron postergados por el proteccionismo industrial promovido por el batllismo debido a la transferencia de recursos económicos generados por el agro hacia la industria a costa del atraso tecnológico y productivo, requirieron en forma persistente la promoción y, más tarde, la mejora en la formación de especialistas en ciencias agrarias. Sus reclamos se incrementaron desde fines de los cincuenta cuando el estancamiento del sector se tornó uno de los principales factores explicativos de la crisis económica nacional. Estos grupos exigieron el fomento y la reorientación de los estudios que ofrecía la Facultad de Agronomía en relación con sus demandas. Los Ingenieros Agrónomos, además de integrar la burocracia estatal, debían jugar un rol activo en el desarrollo de los emprendimientos privados. Asimismo, se precisaba personal de nivel intermedio a cargo de las tareas y administración de los establecimientos agrícolas y ganaderos, que actuarían como auxiliares de los Agrónomos.⁸ En esta línea el diario del Partido Nacional **El País** insistía en la necesidad de fortalecer la formación práctica de profesionales y técnicos de modo que contribuyeran al desarrollo agropecuario. Señalaba, además, el fracaso de la enseñanza agronómica que impartía la Universidad de la República, sumándose a las críticas sobre su énfasis en las profesiones liberales (Derecho y Medicina) en detrimento de las disciplinas vinculadas a los sectores productivos.⁹ Estos sectores hacían hincapié en el rol de la educación superior en la implementación de carreras que capacitaran al personal técnico para el sector productivo. El artículo de hecho era una respuesta a la supresión de la carrera de técnicos rurales que desde mediados de los cincuenta impartía la Facultad de Agronomía en la Estación Experimental de Paysandú. Esta resolución obedeció a que la misma en el marco de la reorientación académica de esa Facultad fue reconvertida en un centro de investigación agropecuaria en sintonía con los intentos del “reformismo universitario” de promover la investigación científica como centro de las actividades de la UDELAR.

Notemos, entonces, que hasta mediados del siglo XX el sustantivo *técnico* refería principalmente a varios niveles formativos: uno superior, académico-universitario y otro intermedio orientado a la formación mano de obra calificada.¹⁰ Es decir, que *técnico* designaba tanto a determinadas profesiones universitarias como a ocupaciones que requerían cierta pericia y entrenamiento. Tanto la creación de las Facultades de Matemática en 1885 y más tarde de Agronomía y Veterinaria en 1907 de la Universidad de la República como el énfasis puesto en la educación técnica en la primera década del siglo XX son claros ejemplos de cómo se articulaba el proyecto educativo con la demanda de técnicos por parte del Estado y el sector productivo.

En los sesenta tanto la aplicación de técnicas y tecnologías modernas como la capacitación de personal competente fueron aspectos resaltados desde ámbitos académicos e intelectuales por quienes reflexionaban sobre las posibles salidas a la crisis. El economista Luis Faroppa, procedente de filas batllistas y tenaz difusor del estructuralismo cepalino, desde su cátedra de Economía en la Facultad de Ciencias Económicas sostenía que para superar el rezago de la economía nacional era necesaria la inversión orientada a la incorporación de técnicas modernas y a la capacitación de recursos humanos.¹¹ Por su parte, el periodista del semanario **Marcha**, economista y político uruguayo Carlos Quijano también remarcaba el papel que les cabía a los técnicos a la hora de decidir cuáles eran los mejores métodos y tecnologías para superar la grave situación del agro uruguayo.¹²

7 Henry Finch, “La política tecnológica y el Estado en el Uruguay 1900-1935” en **Cuadernos del CLAEH**, Montevideo, año 12, n° 44, 1987, pp. 87-109.

8 **Actas CDC**, 18 de enero de 1956, “Plan de Estudios y Reglamento del curso de Técnico Rural propuesto por la Facultad de Agronomía”. Archivo General de la Universidad de la República (AGU).

9 **El País**, 26 y 28 de diciembre de 1962. Biblioteca Nacional.

10 Ver: Alcion Cheroni, **Políticas científico-tecnológicas...** y **El Pensamiento conservador...**, Esther Ruiz, **Los ingenieros una profesión silenciosa**, Montevideo, UDELAR, Facultad de Ingeniería, 1997 y María Laura Martínez, **75 primeros años en la formación de los ingenieros nacionales. Historia de la Facultad de Ingeniería (1885-1960)**, Montevideo, UDELAR, Facultad de Ingeniería, 2014.

11 Luis A. Faroppa, **El desarrollo económico del Uruguay. Tentativa de explicación**. Montevideo, Oficina del libro del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y de Administración, 1975.

12 **Marcha**, 24 de marzo 1961.

Como podemos apreciar estas afirmaciones daban realce a la estrecha relación existente entre educación y desempeño económico y social que, aunque no era nueva, en estos años, bajo el influjo de las teorías de la modernización y los desarrollismos, se resignificó volviéndose central en América Latina. El impulso que experimentaron las ciencias sociales en estos años, muy especialmente la economía y la sociología, con fuerte legitimidad técnica y académica, contribuyeron a la naturalización de este vínculo.¹³ Las nociones de educación como “inversión en hombres” o “capital social básico” se volvieron frecuentes en los discursos de la época. El economista argentino Raúl Prebisch en su intervención en la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina realizada en Santiago de Chile en 1962 insistía en eliminar el divorcio existente entre los sistemas educativos y los requerimientos del desarrollo económico. En tal sentido, daba particular importancia al adiestramiento técnico, como una modalidad de educación que tendría un impacto directo en la productividad.¹⁴ La formación técnica (y los técnicos), en este caso, era pensada en función de su impacto directo en el rendimiento productivo.

Así, mientras que hasta promediando los cincuenta del siglo XX y aún después la palabra *técnico* fue utilizada principalmente para hacer alusión al idóneo vinculado más directamente con la producción como fue el caso de agrónomos e ingenieros civiles (quienes se incorporaron a los cuadros estatales o el ámbito privado) o en otro nivel a la mano de obra especializada, la novedad en el período que nos ocupa es la emergencia de una nueva acepción que incluyó a profesionales procedentes de un universo de disciplinas dirigidas a producir conocimiento sobre la sociedad y cuyo saber y práctica, en esta etapa, adquirieron relevancia y prestigio social. *Técnico* pasó a ser asimilable a *experto*, un término que se generalizó en la segunda posguerra bajo la influencia de las ciencias sociales norteamericanas. Este fenómeno se dio de la mano de la profesionalización de estos saberes, particularmente en el ámbito universitario, que se ocuparon de analizar, con renovadas herramientas teóricas y metodológicas, la problemática social; un terreno hasta entonces reservado a los literatos u hombres de la cultura, algunos autodidactas y sin una formación académica específica en esas áreas, que aportaron una visión crítica del desarrollo social y político del país a través de su producción ensayística. Las noveles ramas de conocimiento se orientaron a la elaboración de diagnósticos, así como de propuestas de solución a la deteriorada situación económica y social. De hecho, la misma necesidad de explicar la crisis nacional generó una demanda social hacia estas disciplinas y sus cultores. En ese contexto, y en estrecha vinculación con los requerimientos del Estado y de diversos organismos internacionales, cobró fuerza una élite técnica capaz de participar tanto en la formulación de políticas públicas como en la gestión gubernamental y con ella la palabra *técnico* sufrió transformaciones.

La profesionalización de las ciencias sociales y los nuevos técnicos

Desde mitad del siglo XX, los saberes expertos mencionados y sus portavoces se convirtieron en opiniones especializadas y legítimas para explicar y proponer soluciones a una realidad económica y social que era considerada particularmente grave. Más concretamente, las disciplinas vinculadas a las ciencias sociales comenzaron a acreditar competencias requeridas para la modernización de los estados, por los organismos internacionales y el sector privado en función del llamado “desarrollo económico y social” latinoamericano. El *técnico* pasó a ser especialista en un campo determinado del saber y su labor se orientó a la solución de problemas y la elaboración de políticas públicas. Gracias a dichas competencias se desempeñaron en ámbitos gubernamentales, agencias financieras internacionales o en organismos como la CEPAL, OEA o UNESCO, conformando una nueva élite técnica internacional que ejerció fuerte influencia en espacios académicos nacionales. Desde la segunda posguerra, en el marco de la Guerra Fría, asuntos tales como ¿quiénes eran esos técnicos?, ¿cuál era su relación con la política y los políticos?, ¿la compatibilidad entre su desempeño académico y el compromiso político? produjeron enconados debates políticos y públicos. Como dijimos, de la mano de estos cambios, el sentido del término *técnico* sufrió modificaciones y dio cabida a esta nueva figura que emergió con fuerza en el panorama intelectual y político de la época.

13 Lucas D’Avenia, “Desarrollismo y Educación en Uruguay en los 60” en **Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX**, año 5, n° 5, 2014.

14 Raúl Prebisch en la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina, Santiago de Chile, 5 al 19 de marzo de 1962. Disponible en: <http://archivo.cepal.org/pdfs/cdPrebisch/101.pdf> Consultado el 18/04/2016.

Ya mencionamos cómo el auge de las teorías de la modernización y el estructural funcionalismo en la academia estadounidense y la influencia del desarrollismo cepalino en la región, dieron fuerte impulso a la modernización e internacionalización de las ciencias sociales. Como parte de esta renovación se puso el acento en su carácter empírico mediante la introducción de técnicas cuantitativas y modelos matemáticos puestos al servicio de la elaboración de diagnósticos, así como de la programación y la planificación. El despegue de las ciencias sociales, parte de un fenómeno global, estuvo asociado a una profunda transformación de ese campo y a la renovación de sus fundamentos teórico-metodológicos. En este proceso convergieron varios factores: el cambio de política de EEUU hacia América Latina luego de la Revolución Cubana, la influencia de organismos internacionales creados a partir de la segunda posguerra (ONU, UNESCO, CEPAL, BIRF, FMI) y la necesidad de buscar alternativas a un modelo de desarrollo que había entrado en una profunda crisis. Esa misma crisis parece haber sido un elemento determinante en el proceso de constitución y posterior legitimación del campo de las ciencias sociales.¹⁵

En Uruguay, también en estos años cobraron vigor las disciplinas sociales que buscaron comprender y brindar alternativas a lo que entonces se consideraban los grandes problemas nacionales, nutriéndose de las influencias mencionadas. Sin embargo, este proceso fue más lento que en los países de la región. En una línea similar a la que plantean los investigadores Mariano Plotkin y Jimena Caravaca para el caso argentino, en 1986, a un año de reinstalada la democracia en el país, la economista uruguaya Celia Barbato, planteaba la relación causal entre el retraso en el desarrollo de la disciplina económica en Uruguay y “un crecimiento económico sostenido, que durante varias décadas no planteó problemáticas acuciantes”. Para ella el contexto de crisis de los sesenta “generó la respuesta académica que alienta el desarrollo de la investigación en economía” y, agreguemos, la demanda de sus técnicos.¹⁶ El sociólogo Carlos Filgueira fue más contundente al vincular el desarrollo de la Sociología con los “fenómenos que ocurren en la sociedad”. Más concretamente, enfatizaba el impacto directo del agotamiento del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones en la “ruptura definitiva de un orden y una organización social que no tenía condiciones para sostenerse”. La toma de conciencia de esta crisis condujo a pensar la sociedad como un problema y por tanto, se requirió de un análisis social basado en la “investigación sistemática” y el “trabajo académico profesional”.¹⁷

Se intentaba dejar atrás la tradición ensayística que, en Uruguay, sin embargo, se mantuvo durante la década de los sesenta, conviviendo con las nuevas modalidades de abordaje de las ciencias sociales.¹⁸ No es casual que Carlos Real de Azúa incluyera en su célebre Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo al sociólogo Aldo Solari, destacando en él la combinación de

dato empírico seguro y cauteloso e hipótesis “a confirmar”, esta secuencia de relevamiento e invención (en la que lo imaginativo entra no poco) resulta ser el signo común de la mejor labor sociológica, tal como por estas tierras, y en forma creciente, se practica. Y aun podría pensarse que, si bien se atiende, los dos extremos de estas eventuales antitesis: “dato”, “relevamiento” por uno de ellos; “hipótesis” e “invención” por el otro flanquean entre ellos un “espectro” continuo de posibilidades, en el que a veces es difícil afirmar donde termina (o empieza) la tarea científica y en donde comienza (o finaliza) la postura ensayística.¹⁹

Algo similar señala José Rilla en su prólogo a una de las reediciones del libro de Real de Azúa, **El impulso y su freno**, al calificar al ensayo uruguayo de literatura “de doble faz, de declinación y de sospecha”, donde la conciencia de la crisis era

15 Sobre cómo las coyunturas consideradas críticas condicionan la demanda de saberes especializados por parte del Estado y la sociedad ver: Jimena Caravaca y Mariano Plotkin. “Crisis, ciencias sociales y élites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935”, **Desarrollo Económico**, Vol.47, oct.-dic. 2007 y Mariano Plotkin y Sergio Visacovsky, “Saber y autoridad: intervenciones de psicoanalistas en torno a la crisis en la Argentina”, **E.I.A.L.**, Vol. 18, n°1, 2007.

16 Celia Barbato de Silva “Economía”, Centro de Investigaciones Económicas (CINVE), **Ciencia y Tecnología en el Uruguay**, Montevideo, MEC/CINVE, 1986, p. 131.

17 Carlos Filgueira, “Sociología”, CINVE, **Ciencia y Tecnología en el Uruguay**, Montevideo, MEC/CINVE, 1986 pp.173-174.

18 Solari decía al respecto “las ciencias sociales en una actividad esencialmente libresca, basada en la repetición de las de las opiniones más recibidas a veces bastante tiempo atrás de que fueran repetidas aquí. La actividad puramente teórica es y será siempre legítima y necesaria en las ciencias sociales; pero aquella enseñanza no aportaba nada ni a la teoría ni al estudio de los problemas nacionales.” (Aldo Solari, **Las ciencias sociales en el Uruguay**, Rio de Janeiro, Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais, 1959, p. 148).

19 Carlos Real de Azúa, **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo**, Tomo II, Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1964, pp. 574-576.

expresada como “un asalto a la relativa calma de la convivencia, deterioro de su fondo moral, aflojamiento de toda disciplina, lastres más ostensibles en la pendiente de la crisis”. Con el desarrollo de las ciencias sociales esta constatación devino “mesurable, diagnosticad[a] y evidente.”²⁰

La importancia que por esos años se atribuyó a la planificación para alcanzar la meta del desarrollo económico y social acrecentó la necesidad de contar con cuadros técnicos que, en palabras de Aldo Solari, pusieran “un poco de orden” y obligaran a los políticos a definir “los objetivos perseguidos más allá de la mera formulación electoral.”²¹ Es así que la palabra cada vez más empezó a ser utilizada en referencia a los profesionales formados en Economía o Sociología que poseían un conocimiento que tendía a la especialización y contaban con entrenamiento académico. El rigor científico estaba dado por la exposición de cifras, estadísticas, cuadros que dotaban de legitimidad y aparente neutralidad al conocimiento que producían sobre la sociedad. Se fue extendiendo la idea de un saber específico y políticamente neutro, irrumpiendo el más moderno concepto de *experto/técnico*, palabras que empezaron a ser usadas como sinónimos.²² Este tipo de profesional se fue alejando paulatinamente, en conflicto y también en relación, tanto del intelectual generalista, muchas veces literato, que interpretaba la realidad político social y aportaba alternativas de cambio, como de las representaciones dominantes en el campo de las izquierdas del intelectual crítico que incidía en los debates político-ideológicos y estaba al servicio de las transformaciones sociales.

En 1959 el sociólogo Aldo Solari cuya producción, como bien refería Real, todavía se hallaba a medio camino entre la ensayística y la incipiente sociología científica, se lamentaba de la escasa receptividad y hasta el menosprecio demostrado por la clase política hacia los aportes que los científicos podían hacer para entender los grandes dilemas nacionales. Expresaba que

si a veces los técnicos han ido demasiado lejos, sosteniendo implícitamente las bondades de una tecnocracia e ignorando a las necesidades que responde la política, el hecho es que la clase política ha mostrado una desmedida despreocupación por los resultados de los estudios científicos sobre la realidad nacional y ha ocultado su menosprecio por las opiniones de los técnicos.²³

Esta escasa atención de los políticos no es de extrañar en un país que desde 1908 no contaba con un censo demográfico y, por ende, no conocía con exactitud la cantidad y composición de su población. La incorporación de instrumentos de medición como las encuestas había generado suspicacias en círculos políticos tal como quedó evidenciado en las objeciones que se hicieron en el Parlamento y en la prensa a la encuesta implementada por el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de la República que recababa información para la elaboración del Censo Universitario realizado en 1960.²⁴ Pese a esto, Solari vaticinaba que en un futuro no muy lejano los políticos iban a “utilizar cada vez más los resultados de las ciencias sociales” lo que seguramente derivaría en la creación de una “conciencia más aguda de los problemas” del país.²⁵ En su famoso artículo “*Requiem para la izquierda*”, ensayó criterios de científicidad en el análisis de los resultados electorales de 1962, en un intento por comprender el magro desempeño electoral de la izquierda así como las causas profundas de la supervivencia de los partidos tradicionales frente a una crisis largamente anunciada. Cerraba su ensayo señalando cual era en su opinión el lugar que debían ocupar los intelectuales/técnicos respecto a la política y la sociedad. “Sea cual sea la respuesta que el intelectual se dé al problema de su actuación en la política, y hay muchas válidas, esa tarea de pensar al país es la única verdaderamente irrenunciable, la que solamente justifica su presencia como tal en la sociedad.”²⁶ Para Solari las fronteras entre el intelectual y el técnico no estaban aún claramente delineadas y ambos términos aparecen intercambiables.

20 José Rilla, “El freno en el impulso” prólogo a Carlos Real de Azúa. **El impulso y su freno**, Montevideo, Biblioteca Artigas, Clásicos uruguayos, Vol. 179, 2009.

21 Aldo Solari, *op.cit.*, p.167.

22 Ver: Mariano Plotkin, “Saberes y Estado”, **Boletín bibliográfico Electrónico**, n° 6, 2010; Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004.

23 Aldo Solari, *op.cit.*, p.151.

24 Ver: Facultad de Derecho. Instituto de Ciencias Sociales, **Registro Universitario. Boletín de Reinscripción. Año 1959**. Disponible en Unidad Polifuncional sobre Problemas Universitarios (UPPU)/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Instituto de Ciencias Sociales. **Registro universitario 1960. Informe General Preliminar**, Montevideo, s.d., 1961. Ver también: **EL País**, 25 de marzo de 1960; **EL País**, 2 de abril de 1960; **EL País**, 5 de abril de 1960; **EL Día**, 10 de abril de 1960. Biblioteca Nacional.

25 Aldo Solari, *op.cit.*, pp. 150-151.

26 Aldo Solari “*Requiem para la izquierda*”, **Gaceta de la Universidad**, n° 22, noviembre de 1962. Archivo General de la Universidad.

También en Uruguay hasta mediados de los cincuenta predominó, de acuerdo con la categoría de Gino Germani, la "sociología de cátedra". Los estudios sociológicos se hallaban dispersos en cátedras dependientes de distintos servicios universitarios y se privilegiaba la enseñanza sobre la investigación.²⁷ La creación del Instituto de Ciencias Sociales en la Facultad de Derecho en 1956, bajo la dirección de Isaac Ganón primero y de Aldo Solari después, constituyó el primer mojón hacia la institucionalización de la disciplina. En el caso de la Economía, como ha estudiado Adolfo Garcé, su impulso estuvo vinculado con la fundación del Instituto de Economía en 1951 y con los sucesivos cambios de plan de estudios (1954 y 1966) que pusieron un mayor énfasis en la economía al tiempo que establecieron la formación diferenciada entre contadores y economistas.²⁸ Hasta fines de la década predominó en ambas disciplinas la crítica al agotamiento del modelo económico y social uruguayo que había sido aplicado hasta el momento, así como una preocupación por comprender sus causas y encontrar posibles soluciones. Como señala Garcé, la traducción de esa visión crítica asumió inicialmente la inspiración desarrollista en particular en su versión cepalina. Para el sociólogo Alfredo Errandonea, esto suponía que en los análisis prevalecía una orientación más moderada que la que imprimía la izquierda; una mirada quizás cándida que confiaba en las posibilidades de corregir el proceso. Avanzada la década, tras el desencanto del desarrollismo, esta concepción sería fuertemente discutida por los planteos de la dependencia que marcaron su impronta en medios académicos y en la formación de economistas y sociólogos.²⁹

La afirmación de la disciplina económica y de los economistas parece haber sido más sólida respecto a la sociología y la demanda estatal de sus servicios creció en forma sostenida. Finalizando los años cincuenta el Instituto de Economía, entonces dirigido por Luis Faroppa, comenzó a ser requerido sobre algunos temas como el impulso inflacionario, la reforma cambiaria o la del régimen de contralor del comercio exterior. A esto se suma que en 1959 el flamante gobierno blanco designó al Cr. Juan E. Azzini, en ese momento Director del Instituto de Finanzas de la FCEA, como Ministro de Hacienda.³⁰ Esto no impidió que al promediar la década del sesenta se mantuviera la preocupación por la capacidad del mercado de absorber a los economistas que egresaban de los nuevos planes. Aunque se alertaba de lo reducido del mercado, no se podía negar que el empeoramiento de la situación económica nacional, la expansión de los organismos y las funciones de la planificación estaban abriendo posibilidades para los nuevos graduados de la carrera de Economía.³¹

Como ha demostrado ampliamente Adolfo Garcé, la oportunidad para los *técnicos* llegó con la instalación por parte del primer gobierno blanco de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), organismo técnico que tuvo a su cargo la realización de un diagnóstico de la realidad nacional y la formulación de los planes para el desarrollo del país.³² Su instalación y posterior impulso estuvo estrechamente vinculado a la Alianza para el Progreso, programa de asistencia impulsado por el presidente J.F. Kennedy para mejorar las condiciones sociales y económicas de los países atrasados que frenara posibles estallidos revolucionarios. La creación de organismos de planificación fue una de las condiciones establecidas para acceder a los fondos prometidos en el marco de dichos programas.³³ Recordemos que la Alianza para el Progreso formó parte del giro de la política exterior de EEUU luego del triunfo de la Revolución Cubana, reinstalando las tensiones propias de la Guerra Fría en el continente latinoamericano. Los programas de asistencia que se implementaron en esos años ofrecieron a los nuevos profesionales un mercado laboral para su inserción y nuevas posibilidades de formación.

-
- 27 Alejandro Blanco, **Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, pp.175-184.
- 28 Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, **70 aniversario de su creación legal 1932-13 de julio-2002**, Montevideo, CCEEA/EBO, 2002; Celia Barbato de Silva "Economía", en CINVE, **Ciencia y Tecnología en el Uruguay**, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura/CINVE, 1986; Adolfo Garcé, **Ideas y competencia...** y "Economistas y política en Uruguay (1932-2004)", **Quantum**, 2009, Vol. 4, n°1, pp.80-96.
- 29 Alfredo Errandonea, "Historia institucional de la Sociología", **Revista de Ciencias Sociales** año 16, n° 21, agosto 2003, p. 28. Ver también: Gerónimo de Sierra, "Las ciencias sociales en Uruguay: un caso de desarrollo y profesionalización tardíos", en Helgio Trindade (coordinador), Gerónimo de Sierra, Manuel Antonio Garretón, Miguel Murrms, José Luis Reyna, **Las Ciencias Sociales en América Latina**, México, Siglo XXI, 2007, pp. 339-391.
- 30 Ver textos citados Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, **70 aniversario de su creación legal...**, Montevideo, CCEEA/EBO, 2002, Barbato de Silva, Celia, *op.cit.* y Adolfo Garcé, *op.cit.*
- 31 **Revista de la Facultad de Ciencias Económicas**, n° 25, dic. 1965. Biblioteca FCEA.
- 32 Adolfo Garcé, **Ideas y competencia...** Ver también decreto de creación en **RNLD**, 27 de enero de 1960, I, p.146-8. Archivo General de la Universidad de la República.
- 33 Acuerdo firmado en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), realizada del 5 al 17 de agosto de 1961 en Punta del Este. Ver: "Carta de Punta del Este, establecimiento de la Alianza para el Progreso dentro del marco de la Operación Panamericana", agosto de 1961 **Alianza para el progreso. Documentos Básicos**, Punta del Este: [s.n], 196), 57 p. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8789.html>

El Ministro de Hacienda Eduardo Azzini designó como Secretario Técnico de la CIDE al Contador Enrique Iglesias, investigador en el Instituto de Economía de la FCEA, mientras diversos organismos internacionales, especialmente CEPAL, BID y OEA, brindaron asistencia técnica.³⁴ A este emprendimiento se incorporaron reconocidos investigadores provenientes de la UDELAR, en el que finalmente cerca de 300 expertos locales y 90 técnicos internacionales.³⁵ El informe de la CIDE destacaba que, en base a la recolección de datos, se había llegado a un detallado análisis de la realidad nacional, un “esquema de los principales problemas del País, ponderados y sistematizados con un criterio rigurosamente objetivo y técnico”.³⁶ Iglesias insistió en que el trabajo realizado era resultado de un “esfuerzo interdisciplinario objetivo y técnico”, alejado tanto de las tendencias político partidistas que buscaban señalar responsabilidades como de las que evalúan las situaciones a través de esquemas ideológicos generales “excesivamente dogmáticos que tuercen la realidad pero ilustran muy poco sobre sus detalles”.³⁷ En este contexto se desplegó todo el conocimiento técnico disponible al servicio de una “aproximación racional a la realidad”, para buscar soluciones a los problemas sociales “con información y sistematización científica”.³⁸ Esta experiencia, además, posibilitó que muchos de sus integrantes se perfeccionaran en centros de investigación en el exterior, particularmente en FLACSO, CIEPLAN o ILPES.

Cabe señalar que pese al importante contingente de investigadores y docentes de la UDELAR que participó en la elaboración de los diagnósticos y del Plan de Desarrollo, sus conclusiones fueron cuestionadas por la dirigencia universitaria que criticaba la inspiración desarrollista que las sustentaba. Óscar J. Maggiolo, futuro rector de esa institución, afirmaba que para hablar con propiedad de desarrollo, hay que tener la mentalidad del desarrollo. La Alianza [para el Progreso] y el FMI hablan siempre de desarrollo. Pero la mentalidad de sus teóricos es colonialista.³⁹ Por su parte representantes del orden estudiantil en el Consejo Directivo Central, también impugnaron esta concepción que desconocía dos condicionantes fundamentales de la estructura económica y social: el imperialismo y el latifundio. “No puede haber un desarrollo económico profundo sino hay sustitución de las clases sociales que detentan el poder”, afirmaba.⁴⁰

Carlos Quijano desde las páginas de **Marcha** manifestó su posición crítica y escéptica tanto a los postulados del desarrollismo impulsados por los organismos internacionales, por su estrecha relación con la política exterior norteamericana y su propósito de evitar la propagación del ejemplo cubano en América Latina, como a la aplicación de las técnicas de planificación por parte de los gobiernos de turno. En 1964 en un editorial dedicado al último presupuesto nacional se burlaba de la jerga técnica y planificadora y calificaba al Presupuesto por programas como “una divertida colección de simplezas”, de “puerilidades” y “noñerías”, que “transitan gallardamente por los vericuetos de las clasificaciones, las divisiones, las subdivisiones no menos tontas y ridículas”.⁴¹

No obstante estas visiones críticas, lo cierto es que la CIDE constituyó un momento fuerte para el reconocimiento social y la legitimación de las nuevas profesiones y sus representantes. Se aprecia, así, lo que Mariano Plotkin define como una relación doblemente constitutiva de los intentos de modernización estatal y la evolución de ciertas formas de saber social que daba “lugar a un proceso complejo y dialéctico entre conformación, legitimación e institucionalización de formas de conocimiento, expertos y modernización del Estado”.⁴² En suma, en estrecha relación con los procesos descritos emergió un nuevo sentido de la palabra *técnico*, cuya utilización se amplió hacia conocimientos especializados sobre la sociedad que permitían comprender la realidad social al tiempo que operar sobre ella así como a quienes detentaban esos conocimientos. Esta nueva manera de concebir al técnico generó, como veremos a continuación, no pocas polémicas y enfrentamientos.

34 Adolfo Garcé, *Ibidem*, María Camou, María Inés Moraes, “Desarrollo reciente de la historia económica en el Uruguay”, **Documentos de trabajo**, n° 40, mayo 2000, UDELAR/FCS/Unidad Multidisciplinaria.

35 Enrique Iglesias, **Uruguay: una propuesta de cambio. Introducción al plan nacional de desarrollo económico y social**, Montevideo, Alfa, 1966. p. 13.

36 **Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social 1964-1974**, Elaborado por la CIDE- Compendio, Montevideo, CCEA, 1966.

37 Enrique Iglesias, *op.cit.*, pp. 9-10.

38 *Ibidem*, pp. 18-19.

39 **Marcha**, 28 de enero 1966.

40 **Gaceta Universitaria**, n° 36, abril 1966. Archivo General de la Universidad de la República.

41 **Marcha**, 30 de abril 1964.

42 Mariano Plotkin, “Saberes y Estado” en **Boletín Bibliográfico Electrónico**, 6, 2010. Ver también Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimmermann (comps.) **Los saberes del Estado**, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Técnicos, políticos y política: tensiones y disputas

La instalación de la Alianza para el Progreso generó ásperos debates —en el país y el continente— tanto entorno a sus objetivos y su relación con la política estadounidense hacia la región (y en particular Cuba) como sobre el papel de los *expertos* que idearon y formularon las propuestas para el “desarrollo” latinoamericano. En agosto de 1961 Ernesto “Che” Guevara en su célebre discurso ante el Consejo Económico y Social (CIES) hacía mención con un dejo de ironía al papel de los *técnicos*, refutando su pretendida asepsia ideológica.

Pero, hay un punto que es muy importante [...] el peligro de la letrinocracia, metido en medio de los acuerdos con que los pueblos quieren mejorar su nivel de vida; otra vez políticos disfrazados de técnicos diciendo: aquí sí y aquí no; porque tú has hecho tal cosa y tal cosa, sí, pero en realidad, porque eres un fácil instrumento de quien da los medios; y a ti no, porque has hecho esto mal; pero en realidad, porque no eres instrumento de quien da los medios, porque dices por ejemplo, que no puedes aceptar como precio de algún préstamo, que Cuba sea agredida.⁴³

El “Che” argumentaba que tras la aparente neutralidad de los técnicos y de sus propuestas, había intereses de carácter político y, por ende, sus intervenciones tenían efectos políticos. Esto los convertía en técnicos/políticos, donde ambos roles constituían las caras de una misma moneda. La Alianza para el Progreso y sus propuestas de “revolución” para América Latina tenían como objetivo neutralizar el peligro que significaba Cuba y su proceso revolucionario. En esa misma línea un cronista de **Marcha** sostenía que

las revoluciones se hacen por los pueblos y no se planean en Conferencias Internacionales o en estiladas y estiradas reuniones de técnicos asépticos. [...] No se puede proclamar la necesidad de la revolución y tener la presunción de fijar sus etapas y sus objetivos, con exactitud de relojero.⁴⁴

La despolitización del conocimiento sobre la sociedad produjo profundas tensiones al interior del campo intelectual. Los saberes sociales y sus exponentes fueron cuestionados en su empeño de ocupar el lugar de la verdad generado a partir de estudios que se pretendían políticamente neutros y, por ende, por encima de consideraciones políticas o ideológicas. En su crónica sobre la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social en Punta del Este, **Marcha** aludía despectivamente a “los técnicos de la ‘Nouvelle Vague’” que discutían con “elegancia y refinado tecnicismo” cuál era el mejor destino para los países latinoamericanos.⁴⁵ Para intelectuales de izquierda de la talla de Ángel Rama, el *técnico* era una versión del intelectual en “su actual forma exitosa” y esa condición lo convertía en una “pieza fundamental del juego, tanto para asesorar como para transmitir la remodelación económica (y política y social) que se nos propone mediante la Alianza”. El sustantivo *técnico*, a su vez intercambiable por “científico”, representaba para Rama un tipo de intelectual, al que denominaba “intelectual desarrollista”, que comportaba una “obligada despolitización” y su sujeción a los centros de poder, nacionales o internacionales. La cita que sigue, pese a su extensión, sintetiza cómo concebía un amplio sector de la intelectualidad de izquierda, particularmente la vinculada al semanario **Marcha**, a los llamados *técnicos/expertos* y en contrapartida, cuál era el rol que estaba llamado a cumplir el intelectual comprometido:

El primer rasgo es la obligada despolitización a la que se somete el intelectual, que tiende a devenir una nueva especie, la de los ‘técnicos’ o los ‘científicos’. Mantendrá sus convicciones pero en forma privada y ellas serán prudentes, reformistas, de colaboración y crítica con el orden establecido. Esta posición que está legislada cuando se trata de organizaciones técnicas internacionales, asume rasgos paradójales en algunas formulaciones latinoamericanas: los técnicos que representan orientaciones modernas y generaciones nuevas son incorporados al ‘establishment’ como asesores de fuerzas conservadoras y de viejas generaciones a cuyo servicio se ven forzados aunque con ellas discrepan y traten de modificarlas. Esto postula, previa y subrepticamente, una drástica desvalorización (o revisión) de las teorías sobre clases sociales, para poder justificar el servicio que se presta a los representantes de la vieja oligarquía. El segundo rasgo apunta

43 Che Guevara, “Cuba no admite que se separe la economía de la política”, Discurso pronunciado en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en Punta del Este, 8 de agosto de 1961. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/articulos/puntadeleste/discurso.htm>

44 **Marcha**, 11 de agosto de 1961.

45 *Ibidem*.

a que dichos 'técnicos' a falta de una inserción o respaldo popular, quedan a merced de los centros del poder, tanto los nacionales que podrán ser o no de su agrado como los internacionales, para nuestro caso los Estados Unidos en forma predominante. [...] En tercer término, la adopción de una línea no sólo compromete la conducta social son también las ideas, como ya señalamos para el tema de las clases sociales. Los intelectuales del desarrollismo se ven forzados a desvalorizar los argumentos anti-imperialistas y llegan a escamotear el tema o a ofrecer una imagen muy curiosa de la acción imperial y de las causas de la situación latinoamericana. Desde luego, en la zona de los economistas, el planteo de soluciones a corto plazo favorece la esfumatura de los planteos históricos y socio-culturales [...] Toda fragmentación exclusivamente económica y parcializada a algunos sectores de la realidad concluye puesta al servicio de la estructura imperial y no nacional. [...] Aquí se debe incluir la curiosa repercusión de la neutralización sobre la metodología de las llamadas ciencias sociales. El intelectual desarrollista, en la medida en que homologa el campo operacional y hace suyos los criterios de la metrópoli, se desliza al uso indiscriminado de su aportación sociológica que no ve en relación a los problemas y al nivel de la sociedad en que surgió como instrumental adecuado a sus específicas necesidades sino como un valor en sí, un universal.⁴⁶

Rama, al igual muchos intelectuales de izquierda, consideraba con el Che Guevara que la economía y la política iban juntas y, por ende, eran indivisibles. "Por eso no puede haber técnicos que hablen de técnicas, cuando está de por medio el destino de los pueblos",⁴⁷ decía el Che. Hasta el fin de la experiencia de la CIDE, pasada la mitad de los sesenta, las críticas más fuertes parecieron estar dirigidas hacia los expertos que actuaban a nivel internacional, en las diferentes agencias financiadoras o en los organismos internacionales.

Más tarde, argumentos de similar tenor apuntaron hacia los científicos sociales nacionales, muchos de ellos colaboradores en la experiencia planificadora y que habían completado su formación académica en los centros de investigación regionales ya mencionados. Se entiende así la polémica que sostuvieron, a través de la sección Carta a los lectores de **Marcha**, el politólogo Carlos Real de Azúa y el sociólogo Alfredo Errandonea originada en una serie de notas fuertemente críticas del primero hacia el Seminario de las Élités organizado por la UDELAR bajo la dirección del sociólogo Aldo Solari. Real, además de señalar su baja calidad académica, cuestionó el origen de los fondos que lo financiaron procedentes del Congreso para la Libertad de la Cultura.⁴⁸ En sus intervenciones, en la misma línea que Rama, apuntó sus dardos contra la supuesta imparcialidad del conocimiento técnico ya que salvo "ciertos logros inductivos de poco alcance, absolutamente todo el esfuerzo teórico está marcado por un sesgo ideológico que 'grosso modo' coincide con la celebración del 'statu quo' norteamericano".⁴⁹

A partir de 1967 varios de los *técnicos* que habían integrado los equipos de trabajo de la CIDE pasaron a ocupar cargos en la Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP) o en el Banco Central, ambos organismos creados a instancias de la reforma constitucional aprobada a fines del año anterior. Desilusionados con el desarrollismo y el pensamiento cepalino, economistas como Alberto Bensiñón, Ricardo Zerbino, Juan José Anichini, José Puppo y José Gil Díaz se plegaron al ideario liberal y permanecieron trabajando en el ámbito estatal. Otros abandonaron el país para incorporarse en organismos internacionales, como Aldo Solari, que se apartó de la dirección del Instituto de Ciencias Sociales, y Germán Rama que se integraron a la CEPAL en Chile.

Al mismo tiempo, un contingente de economistas y sociólogos retornó a la vida académica en la UDELAR, rompiendo relaciones con los organismos gubernamentales y dedicándose a la labor académica en el Instituto de Economía o en el Instituto de Ciencias Sociales⁵⁰. Además de haber pasado por la CIDE, la mayoría había realizados posgrados o cursos de especialización en el exterior, especialmente en los centros de investigación en Chile aunque también en otros países. En sus vinculaciones externas recibieron las influencias del marxismo y abrazaron la teoría de la dependencia, ya fuera en la versión más marxista de André Gunder Frank o la de tono historicista promovida por Fernando Enrique Cardoso y Enzo Fa-

46 **Marcha**, 27 de mayo de 1966.

47 Discurso del Che Guevara disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/articulos/puntadeleste/discurso.htm>

48 El Congreso por la Libertad de la Cultura (1950-1967), luego Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura (1967-1979), nucleó sobre todo a intelectuales anticomunistas a nivel internacional. Fue parte de la acción encubierta estadounidense en el campo de la cultura durante la Guerra Fría y recibió financiación de la CIA a través de una compleja red de fundaciones entre las que se encontraban algunas muy renombradas como la Ford, la Rockefeller o la Fairfield.

49 **Marcha**, 3 de noviembre de 1967.

50 A partir de 1967 se reorganizó el Instituto de Ciencias Sociales como instituto central y se creó la Licenciatura en Sociología.

letto y el mexicano Pablo González Casanova según la clasificación del sociólogo Alfredo Errandonea. Los más jóvenes eran diestros en el manejo de técnicas y metodologías de investigación más sofisticadas fruto de una formación más sistemática y profesional. Ubicándose a la izquierda del espectro político nacional, defendieron la utilización del renovado caudal de conocimientos teórico-metodológicos para comprender la realidad y transformarla. Estaba presente aquí una noción de *técnico* que lejos de estar reñido con la práctica política la incorporaba.

En 1968, mientras la crisis política se agravaba debido a la profundización de la movilización social, las primeras acciones contundentes de la guerrilla y al consecuente recrudecimiento de la represión gubernamental, el presidente Jorge Pacheco Areco tomaba drásticas medidas económicas liberalizadoras y de corte aperturista mediante la implementación de las políticas estabilizadoras. Ante esta situación los economistas del Instituto de Economía, conscientes de que “una etapa en la vida del país se cerraba, y nuevas instancias sociales y políticas se avecinaban”, decidieron contribuir a la comprensión de esa nueva etapa que comenzaba con un análisis del proceso económico uruguayo en la larga duración y la coyuntura específica que se presentaba ese año. En su introducción al libro colectivo **Proceso Económico del Uruguay** declaraban que “esta situación de creciente descomposición no es ajena al nivel de los economistas y científicos sociales preocupados por aportar alguna salida viable para el país”.⁵¹

En el campo de las izquierdas, por tanto, se enfrentaban distintas posturas respecto al papel de los *técnicos* y el rol de las ciencias sociales tal como queda ejemplificado en la mencionada polémica entre Carlos Real de Azúa y Alfredo Errandonea. En este contrapunto, Real oponía al intelectual no científico el “tipo de joven flacsista”, exhibiendo, según Errandonea, una visión estereotipada del cientista social asociado a los intereses del imperialismo norteamericano. Real refería en su nota a la “traición de los científicos”, y remarcaba la excepcionalidad de los “intelectuales” no científicos. Para Errandonea, en cambio, Real hacía gala de un “terrorismo anticientífico, oscurantista” al disfrazar de antiimperialismo una postura anticientificista. El sociólogo uruguayo defendía la validez de la metodología científica como herramienta para el cambio social.⁵²

El terrorismo oscurantista a que conduce inevitablemente la postura de R. de A. —lo quiera o no— en el campo antimperialista, abre el camino a los ideólogos disfrazados de técnicos promovidos por el otro bando, y cuyo ejemplo más clamoroso son los llamados ‘desarrollistas’. El prestigio y la eficacia de la ciencia pueden ser así impunemente atados a las metas de la ‘Alianza para el Progreso’ [...] hay que conocer las técnicas que R. de A. desprecia porque ignora, hay que cultivar la ciencia que tanto le repugna. En lugar de ello, R. de A. respeta y admira a su amigo Solari. Parece haberse decidido por las flechas, huyendo de la contaminación científica moderna. Me supone expuesto a ser comprado con cuentas de vidrio, pero acepta éstas del primer desarrollista criollo a su alcance [...]. Quienes queremos servir con el bagaje científico de las técnicas modernas, no aceptamos estar condenados a trabajar bajo permanente sospecha de traición. Y no lo aceptamos, porque es monstruoso, estúpido e indigno”.⁵³

Es posible afirmar que uno de los legados más importantes que dejó el proceso de planificación de la CIDE, fue el cambio producido en las relaciones entre la “clase política” y los *técnicos* quienes desde entonces gozaron de una mayor reputación y en algunos casos pasaron a integrar los cuadros estatales. También los partidos incorporaron el aporte de los expertos en tanto legitimadores de sus proyectos políticos. En 1966 el Partido Demócrata Cristiano de cara a las elecciones nacionales de noviembre de ese año presentaba su plan de gobierno, destacando la colaboración de un importante número de *técnicos*. El plan se presentaba como una herramienta eficaz para superar la crisis nacional y emprender un camino de transformaciones profundas.⁵⁴ Finalmente parecían cumplirse los vaticinios de Solari, la política y los políticos ponían a su servicio el saber experto que cumpliría un rol instrumental a sus proyectos políticos.

51 Instituto de Economía. Facultad de Ciencias Económicas y de Administración. **El proceso económico del Uruguay. Contribución al estudio de su evolución y perspectivas**, Montevideo, FCU/Departamento de Publicaciones, Universidad de la República, 1969, p. 17.

52 **Marcha**, 3 de noviembre de 1967.

53 **Marcha**, 10 de noviembre de 1967.

54 **Marcha**, 16 de noviembre de 1966.

El fracaso de los proyectos revolucionarios de izquierda a comienzos de los setenta facilitó que la representación del saber técnico pretendidamente “despolitizado” ganara terreno. Coadyuvó a este proceso el fortalecimiento del pensamiento liberal que fue ganando espacios tanto en el campo económico como en el político. En 1972 se fundó la revista **Búsqueda**, a instancias del Centro Uruguayos de Estudios Económicos Sociales, con el propósito de difundir la doctrina liberal. Fue dirigida por Ramón Díaz, un abogado especializado en economía y febril partidario del liberalismo económico. Díaz fue profesor de



Marcha, 18 de noviembre de 1966 Disponible en: <http://anaforas.fic.edu.uy>

Economía Política de la Facultad de Derecho y a partir de 1968, cuando el Presidente Jorge Pacheco Areco designó a técnicos y empresarios al frente de los ministerios clave en materia económica, ocupó el cargo de Subsecretario de Industria y Comercio. Junto con el ministro Jorge Peirano Facio marcaron las grandes líneas de la política estabilizadora para reducir la inflación que ensayó ese gobierno. Más tarde se incorporó a la Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP) donde impulsó una política de contención del gasto y de liberalización económica⁵⁵. A partir de 1972 se dedicó por entero a la revista.

La prédica de **Búsqueda** estuvo orientada a alentar el libre juego de las fuerzas económicas y a combatir el dirigismo que había predominado en la conducción económica del país. En esa línea enfatizó su independencia de los partidos políticos y su rechazo a las ideologías. Declaraba así que su “búsqueda” no era la de una ideología “no porque ya poseamos una, sino porque preferimos no tener ninguna”.⁵⁶ Carlos Basabe, por su parte, saludaba los cambios producidos en la ciencia económica que dejaba de lado las especulaciones y razonamientos teóricos que habían caracterizado el cultivo de la disciplina para basarse “más en la reunión y examen de los datos reales del mundo económico”.⁵⁷ En 1972 recibieron con expectativa los

55 Sobre la historia de **Búsqueda** ver: Leticia Linn, **Búsqueda: una historia para ser contada**, Montevideo, Editorial Fin de Siglo. 2007. Adolfo Garcé, “La conciencia crítica desde Marcha a Búsqueda” en Gustavo De Armas, Gustavo, Adolfo Garcé, **Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX**, Montevideo, Trilce, 1997.
 56 Mauricio Bruno, “Contra el consenso político y por la racionalidad económica. El semanario Búsqueda de cara a las elecciones de 1984”. Ponencia presentada al **Seminario académico: Expectativas y Disputas en torno a la nueva democracia**, Montevideo, 15 al 17 de abril. **Búsqueda**, n° 7, Julio 1972. Biblioteca Nacional.
 57 **Búsqueda**, n° 6, junio de 1972. Biblioteca Nacional.

anuncios del gobierno, así como el nuevo plan económico elaborado por el equipo técnico OPP, en cuya redacción habían participado economistas liberales como Alberto Bensión y Ricardo Zerbino, quienes como vimos habían integrado los equipos de trabajo de la CIDE⁵⁸. En la perspectiva de **Búsqueda**, *técnico* era quien poseía conocimientos especializados y que debido a ello y asumiendo su posición apolítica debía tener injerencia en la elaboración de los lineamientos de las políticas públicas. En cambio, reclamaban a los políticos mayor decisión y pragmatismo en su manejo y ejecución. En una referencia al entonces ministro de Economía el articulista expresaba con ironía su visión de la relación entre técnicos y políticos y, particularmente, el rol de este último:

El Sr. Forteza se autodefinió asimismo como 'político, no técnico'. De un político, con la dosis de pragmatismo que no puede dejar de integrar su personalidad, hablando donde el Sr. Forteza estaba hablando, siendo su afiliación partidaria la que es, ¿qué otra descripción de sus convicciones podíamos esperar? [...] No nos interesa la autodefinición cuasifilosófica del Sr. Forteza. Como político, como hombre de acción, por ende, suponemos que esa autodefinición le compromete en un plano poco profundo de su personalidad. En cualquier caso, ya esperábamos encontrar sus convicciones aglutinadas con un cemento decididamente pragmático, refractario a toda tentativa de clasificación académica. Pero no desdeñamos las ideas del Ministro. Aunque como hombre de acción hemos de juzgarlo ante todos por sus actos, son sus ideas las que nos permitirán ir discerniendo en aquéllos una estructura inteligible y previendo, consiguientemente, el futuro curso de política.

Ya lo dijo Keynes: el hombre práctico que cree poder prescindir de la teoría padece ilusión. Ni tampoco, por supuesto, puede el gobernante por más que afirme su condición de político y su dependencia de los técnicos pedir a éstos que suplan su falta de convicciones. Valdría tanto como pretender suplir la impericia del violinista poniendo en sus manos un Stradivarius. Según sean, al contrario, las ideas del gobernante, así sonará el 'ensemble' de su grupo asesor.⁵⁹

Desde fines de la década del sesenta se detectan visiones sobre el *técnico* y lo *técnico* que sintonizaban en buena medida con los planteos liberales, pero que hacían hincapié en aquellas profesiones más directamente vinculadas con el sector productivo. En particular, de tiendas derechistas se desplegó un discurso que priorizó el criterio de eficiencia y la adecuación al mercado de trabajo para alcanzar el "desarrollo" del país y superar la situación de estancamiento. Esta forma de concebir el desarrollo económico exigía la modernización del sistema educativo, y en particular, la enseñanza universitaria, cuyo objetivo principal debía ser formar *técnicos* que, en sintonía con estos criterios, actuaran directamente en la producción. En 1968 el Ministro de Cultura de Jorge Pacheco Areco, Federico García Capurro, afirmaba que la educación debía encararse "con el rigor de un ente industrial" y la enseñanza superior tenía que orientarse a "producir gente que resuelva problemas" distanciándose de la concepción "académica y doctoral" predominante en la UDELAR⁶⁰. Las soluciones que el país necesitaba vendrían de aquellos que "son capaces de producir riqueza", afirmaba.⁶¹ Apuntaba a una formación intermedia cuya finalidad era la aplicación directa de los conocimientos adquiridos y proponía crear especializaciones en áreas como ingeniería, química, agronomía y medicina que requerían de "expertos de formación rápida, que a la actualidad deben buscarse en el extranjero". Aunque no se explicitaba, se priorizaban áreas consideradas menos peligrosas políticamente y más útiles para satisfacer las necesidades productivas y las demandas del sector privado.⁶²

Señalemos que la noción de *técnico* en tanto individuo que a partir de credenciales científicas específicas brinda un conocimiento objetivo de la realidad y, por tanto, es capaz de operar sobre ella a través de soluciones técnicas, terminó permeando en los ámbitos académicos, así como a actores políticos y sociales a lo largo de las décadas siguientes. Paulatinamente, se fue instalando esta representación en los discursos académicos, públicos y políticos que coexistió con la idea (presente desde principios de siglo) de lo *técnico*, sostenida por sectores de la derecha y el pensamiento liberal, como la aplicación de innovaciones tecnológicas y la capacitación de recursos humanos idóneos en el manejo de esas técnicas en aras de mejorar la productividad. En este último sentido, se pensaba en profesiones y especializaciones vinculadas a la ingeniería, la

58 Presidencia de la República. Oficina de Planeamiento y Presupuesto. **Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977**, Montevideo, OPP, 1977.

59 **Búsqueda**, n° 5, mayo 1972. Biblioteca Nacional.

60 **Tribuna Salteña**, 18 de junio de 1969. Biblioteca Nacional.

61 **BP Color**. Edición Extraordinaria del 90° Aniversario del Bien Público, 27 de noviembre de 1968. Biblioteca Nacional.

62 María Eugenia Jung, "De la Universidad del Norte a la Universidad para el desarrollo (1968-1970). Las posiciones de 'las derechas' sobre el futuro de la educación superior" **Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX**, año 4, n° 4, 2011.

agronomía o la química, pero también en el personal calificado para llevar a cabo diversas tareas volcadas al mercado y al sector productivo. Destaquemos además que, desde entonces, la jerga especializada, particularmente aquella proveniente de la rama de la economía, tiñó los discursos públicos y de varios actores políticos, siendo frecuente la apelación constante a palabras como rendimiento y eficiencia como vimos en algunas de las citas precedentes.

El modelo tecnocrático que adoptó el régimen dictatorial instalado a partir de 1973 brindó una nueva oportunidad a los *técnicos*, especialmente a los economistas que sintonizaban con la doctrina liberal, de ocupar un lugar protagónico en la escena nacional y política. La dictadura que se acopló a la idea de la planificación y adoptó el lenguaje técnico,⁶³ confió en el conocimiento especializado y en las vinculaciones internacionales de los *técnicos civiles* a quienes delegó la conducción de algunas áreas específicas como la política económica.⁶⁴ A estos se sumaron “algunos agentes intelectuales”, en palabras del historiador Aldo Marchesi,⁶⁵ adherentes al credo liberal y nucleados en torno a **Búsqueda**, transformada en revista en 1975 y en semanario seis años más tarde, que mantuvieron su prédica autocalificada de “apolítica” y “desideologizada” al tiempo que reivindicaron el papel de los *técnicos* en la dirección de los asuntos económicos del país.⁶⁶ Gran parte de los economistas liberales que actuaron en el período completaron su formación en la Escuela de Economía de Chicago, cuna del pensamiento liberal.

Mientras esto ocurría una parte importante de los científicos y especialistas de la Universidad de la República fue apartada de sus cátedras como consecuencia de las medidas implementadas por las autoridades dictatoriales para depurar el cuerpo docente. Además de las destituciones masivas, hubo una cantidad importante que optó por renunciar a sus cargos. El alejamiento de académicos de destacada trayectoria universitaria determinó que algunos servicios de la UDELAR que habían contribuido al desarrollo de la investigación, y que en el caso de las ciencias sociales habían comenzado un proceso de especialización e institucionalización, circunscribieran sus actividades a la enseñanza. Así por ejemplo, el Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas quedó desarmado y perdió el dinamismo que lo había caracterizado y el Instituto de Ciencias Sociales pasó a funcionar como Instituto de Estudios Sociales bajo la órbita del Rectorado interventor, cambiando sus áreas de interés y abandonando tanto la formación de sociólogos, que se había institucionalizado con la creación de la licenciatura a partir de 1968, como las tareas de investigación a las que venía abocándose.

En el caso de la Universidad de la República, el régimen osciló entre la reacción a la situación universitaria previa al golpe y los intentos más o menos deliberados de reformulación académica. Como analiza Vania Markarian, los esfuerzos innovadores sintonizaban con una “cierta forma de concebir la educación superior” que reconoce antecedentes con “algunos proyectos o intentos de reforma que venían del período anterior”. En términos generales se puede afirmar que se priorizaron las actividades de enseñanza con un claro repliegue de la investigación. Por otra parte, la formación universitaria se orientó hacia la creación de carreras cortas y la reorientación de otras existentes para satisfacer las demandas del mercado y los planes de gobierno. Esta forma de concebir la educación superior tenía antecedentes en propuestas y debates presentes en el período previo a la instalación de la dictadura⁶⁷.

Asimismo, los universitarios que permanecieron en el país organizaron centros académicos privados que funcionaron con la contribución de fondos de fundaciones extranjeras. A excepción del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) fundado a fines de los cincuenta a partir de la experiencia previa de los Equipos del Bien Común, se crearon centros como el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (CIEDUR), Centro de Investigaciones Económicas (CINVE), y el Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU), que llevaron a cabo programas de investigación y especialización en las disciplinas sociales. Las condiciones restrictivas que imponía el régimen posibilitaron un incremento de los intercambios con académicos de la región, estableciéndose vinculaciones más estrechas con otros centros latinoamericanos y

63 Ver: Presidencia de la República, Oficina de Planeamiento y Presupuesto, **Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977**, Montevideo, OPP, 1972.

64 Yaffé, Jaime, “Proceso económico y Política económica durante la dictadura 1973-1984” en Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Alvaro Rico, Jaime Yaffé, **La dictadura cívico militar 1973-1985**, Banda Oriental, Montevideo, 2009.

65 Aldo Marchesi, “Una parte del pueblo uruguayo feliz, contento, alegre”: los caminos culturales del consenso autoritario durante la dictadura en Carlos Demasi y otros, *op.cit.*

66 **Búsqueda**, n° 32, febrero de 1975. Biblioteca Nacional.

67 Vania Markarian, “La Universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguayo durante la última dictadura (1973-1984). En **Cuadernos Chilenos de historia de la Educación**, n°4, junio 2015.

generando redes con otros científicos latinoamericanos. Estos “centros refugios”, como los califica Mariana Heredia para el caso argentino, desarrollaron una tarea de investigación que pretendió continuar con las agendas iniciadas en ámbitos académicos, preservando la investigación en ciencias sociales⁶⁸. Sin embargo, Celia Barbato, evalúa que aun cuando la investigación sobre la economía uruguaya y la formación de investigadores no se detuvo, hubo un retroceso en la reflexión teórica y no hubo avances significativos “hacia nuevas y más acabadas interpretaciones” de la realidad económica del país.⁶⁹ Los centros, además, promovieron en forma sistemática la capacitación de sus académicos en el exterior. Sin embargo, promovieron modalidades más eficientes de organización de la ciencia con resultados más adecuados a las exigencias de calidad académica a nivel internacional.⁷⁰

Conjuntamente con estas experiencias, hubo emprendimientos novedosos que en las décadas siguientes se multiplicaron. Se formaron entonces institutos privados con objetivos más aplicados o vinculados a resolver problemas o diagnósticos sociales. Las empresas de opinión pública, las encuestas de mercado, de relevamiento y estudios específicos aplicados a diferentes sectores constituyeron una nueva modalidad que abrió un nuevo espacio de inserción para los profesionales. Con la reinstitucionalización del país y el recorte de los fondos de financiamiento, los centros privados también se volcaron al mercado, transformándose en muchos casos en consultoras y ofreciendo nuevos horizontes de trabajo para los profesionales.

Este proceso que describimos muy brevemente contribuyó a la consolidación de la figura del asesor y/o el tecnócrata—términos que formaban junto a técnico parte de la misma cadena semántica, que ocupa un lugar destacado en la toma de decisiones, cercano al poder político y/o económico, tanto en ámbitos públicos como privados. La palabra *tecnócrata*, que conllevó cierta carga peyorativa, ha sido incorporada muy recientemente, en 1992, al diccionario de la RAE y refiere al individuo especializado en algún área de la administración o la economía, vinculado a la función pública cuya habilidad estaría dada por hallar soluciones eficaces por encima de otras consideraciones ideológicas o políticas. Es decir, es un tipo específico de técnico pretendidamente “apolítico” y “desideologizado”. Como resultado de este proceso palabras como *técnico*, *experto* o *tecnócrata* que designan un saber extremadamente especializado y, por ello, supuestamente “objetivo” e ideológicamente “neutral” fueron naturalizadas en vastos sectores de la opinión pública, de la academia y del campo cultural y político perdiendo parte de sus connotaciones negativas.

A modo de conclusión

El texto precedente intentó una aproximación a una diversidad de sentidos y connotaciones de la palabra *técnico* en momentos definidos como claves en el arco de tiempo que va de 1955 a 1973 y en un espacio acotado del campo intelectual uruguayo. Una serie de interrogantes orientaron el recorrido de este concepto: ¿quiénes eran estos nuevos técnicos? ¿cuáles fueron las principales discusiones políticas sobre su papel?, ¿qué relación existió entre política y saber técnico?, ¿qué incidencia tuvieron agencias financiadoras y organismos internacionales y, en particular para el caso uruguayo, la creación de un organismo técnico como la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE)? A partir de estos interrogantes se advierte cómo el concepto en cuestión fue variando en relación con la emergencia de nuevos saberes sobre la sociedad, las demandas estatales y del sector productivo. El análisis, por tanto, se mueve entre la descripción de los procesos propiamente dichos (en este caso el papel de los técnicos) y las variaciones en el significado de la palabra.

Como dijimos, la renovación teórico-metodológica que experimentaron las ciencias sociales a partir de la segunda posguerra, las nuevas pautas de profesionalización, el relacionamiento con el poder político y la intervención de organismos internacionales fueron modelando un nuevo *técnico* y, por tanto, una nueva acepción del término. *Técnico* junto a otras palabras que formaban parte de una similar cadena semántica (*experto* y *tecnócrata*) fue cargado tanto de renovados

68 Celia Barbato, *op.cit.*, pp.140-1. Mariana Heredia “Los centros privados de *expertise* en economía: génesis, dinámica y continuidad de un nuevo actor político en la Argentina”, en Sergio Morresi, Sergio y Gabriel Vommaro, **Saber lo que se hace. Política y *expertise* en Argentina**, Bs. As., Prometeo-UNGS, 2012.

69 Celia Barbato, *op.cit.*, p.150.

70 Carlos Filgueira, *op.cit.*, p. 184.



significados como de valoraciones positivas y negativas en relación con los debates, locales y globales, sobre el papel del conocimiento social. En este marco, la década de los sesenta se presenta rica en debates y controversias sobre el papel de esta figura en cuestión condicionando las connotaciones que presentó el concepto. Categorías como técnico, intelectual, científico o universitario aparecieron en mutua contaminación, pero también en conflicto y tensión. Algunos de las opiniones más representativas de la época opusieron al intelectual generalista con el "intelectual desarrollista" asimilado al nuevo técnico emergente. A partir de mediados de la década la nueva generación de universitarios egresados de los centros de investigación y formación regionales vio en las ciencias sociales una herramienta para la transformación de las estructuras sociales. Se analizaron así sus percepciones acerca de sus funciones autoadjudicadas y, a su vez, cómo eran vistas por otros actores intelectuales y políticos tal como quedó evidenciado en algunas de las polémicas del período. Es claro, que estas oposiciones tal como fueron planteadas por sus protagonistas y que fueron aquí analizadas admiten matices y no agotan las distintas posiciones en pugna. La peculiaridad del período fue la emergencia de este nuevo "técnico" y la consiguiente ampliación de la acepción que hasta el momento había asumido el concepto. Se constata que tras el golpe de Estado de 1973 los debates perdieron la virulencia del período anterior y la palabra con sus renovados alcances parece haberse instalado como parte del sentido común académico y político.

Resumen

El artículo se propone como un recorrido, entre otros posibles, de la palabra técnico, cuyo significado, así como su valoración, se fue modificando en distintas coyunturas históricas de acuerdo al rol que se atribuyó a esta figura en relación con las demandas de la sociedad, el mercado, los sectores productivos o aquellas provenientes del Estado. A partir de fuentes primarias y secundarias de variada procedencia, se intenta recuperar la voz de los actores de la época; es decir, con qué sentido y con qué propósitos aludían al término en un espacio acotado del campo intelectual y político uruguayo, en el arco de tiempo que va desde mediados de los cincuenta a comienzos de los setenta. El análisis de los cambios que el vocablo experimentó así como de algunas de las tensiones y disputas de las que fue objeto se realiza en estrecha vinculación con las transformaciones que su referente (el técnico propiamente dicho) sufrió a lo largo del período que nos ocupa. Las páginas que siguen, por tanto, profundizan en la relación entre los renovados sentidos de la voz del técnico y los procesos de institucionalización de algunas profesiones, sus vínculos con el Estado y con la política y/o los políticos, así como con el sector productivo. Se advierten, entonces, las controversias que se produjeron en el campo político e intelectual uruguayo a partir de la emergencia de esos nuevos saberes sobre la sociedad legitimados de acuerdo a pautas estandarizadas de institucionalización y a los vínculos arriba mencionados. Claramente los asuntos aquí esbozados no constituyen un fenómeno estrictamente local sino que responden a procesos globales y regionales que ejercieron su incidencia a partir de la circulación de ideas, personas y nuevas agendas.

Palabras clave

Conceptos históricos; Técnicos; Expertos; Historia Intelectual

**Abstract**

The article proposed a journey, among other possible, of the word technician, whose meaning, as well as its assessment, was modified in different historical junctures according to the role that was attributed to this figure in relation to the demands of society, the market, the productive sectors or those from the State. Starting from primary and secondary sources of varied origin, we try to recover the voice of the actors of the time; that is to say, with what sense and for what purposes they alluded to the term in a limited space of the Uruguayan intellectual and political field, in the period between the mid-fifties and the beginning of the seventies. The analysis of the changes that the word experienced, as well as of some of the tensions and disputes of which was subject, is carried out in close connection with the transformations that its referent (the technician himself) suffered during the period in question. The pages that follow, therefore, delve into the relationship between the renewed senses of the technician's voice and the processes of institutionalization of some professions, their links with the State and with politics and / or politicians, as well as with the productive sector. We can see, then, the controversies that took place in the Uruguayan political and intellectual field, from the emergence of these new knowledge about society, legitimized according to standardized guidelines of institutionalization and to the aforementioned ties.

Key words

Historical concepts; Technicians; Experts; Intellectual History